



ccbat

CENTRO DE CONSERVACIÓN  
DE LA BIODIVERSIDAD AGRÍCOLA  
DE TENERIFE

# LAS FUENTES ORALES EN LOS ESTUDIOS DE AGROECOLOGÍA

EL CASO DEL AGROSISTEMA  
DE YCODE (TENERIFE)



Fernando Sabaté Bel  
Antonio C. Perdomo Molina  
Virginia Afonso Álvarez

---

© CCBAT - Cabildo de Tenerife  
© de los textos y las fotografías: los autores  
Edita: CCBAT

Texto original:  
Fernando Sabaté Bel  
Antonio C. Perdomo Molina  
Virginia Afonso Álvarez

Fotografías:  
Virginia Afonso Álvarez  
Antonio C. Perdomo Molina



**ccbat**  
CENTRO DE CONSERVACIÓN  
DE LA BIODIVERSIDAD AGRÍCOLA  
DE TENERIFE



Diseño y maquetación: Serni-Sabina Multimedia  
Imprime: Producciones Gráficas s.l.  
ISBN:  
Depósito Legal:





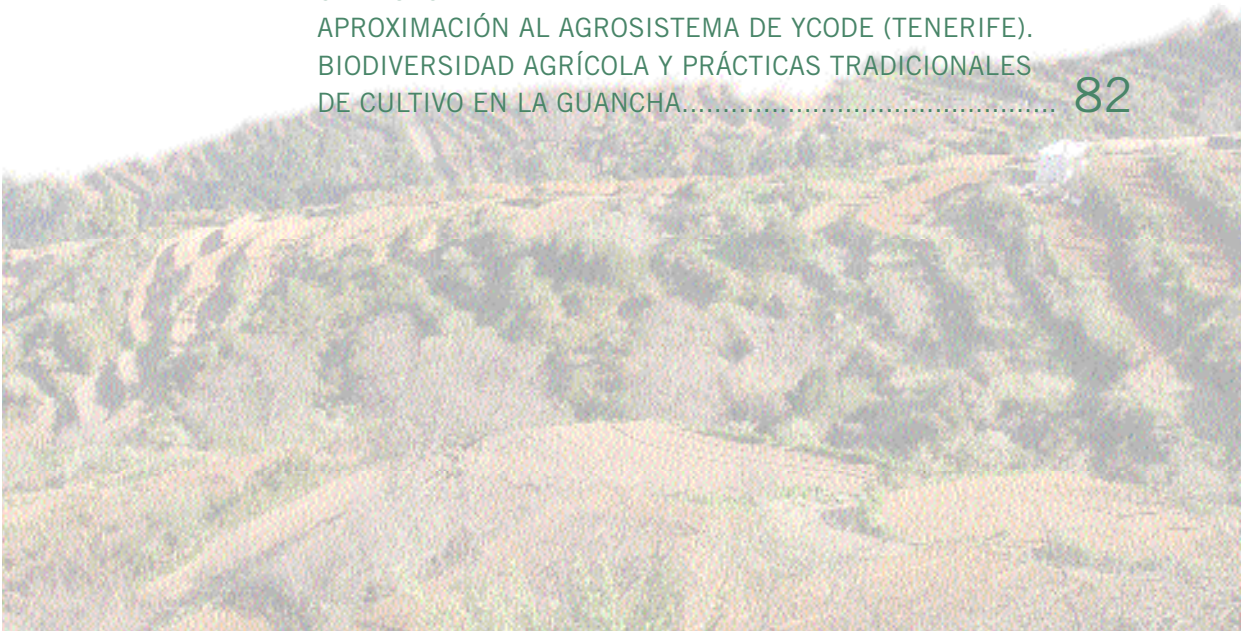
# ÍNDICE



## LAS FUENTES ORALES EN LOS ESTUDIOS DE AGROECOLOGÍA

EL CASO DEL AGROSISTEMA  
DE YCODE (TENERIFE)

INTRODUCCIÓN A LA OBRA.....	6
CAPITULO I LAS FUENTES ORALES EN LOS ESTUDIOS DE AGROECOLOGIA.....	8
CAPITULO II APROXIMACIÓN AL AGROSISTEMA DE YCODE (TENERIFE). BIODIVERSIDAD AGRÍCOLA Y PRÁCTICAS TRADICIONALES DE CULTIVO EN LA GUANCHA.....	82





## INTRODUCCIÓN A LA OBRA

---

Hemos escrito este texto con la pretensión de llevar a las personas interesadas nuestras reflexiones sobre el uso de la entrevista. Para ello nos basamos en nuestra propia experiencia. Las dificultades prácticas que nos hemos encontrado cuando hemos querido sondear la memoria de la gente nos han impulsado a componer un trabajo que fuese útil para aquellos que pretendan iniciarse en el campo de la investigación basada en la Tradición Oral.

El libro se escribe pensando en aquellos investigadores que desde la Agroecología utilizan la técnica de la entrevista como una herramienta de investigación, pero pensamos que puede ser igualmente válido para otras disciplinas que han sabido reconocer en la Tradición Oral su validez para profundizar en el conocimiento. Como decíamos, queremos enfocar nuestro trabajo hacia la nueva ciencia de la Agroecología, una disciplina que como todo lo novedoso está necesitada de reflexiones teóricas sobre las herramientas que utiliza. Hemos pensado en llenar un hueco, puesto que son múltiples las investigaciones que utilizan la entrevista en Agroecología: la prospección y recolección de cultivares locales, la interpretación de los agrosistemas vernáculos, la valorización de los cultivos tradicionales... y son pocos, o ninguno, los libros que desde la Agroecología han tratado esta temática.

Nuestro trabajo viene de la reflexión a partir de la práctica y, por tanto, hemos querido darle un marcado carácter divulgativo al texto, máxime cuando son numerosos los manuales que han teorizado y profundizado en el mundo de la entrevista. Hemos pretendido que tanto las reflexiones iniciales, como el decálogo práctico y el estudio de caso, se alejen, en la medida de nuestras capacidades, del academicismo. Si en algo queremos que destaque nuestra aportación es por la aplicabilidad. Pensamos que cualquier persona que investigue en este campo habrá sentido, o padecido, gran parte de los problemas aquí expuestos. Para quienes aún no se han iniciado en la técnica de la entrevista esperamos que este documento les eviten padecer algunos de los problemas que nosotros mismos hemos sufrido. Sabemos que 'nadie escarmienta en cabeza ajena' pero pretendemos que, al menos, los 'errores de bulto' sean los mínimos posibles.

El libro se organiza en dos partes. El primer capítulo está basado en las aportaciones que se recogían en un capítulo de la Tesis Doctoral de Fernando Sabaté *El país del pargo salado. Naturaleza, cultura y territorio en el Sur de Tenerife*, adaptado y enriquecido para los objetivos de esta publicación con las aportaciones de Antonio Perdomo. En él recogemos nuestras reflexiones sobre esta herramienta y concluimos con un decálogo práctico que quiere incidir en los principales problemas que encuentra un investigador al realizar entrevistas.

El segundo capítulo lo hemos dedicado al caso concreto de estudio de un agrosistema desde la óptica agroecológica: el de Ycode. En él se pretende mostrar un ejemplo práctico del uso de la técnica. Este segundo capítulo se basa en el Trabajo Final de Carrera que realizó Virginia Afonso, bajo la dirección de Antonio Perdomo, para la obtención del título de Ingeniero Técnico Agrícola; este documento ha sido también remodelado y modificado para cumplir con el objetivo planteado en este libro.

Aunque nosotros somos los autores, en el proceso de aprendizaje en el que continuamos, puesto que seguimos aprendiendo día a día, hay otros protagonistas: las personas entrevistadas, hombres y mujeres que nos han abierto algo tan íntimo como su memoria sin contraparte alguna. A todas estas personas vaya por adelantado nuestro agradecimiento.



# CAPÍTULO I

## LAS FUENTES ORALES EN LOS ESTUDIOS DE AGROECOLOGIA

Autores:

Fernando Sabaté Bel

Antonio C. Perdomo Molina

# CAPÍTULO I

---

## LAS FUENTES ORALES EN LOS ESTUDIOS DE AGROECOLOGÍA

En todas partes y, desde luego, también en Canarias, crece el empleo de esta poderosa fuente, la oralidad, y se hace desde la mejor de las intenciones. Sus resultados son muchas veces fructíferos. Sin embargo, sigue predominando un exceso de empirismo, que queda apenas compensado por una reflexión más amplia, que intente aprender y sacar partido del conjunto de la experiencia y la teoría generada a lo largo de muchos años de investigaciones basadas en la fuente oral. Estamos persuadidos de que este hecho *lastra* el potencial aún mayor que puede llegar a tener. Con esa voluntad abordamos este capítulo del libro, de mayor contenido teórico.

Podemos partir de una caracterización general de las fuentes orales. Éstas han sido definidas como:

*“aquéllas que aportan información sobre el pasado, viven y se mantienen en la memoria de las gentes sin escribirse, y se transmiten por medio de la narración oral. No obstante, la información oral puede quedar plasmada por escrito en un momento determinado, sin que esta circunstancia signifique necesariamente un cambio en el carácter oral de su origen”*.<sup>1</sup>

Es probable que en el ámbito de ciertas disciplinas, como la Antropología, resultase por completo innecesario problematizar y debatir, a estas alturas, la validez y el alcance del conocimiento humano transmitido por vía oral. No ocurre así en otros campos de las ciencias sociales y menos aún en las experimentales. Nuestra pretensión es analizar su uso en el marco de una nueva ciencia que mantiene estrechas relaciones con ambos campos científicos: la Agroecología. Para ello vamos a repasar el empleo que se ha hecho de las fuentes orales a lo largo de la historia, con especial referencia al caso de Canarias y al marco de la agroecología. A continuación se analizarán las posibilidades y limitaciones de su uso. Y concluiremos con un decálogo práctico que, esperamos, pueda ser de utilidad a quienes se adentren en ese mágico mundo de la recogida de los conocimientos transmitidos por la vía oral a lo largo de generaciones.

---

<sup>1</sup> García, Alejandro (1979): *Metodología de la investigación histórica. Las fuentes orales*.



## EL USO DE LAS FUENTES ORALES A LO LARGO DE LA HISTORIA

---

Como ha señalado Philippe Joutard, reflexionar sobre la introducción de las fuentes orales no es sólo discutir sobre metodología, sino interrogarse sobre la evolución de las relaciones que nuestra sociedad mantiene con su pasado.<sup>2</sup> De hecho, la construcción de la historia como una disciplina *científica*, tal como ha sido concebida hasta hace poco, se produjo precisamente a partir de una *crítica a la tradición oral*. Desde entonces, la moderna historiografía científica se enorgulleció de basarse en la solidez del documento escrito, considerado como el *único* que tiene verdadera validez. Goubert, uno de los iniciadores de la demografía histórica en Francia (y nada sospechoso de historiador *tradicional*) llegó hasta el punto de calificar la historia oral como un conjunto de “*chismes eventuales, que impiden remontarse más allá de comienzos del siglo XX*”.<sup>3</sup> De este modo se fue consolidando un cambio de enfoque radical respecto a la historia, ya que ésta, desde sus precedentes más antiguos, se edificó sobre los cimientos de la fuente oral. No en vano, todavía hoy algunos manuales que reivindicaban la oralidad, en su búsqueda de precedentes venerables y prestigiosos, suelen recordar los ejemplos de Herodoto, o Tucídides, en la Grecia Clásica, que encuestaban a los testigos directos o a sus descendientes para reconstruir la historia de los sucesos, al tiempo que llamaban a la prudencia en la utilización del propio método.

Este giro en el método de la investigación historiográfica se vio también favorecido por otros fenómenos históricos anteriores. El auge de los estados-nación había ya multiplicado todo su aparato burocrático, a lo que se sumó después la invención de la imprenta y la extensión de sus productos. Todo ello contribuyó a restarle importancia al testimonio oral. En lo sucesivo, lo escrito se convirtió en la referencia principal y, a menudo, suficiente. Luego, el espíritu crítico de la Ilustración alcanzó también a las fuentes orales tradicionales, desconfiando de ellas cuando no burlándose directamente de su contenido. De este modo se fue pasando de una situación propia del Antiguo Régimen en la que los hombres de cultura erudita sólo veían en las tradiciones populares una expresión de paganismo o de inmoralismo, a otra en la que sus homólogos del Siglo de las Luces no percibían otra cosa que oscurantismo.<sup>4</sup>

---

<sup>2</sup> Joutard, Philippe (1986): *Esas voces que nos llegan del pasado*, p. 9.

<sup>3</sup> *Ibidem*, pp. 7–8.

<sup>4</sup> Joutard, obra citada, pp. 40–51. Se puede afirmar que esta visión de la oralidad (y del conjunto de la cultura popular), ha tenido continuidad histórica prolongándose hasta el presente a menudo en sendas visiones de ‘derechas’ o de ‘izquierdas’ sobre las mismas.

Es entonces, a partir del siglo XIX, cuando se construye la Historiografía científica sobre la base de una condena radical a la tradición oral. Dos de los considerados codificadores de los estudios históricos, Langlois y Seignobos, llegaron a afirmar en 1898 que “*en las ciencias establecidas no se acepta jamás otra cosa que la transmisión escrita*”. Ni siquiera como fuente complementaria de lo escrito la tradición oral encontró piedad, especialmente entre los historiadores franceses. Como mucho se llegó a admitir esa fuente tan sólo en el caso de que se pudiera entrevistar aún a personas que fueran protagonistas o testigos directos de los acontecimientos; por lo tanto, sólo para acontecimientos necesariamente recientes.

No obstante, la tradición oral pervivió en algunos ámbitos más o menos restringidos. Uno de ellos pudo ser el de los relatos de las personas viajeras que florecen en el XIX, y que constituyen una fuente no ya sólo de descripciones geográficas más o menos pintorescas, sino de recopilación de tradiciones y leyendas locales, a menudo animadas por un espíritu romántico que sobrevivió al rigorismo positivista. En el caso de Canarias, por su situación de escala en la navegación atlántica, serán legión los viajeros —y también algunas viajeras— que dan cuenta de su paso por estas tierras, incorporando leyendas y relatos orales de la tradición local a los escritos sobre su periplo: desde el escocés George Glas, hacia 1764, hasta la cubana Dulce María Loynaz en 1958, por citar sólo dos discutibles extremos culturales y cronológicos. La oralidad se mantuvo también en el trabajo de los folkloristas y los estudiosos del lenguaje popular, dos esfuerzos de investigación de donde surgirán más tarde sendas disciplinas que serán las primeras en dotar de estatuto científico al estudio de la oralidad: la Etnología (embrión de la Antropología) y la Dialectología (que hará lo propio respecto a la Sociolingüística).

Sin embargo, fue en el cambio del siglo XIX al XX cuando se instaló una tendencia pesimista entre los investigadores “orales”. En este periodo de gigantesco cambio económico en Occidente se empezó a concebir la cultura popular como una dimensión separada y hasta inmóvil respecto a los procesos de modernización y urbanización en curso. Se produjo así una trágica disociación entre dos colectivos científicos: de una parte, los folkloristas o etnógrafos, conscientes de su declinar aparentemente inexorable y consagrados a su misión de recoger los últimos testigos de una riqueza cultural en trance de desaparición, especialmente en las zonas rurales y periféricas y entre las personas más ancianas; de otra, los historiadores, geógrafos y el resto de los científicos sociales, más interesados en documentar la naturaleza de las transformaciones que se estaban operando y en el análisis de los agentes que resultaban centrales en ese proceso de cambio.<sup>5</sup> Merece la pena constatar, al respecto, que se trata del mismo proceso que ha tenido lugar en Canarias casi un siglo más tarde.

---

<sup>5</sup> *Ibidem*, pp. 94–95.

Existe consenso entre los investigadores en situar en los Estados Unidos el renacer de la oralidad como fuente historiográfica en la etapa contemporánea. Ya había en este país algunos precedentes de acumulación sistemática de información oral en una fecha tan temprana como 1840.<sup>6</sup> Pero en su versión contemporánea el fenómeno tuvo lugar a partir, sobre todo, de la II Guerra Mundial; de donde saltaría en los sesenta a Gran Bretaña y sólo muy tardíamente al resto de Europa. La realidad siempre es más compleja que cualquier simplificación esquemática, y se pueden alegar también algunas iniciativas anteriores más o menos trascendentes en Irlanda, Escandinavia o Polonia. Pero lo cierto es que a EE.UU. le corresponde el mérito de institucionalizar el desarrollo sistemático de la fuente oral, su ingreso en la academia, y su difusión general con una técnica contrastada y didáctica. Esto incluye la práctica de la transcripción y su revisión y corrección por los informantes, instituida por el investigador Alan Nevin.

En cuanto a la historiografía española contemporánea, el primer trabajo exclusivamente basado en las fuentes orales es la obra clásica de Ronald Fraser sobre la Guerra Civil Española<sup>7</sup>, que lo convirtieron en uno de los más reconocidos practicantes de esta corriente metodológica. Fraser estudió seis zonas de guerra: dos del campo fascista, dos del republicano, y otras dos que cambiaron de bando en el curso de la contienda; en cada una de ellas entrevistó a unos treinta testigos, excluyendo deliberadamente líderes políticos o personas capaces por sí mismas de escribir sus memorias. No es casual que haya sido un extranjero el introductor de esta metodología en el Estado Español, donde sólo más tarde, a partir de los ochenta, la oralidad abandonará su condición marginal como fuente científica académica. Y es que si bien existía una tradición de estudios etnológicos y antropológicos con fuentes orales, éstos no extendieron su influencia sobre otros campos. La razón, como ha señalado Cristina Borderías, se puede encontrar en la rígida separación disciplinar que ha caracterizado el desarrollo de las ciencias sociales.<sup>8</sup> En este contexto de esclerosis inicial merece destacarse el papel pionero de Mercedes Vilanova, con su estudio de geografía electoral de la provincia de Gerona durante la II República, publicado en 1974, donde cuestiona el tópico del abstencionismo libertario, basándose en las fuentes orales. El surgimiento en 1989, también en Barcelona, de la revista *Historia y Fuente Oral* —que a partir de 1996 pasará a denominarse significativamente *Historia, Antropología y Fuentes Orales*—, supone un centro de referencia, a la vez que un indicador de la lenta maduración del interés español por la oralidad.

---

<sup>6</sup> Producto del esfuerzo de un bibliotecario llamado Copeland, que comenzó a recoger el testimonio de viejos soldados de la Revolución norteamericana y de hombres que combatieron a los indios. Reunió 486 volúmenes de manuscritos pero, como le sucede a menudo a muchos eruditos, acumuló la documentación sin llegar a terminar el libro.

<sup>7</sup> Fraser, Ronald (1979): *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la Guerra Civil Española*. El título original de este trabajo en inglés había sido *Blood of Spain*.

<sup>8</sup> Borderías, Cristina (1995): “La historia oral en España a mediados de los noventa”.

En definitiva, como se ha puesto de manifiesto, la historia de la oralidad como fuente para la investigación científica es, en buena medida, la historia de las disciplinas habituadas a manejarse con ella: la Etnografía, la Antropología, la Sociología, la Sociolingüística y algunas corrientes más o menos abiertas y renovadoras de la Historiografía... ¿qué se puede decir respecto al desarrollo de la tradición oral en nuestro entorno y, especialmente, en el campo de la Agroecología?

## LA TRADICIÓN ORAL EN CANARIAS

---

Con este título encabezaba Manuel J. Lorenzo Perera un trabajo publicado en octubre de 1988, dando cuenta de una recopilación de distintos estudios sobre el mundo campesino canario (el cultivo del centeno, el trabajo del junco, las fiestas tradicionales o ciertas actividades que aportaban renta complementaria a las familias campesinas —como las de las *paveras*, o los *neveros*—), y que presentaban en común la utilización de esta fuente como método principal para esclarecer la situación de las clases populares en el medio rural. En la introducción, el autor manifiesta que los estudios geohistóricos a menudo habían eludido, hasta entonces, proporcionar información acerca de la verdadera realidad cotidiana, tanto del campesinado insular como de los grupos urbanos subalternos, destacando el papel fundamental —en ocasiones único— que las fuentes orales pueden cumplir para llenar este grave vacío de la producción científica; particularmente en aquellos casos en que las fuentes escritas —escasas y sesgadas de por sí— han desaparecido.<sup>9</sup> No se trataba de la primera incursión en la oralidad de este investigador, cuyo trabajo pone de manifiesto el potencial que ésta representa para los estudios etnográficos en Canarias (y en muchos sitios).<sup>10</sup> En realidad, una parte de esta producción es el fruto de la labor iniciada en el Departamento de Ciencias Humanas de la Escuela de Magisterio de La Laguna, a partir del curso escolar 1973–1974.

Por su parte, la otra disciplina que recurre históricamente, de forma metódica y sistemática a la fuente oral es la de los estudios de Antropología Sociocultural propiamente dicha. En este ámbito, la consolidación de un núcleo institucional y académico en Canarias a par-

---

<sup>9</sup> Lorenzo Perera, Manuel J. (1988): *La tradición oral en Canarias*, pp. 11–18.

<sup>10</sup> Trabajos anteriores fundamentados en la oralidad de Lorenzo Perera —en solitario o en colaboración con otras personas— habían sido, entre otros: *¿Qué fue de los alzados guanches?*, 1983; *Los cochineros de Icod el Alto*, 1983; *La cerámica popular de la isla de El Hierro*, 1987; *La fiesta de San Juan en el Puerto de la Cruz (Tenerife. Canarias)*, 1987; *Estampas etnográficas de Teno Alto*, 1987. Después han seguido muchos más (en la bibliografía se recogen los que han sido consultados para este trabajo, que son buena parte del total).



tir de 1981, marca un hito en la formación de un grupo estable de investigadores, relativamente pequeño en número pero productivo y cualificado.<sup>11</sup> Sin embargo, podemos preguntarnos si hubo que esperar hasta hace apenas un cuarto de siglo para encontrar los primeros ejemplos del recurso a la oralidad. ¿Nadie en Canarias había empleado esta fuente en épocas más tempranas?

## ANTECEDENTES REMOTOS (O MENOS)

---

A finales del siglo XIX, a caballo entre la herencia romántica y el pensamiento positivista que alcanzaba las Islas,<sup>12</sup> algunos grupos de investigadores comienzan a incorporar la realización de encuestas a partir de la tradición oral. Los aborígenes canarios, auténtica obsesión de este grupo generacional, absorbieron la mayor parte de sus indagaciones, centradas en la memoria sobre sus modos de vida y organización territorial, y en la reconstrucción del proceso de la Conquista, particularmente en el caso de Tenerife.

Será el médico originario del Sur tinerfeño, Juan Bethencourt Alfonso, el más importante antecedente en la utilización sistemática de la oralidad en Canarias,<sup>13</sup> por su aplicación al trabajo de campo y la potencia de la información etnográfica alumbrada (que felizmente ha sido por fin publicada en buena parte a finales del siglo XX).<sup>14</sup> Bethencourt, lo mismo que otros investigadores contemporáneos (o anteriores, caso de Sabin Berthelot), estaba convencido de la pervivencia de elementos culturales guanches, hasta bien avanzado el siglo XIX, en todo el Sur de Tenerife

En la vecina isla de Gran Canaria deben ser citados otros investigadores del mismo periodo, fundadores y agrupados en torno al Museo Canario. Es el caso de Gregorio Chil y Naranjo y del canario-catalán Víctor Grau-Bassas, autores notables pero más centrados en las excavaciones arqueológicas, o bien en la descripción de la situación campesina de su tiempo (caso de las perspicaces aportaciones del segundo, rescatadas precisamente a comienzos de los ochenta)<sup>15</sup> y algo menos en el recurso a la tradición oral.

---

<sup>11</sup> El iniciador de esta nueva etapa de la antropología sociocultural publicó en la segunda mitad de los ochenta un trabajo que repasaba la evolución de la disciplina y daba cuenta de su estado de la cuestión contemporáneo: Galván Tudela, Alberto (1987): *Islas Canarias. Una aproximación antropológica*.

<sup>12</sup> Véase: Estévez González, Fernando (1987): *Indigenismo, raza y evolución. El pensamiento antropológico canario (1750-1900)*, pp. 97-99.

<sup>13</sup> Más allá de la caracterización que se pueda hacer de su enfoque, calificado de *darwinista romántico*. Véase Galván Tudela, Alberto (1987), obra citada, pp. 7-9.

<sup>14</sup> Nos referimos fundamentalmente a los tres tomos de la *Historia del Pueblo Guanche*, editados respectivamente en 1991, 1994 y 1997, merced al laborioso esfuerzo de Manuel Fariña. En 1985 se había editado ya *Costumbres populares canarias de nacimiento, matrimonio y muerte*; al parecer, alguna obra importante de Bethencourt Alfonso sigue sin ver la luz.

<sup>15</sup> Entre ellas: Grau-Bassas, Víctor: *Usos y costumbres campesinas de Gran Canaria*.

Tras un cierto paréntesis, aunque sirviendo de enlace entre los autores anteriormente comentados y la etapa actual, se encuentra un grupo de intelectuales que ejercieron su labor entre los años treinta y, como muy tarde, los ochenta del siglo XX, en los ámbitos de la historia, el folklore, la antropología, o en varios de ellos a la vez. Sus integrantes se vieron muy condicionados por la ideología triunfante en la Guerra Civil, de tal manera que no resulta extraño que orientaran sus incursiones en la fuente oral —y en general, el conjunto de sus investigaciones— hacia campos menos comprometidos ideológicamente con la contemporaneidad, como los estudios sobre la literatura popular, el folklore infantil, la prehistoria o las fuentes historiográficas del periodo de la Conquista, entre otros. Dentro de este grupo sobresalen José Pérez Vidal, Luis Diego Cuscoy y, en menor medida —en lo que a su relación con la oralidad se refiere—, Elías Serra Ráfols. Este último animó desde el Instituto de Estudios Canarios (fundado en 1932) la realización de una amplia encuesta etnográfica, a través de los estudiantes universitarios y otros agentes sociales; pero los años de la Guerra y los primeros de la década de los cuarenta no fueron precisamente favorables a la culminación de este objetivo. Pérez Vidal desarrolla a lo largo de su vida una vasta obra de investigación lingüística y folklórica, que incluye algunos trabajos cuyo enfoque lo aproxima también al de la Geografía Cultural (estudios sobre la vivienda rural en su contexto ecológico, la ganadería o las influencias geográficas en el lenguaje); sin embargo, y a pesar de la indudable importancia de su obra, fue menos un investigador de campo y trabajó a menudo a partir de materiales recolectados en Canarias por alumnos y colaboradores, debido al traslado de su residencia a Madrid a partir de 1948. Por su parte, Luis Diego Cuscoy, en su tránsito de maestro rural a profesional de la arqueología, se convirtió en un importante recolector y analista de documentación oral etnográfica, que a menudo aplicó —junto a su potente conocimiento del territorio vernáculo— a los estudios sobre la Prehistoria de Tenerife y las Islas Occidentales.<sup>16</sup> Cuscoy anotó en su obra algunas reflexiones metodológicas y aportaciones teóricas sobre las características y el tratamiento de la fuente oral.

Dentro de la producción científica del medio siglo que va de la Guerra Civil a la ‘transición democrática’, es de destacar también la labor emprendida desde la Filología y los estudios sociolingüísticos —aunque en esa época, al menos en sus comienzos, no se utilizara aún esta última denominación—. Así, la publicación de la entonces Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Laguna recoge varios trabajos basados en encuestas orales

---

<sup>16</sup> La obra de estos dos autores es amplia y dispersa. Afortunadamente contamos con dos recopilaciones de algunas de sus aportaciones más relevantes, editadas por el Museo Etnográfico de Tenerife y compiladas por Alberto Galván. Se trata de Pérez Vidal, José (1985): *Estudios de Etnografía y Folklore canarios*; y Diego Cuscoy, Luis (1991): *El folklore infantil y otros estudios etnográficos*. También la obra de Diego Cuscoy (1968): *Los guanches. Vida y cultura del primitivo habitante de Tenerife*, sigue constituyendo, por la profundidad y perspicacia de su análisis, un trabajo de lectura obligada para cualquier aproximación geohistórica a la interacción entre los seres humanos y el territorio tinerfeño.

y desarrollados bajo este enfoque; entre ellos los del lingüista Max Steffen<sup>17</sup>. Desde la filología la obra culminante de este periodo será sin duda el *Atlas Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias*, promovido por Manuel Alvar tras varios años de investigación en el Archipiélago.<sup>18</sup>

Sin embargo, no todo fueron parabienes hacia la oralidad. En el periodo intermedio entre los autores decimonónicos señalados más arriba y la que será —como veremos— la etapa de florecimiento de tales estudios en Canarias a partir del último tercio del siglo XX, algunas disciplinas siguieron desarrollándose de espaldas a esta fuente, cuando no negaron explícitamente su validez. En particular, la Historiografía de raíz más positivista seguía reproduciendo los prejuicios señalados anteriormente, sobre los que se basó esta ciencia desde los albores de la modernidad. Un autor que representa bien esta concepción tradicional, emanada del pensamiento ilustrado, es Antonio Rumeu de Armas. Historiógrafo reconocido por la importancia de sus trabajos, su visión, que podemos considerar representativa del pensamiento académico de este momento, no deja lugar a dudas:

“Como es de todos sabido, la *tradición oral* [cursiva del autor] —que con tanto ardor invoca Espinosa como base primordial de su relato— es una fuente sumamente débil, ajena por completo a una cronología rigurosa; que profundiza escasamente en el tiempo, a lo sumo tres generaciones, y que arrastra siempre una carga explosiva de leyenda y fantasía. Los actores de la Conquista, castellanos y guanches, habían desaparecido de este mundo mucho antes de 1590; a quienes interroga Espinosa es a sus nietos y bisnietos, **los más de ellos analfabetos o incultos y ajenos por completo a los poderosos medios de difusión de los tiempos modernos**. Cualquier intento que hoy se hiciese por reconstruir la historia de mediados del siglo XIX por tradición oral estaría condenando de antemano al fracaso; sería algo así como un débil y confuso eco de ese ayer que los hombres de hoy estimarían inconsistente, vago e inservible.”<sup>19</sup> [La negrita es nuestra].

Esta desconfianza de Rumeu respecto al rigor y alcance de la tradición oral le lleva a concebir que un autor como el citado —al que nos referiremos al reivindicar el protagonismo de las fuentes orales en la historiografía clásica del Archipiélago—, solo pudo basar la redacción de su obra en un supuesto texto, de autor desconocido pero escrito al tiempo de la Conquista de Tenerife; texto cuya existencia habría ocultado el fraile dominico y sobre el

---

<sup>17</sup> Entre ellos se puede destacar la colección sobre “Lexicología canaria” (I, II, III y IV), publicada en la *Revista de Historia* (luego *Revista de Historia Canaria*) de los años 1945, 1949, 1953 y 1956, respectivamente.

<sup>18</sup> El Instituto de Estudios Canarios publicó en 1964 las 107 páginas de su *Cuestionario*. La edición de la obra completa, en tres volúmenes, se demoró hasta los años 1975–1978, corriendo a cargo esta vez del Cabildo de Gran Canaria.

<sup>19</sup> Rumeu de Armas, Antonio (1975): *La Conquista de Tenerife. 1494–1496*, p. 10.

que Rumeu sospecha que basó el grueso de su relato. Para la concepción historiográfica convencional, de la oralidad no se podía esperar ningún fruto valedero, de modo que Rumeu consideró que ese hipotético documento, en circulación a finales del siglo XVI, debió ser el que inspirara también a otros autores coetáneos de Espinosa, como Torriani y Abreu Galindo.<sup>20</sup> Como en parte hemos tenido ocasión de comprobar, y seguiremos exponiendo más adelante, sólo en un periodo más reciente ha tenido ocasión la Historiografía europea de asumir —y no del todo— las reglas y las características propias del relato oral en las culturas ágrafas, después de que hayan sido sistematizadas por otras disciplinas humanísticas. En este sentido, el funcionamiento de genealogías más o menos extensas, conservadas por especialistas orales, y la existencia de procedimientos mnemotécnicos que lo hacían posible, no resultaban conocidos (ni fáciles de encajar) en el marco de una ciencia tan empeñada en el rigor como cargada de prejuicios etnoculturales.

## LA CULTURA ORAL VUELVE POR SUS FUEROS

---

Si hubiera que buscar un anticipador contemporáneo en el empleo sistemático de la información y la tradición oral en Canarias, al menos en lo que se refiere al registro magnetofónico y la preocupación por transcribir de forma más o menos literal el discurso de los informantes, probablemente lo encontraríamos en la persona de Ricardo García Luis. En los primeros años ochenta, este maestro de profesión y conocido animador de numerosas iniciativas culturales, comenzó de forma autónoma y autodidacta a efectuar grabaciones de diferentes personajes populares de Tenerife (campesinas lecheras, emigrantes clandestinos, soldados de la Guerra de África de los años veinte...), y a proceder a su edición casera mediante multicopista, en forma de pequeños libritos encuadernados a mano con cartulina de colores. Su distribución se llevó a cabo de un modo igual de artesano y al margen de los canales comerciales al uso: fueron vendidos prácticamente a precio de coste por el propio autor en el rastro o mercadillo callejero que, por esas mismas fechas, empezaba a funcionar los domingos en Santa Cruz de Tenerife.<sup>21</sup>

---

<sup>20</sup> *Ibidem*, pp. 10–11.

<sup>21</sup> Entre los cuadernillos de faceta histórica publicados en esos primeros años se cuentan: *Emigración clandestina Canarias – Venezuela: ¿Canibalismo?*, 1983; *Noticias de Cuba*, 1983; *Un soldado canario en Río de Oro: 1926*, 1984; *Diario de un emigrante clandestino*, 1984; *Un soldado canario en la Guerra de Marruecos: Larache, 1921*, 1985; *Antoñé*, 1987. Para alguno de nosotros, tal vez debemos a Ricardo García Luis la primera inspiración (y desde luego la primera referencia) del potencial que encierra la información oral, cuando tuvimos el placer de conocerle y adquirir sus primeras publicaciones durante nuestra primera juventud.



Ya se señaló con anterioridad como *La tradición oral en Canarias* de Manuel Lorenzo Perera había marcado, con toda probabilidad, un nivel de referencia del desarrollo que empezaron a alcanzar los estudios etnográficos (y otros) basados en la fuente oral, a lo largo de los años ochenta.<sup>22</sup>

Aquel trabajo fue objeto de una mejor distribución y, en consecuencia, obtuvo mayor difusión que los anteriores, convirtiéndose en un hito para muchas personas interesadas en esta temática dentro del Archipiélago Canario. De este modo, en la década siguiente se fueron sumando nuevos trabajos y, lo que es más importante tal vez, nuevas personas, disciplinas y ámbitos que acogieron en su metodología el recurso a la voz y la memoria de nuestros paisanos.<sup>23</sup> A partir de 1993 se inicia la publicación de *Tenique. Revista de Cultura Popular Canaria*, editada anualmente por el Grupo Folklórico de la Facultad de Educación de la ULL, que dirige el propio Manuel Lorenzo Perera. Esta revista ofrece en cada número una amplia colección de artículos elaborados desde las perspectivas de la Etnografía, el Folklore, la Historia, la Agroecología y otros enfoques disciplinares, desarrollados por multitud de personas investigadoras, que se basan en la mayor parte de los casos en la cultura oral tradicional. Dos años después, inaugura su segunda época la revista *El Pajar*, titulada *Cuaderno de Etnografía Canaria*; había surgido inicialmente como una publicación local del vecindario de la zona alta de La Orotava, y pasó a convertirse a partir de 1995 en una revista de ámbito archipelágico, acogiendo también trabajos relacionados con la cultura tradicional africana, europea y americana. Sus editores, la Asociación Cultural “Día de las Tradiciones Canarias”, muy vinculados a la organización de la Feria de Artesanía de Pinolere, han logrado convertirse en otro referente nacional para los estudios etnográficos, publicando en el último periodo dos o hasta tres números anuales, uno de los cuales se relaciona con la celebración de unas jornadas monográficas sobre oficios artesanos y cultura tradicional que tienen lugar cada año. Sin embargo, la primera revista editada en Tenerife que había apostado de forma clara por el uso de las fuentes orales se edita desde 1986 en Santiago del Teide (bien es cierto que con una periodicidad menor que las publicaciones antes mencionadas: 4 números hasta el 2006). Se trata de *Chinyero. Revista Histórico-Cultural de la Villa de Santiago del Teide*, editada por el Colectivo Cultural

---

<sup>22</sup> Entre ellos se pueden citar los trabajos de García Barbuzano, Domingo: *Prácticas y creencias de una santiguadora canaria*, 1981; Lorenzo Perera, Manuel J. y Fariña González; Manuel A.: *Medicina Popular Canaria. I. La figura del curandero*, 1983; Noda Gómez, Talio: *Medicina Popular en la isla de La Palma*, 1984; García Talavera, Francisco y Espinel Cejas, José M.: *Juegos guanches inéditos (Inscripciones Geométricas en Canarias)*, 1989.

<sup>23</sup> Entre ellos: Jiménez, José Juan: *El telar tradicional de Ingenio (Gran Canaria)*, 1989; González, José Manuel: *Medidas y contabilidades populares: Las “cuentas” de las pescadoras y venteras del Valle de la Orotava*, 1991; Díaz Palmero, María Candelaria: *La danza de Guamasa*, 1993; Sabaté Bel, Fernando: *Burgados, tomates, turistas y espacios protegidos*, 1993; Asociación Cultural Patrimonio de Güímar: *Naturaleza, historia y tradición en El Socorro de Güímar*, 1993.

Arguayo. Otras revistas auspiciadas por distintos colectivos socioculturales o ayuntamientos canarios siguen en los últimos años una senda parecida, aunque con calidad desigual.<sup>24</sup>

Para la isla de Gran Canaria<sup>25</sup> resulta imprescindible señalar los trabajos desarrollados por el Colectivo de La Aldea, que de forma ininterrumpida desde el año 1978 viene recopilando tradiciones populares, bailes, canciones, juegos, rituales y otras costumbres, en el marco de un ambicioso programa sociocultural que implica a buena parte del vecindario de este municipio. Otro núcleo central en los estudios canarios basados en, o relacionados con, la oralidad lo representan los trabajos impulsados desde la FEDAC (Fundación para la Etnografía y el Desarrollo de la Etnografía Canaria, dependiente del Cabildo Insular de Gran Canaria), con el equipo de Caridad Rodríguez Pérez–Galdós, que ha abordado temas como el proceso de involución de determinados oficios artesanos, el pastoreo y la ganadería tradicional, los oficios del bosque, los centros loceros, las salinas, hornos de pan y de cal, o la evolución del paisaje, plasmando muchos de ellos en magníficas publicaciones.<sup>26</sup>

En el terreno de la historiografía se van volviendo más y más habituales los trabajos que basan su indagación en la Canarias contemporánea sobre la base de entrevistas orales<sup>27</sup>. En 1994 se llegan a organizar las I Jornadas de Historia Oral en Las Palmas y surge la Asociación de Patrimonio Oral de Gran Canaria. Dentro de la sociología canaria, además del recurso clásico a las encuestas con un enfoque cuantitativo, aparecen trabajos que combinan otras muchas fuentes cualitativas, incluyendo las orales.<sup>28</sup> En el campo del periodis-

---

<sup>24</sup> Hemos de pedir disculpas por no incluir todas las publicaciones de ámbito local que se han multiplicado exponencialmente en los últimos años, de lo cual nos congratulamos. Sí es de justicia nombrar al menos dos publicaciones periódicas que por su duración en el tiempo merecen aparecer en esta incompleta lista: la revista *Sureste*, editada por la Asociación Cultural del mismo nombre, con sede en Güímar; y *La Tajea*, publicada por el Ayuntamiento de San Miguel de Abona. También es de destacar la reciente y meritoria publicación de la colección *El Chivato. Monográficos de Etnografía de Canarias*, promovida y editada por el investigador etnográfico tinerfeño Carlos Gustavo González Díaz.

<sup>25</sup> Debemos señalar que tanto esta muestra como la expuesta en las notas vecinas sufre, con toda probabilidad, de un sesgo hacia los trabajos editados en Tenerife, a los que hemos tenido mejor acceso, dada la limitada circulación que caracteriza a muchas de estas publicaciones de ámbito local.

<sup>26</sup> Entre ellas cabe citar, al menos: González Navarro, José: *Las salinas tradicionales de Gran Canaria*, 1996; Murcia Suárez, Macarena: *Herreros y latoneros: el trabajo tradicional del metal en Gran Canaria*, 1997; de la misma autora: *La albardería, la construcción de jaulas de caña y la sombrerería*, 1998; Zamora Maldonado, Juan M. y Jiménez Medina, Antonio M.: *El centro locero de Tunte (San Bartolomé de Tirajana, Gran Canaria)*, 2004. La producción bibliográfica de la FEDAC continúa hasta el día de hoy.

<sup>27</sup> Como muestra se pueden citar los trabajos de Cabrera, Miguel Ángel (1985): *La represión franquista. El Hierro 1936–1944*; Garí–Montllor Hayek, Domingo (1990): *Historia del Movimiento Canarias Libre: 1960–1962*; Suárez Bosa, Miguel: *El movimiento obrero en las Canarias Orientales 1930–1936*, 1990; Garí Hayek, Domingo: *Historia del nacionalismo canario*, 1992; Millares Cantero, Sergio (1994): *Fernando Sagaseta. La vida de un luchador irremediable*; González Pérez, Teresa (1996): *Anarquismo y educación en Canarias*.

<sup>28</sup> Es el caso, entre otros, de Déniz Ramírez, Francisco A. (1999): *La protesta estudiantil. Estudio sociológico e histórico de su evolución en Canarias*.

mo de investigación aparecen algunas compilaciones que por su estilo y metodología se aproximan a los estudios sociológicos.<sup>29</sup> La etnomusicología no se queda al margen en el uso de las fuentes orales, estudiando la música en su contexto, como integrante de una cultura y una sociedad.<sup>30</sup> Incluso en disciplinas que suelen resultar menos permeables a este tipo de información aparecen algunas excepciones significativas. Es el caso, dentro de las Ciencias Económicas, de un interesante trabajo para un objeto de estudio tan polémico como el de la gestión y comercialización del agua;<sup>31</sup> o de algún estudio del tiempo astronómico y meteorológico.<sup>32</sup>

Debido a nuestra formación como geógrafos, no queremos pasar por alto el papel de la fuente oral en distintos campos de la Geografía: Urbana, Rural, de la Percepción, de la Población, etcétera. En realidad, aunque haya quedado en la ‘trastienda’ del oficio, esto es, sin explicitar que una parte de la información se ha obtenido a través de la comunicación personal con gente que posee conocimientos sobre cualquier materia, *la oralidad ha estado siempre ahí* y ha sido habitual y profusamente utilizada en el campo de la Geografía. Sin embargo, es probable que la primera aportación desde la Geografía en Canarias que recurrió de forma explícita y central a la oralidad (esto es, mediante la grabación magnetofónica de los informantes, la transcripción sistemática de su testimonio, la inclusión de fragmentos de su discurso en el propio texto, y/o de la totalidad de los mismos en forma de anexo) haya sido un trabajo de comienzos de los años noventa sobre la evolución de un espacio del Sur de Tenerife.<sup>33</sup>

---

<sup>29</sup> Entre ellos merece destacarse Millares, Yuri (1996): *Ruta de pastores. Un recorrido por las vivencias e historias de hombres y mujeres de la Gran Canaria más rural y ancestral*; así como los trabajos de este mismo autor en la revista mensual *Ruta Archipiélago* (que luego cambió su nombre por el de *Pella Gofio*). Igualmente hay que destacar al periodista Cirilo Leal, uno de los mayores animadores de la oralidad en Canarias en los últimos veinte años; entre sus libros basados en la oralidad destacan: *El Hierro. Memoria viva del pueblo*, 1997 y *Los Realejos. Memoria viva del pueblo*, 1999.

<sup>30</sup> Inmejorable ejemplo de este último enfoque es el trabajo de José Angel López (2003): *Tambor gomero y oralidad. Diálogo con los herederos*. Entre los numerosos trabajos anteriores dedicados a la recopilación del folklore musical se pueden citar los trabajos de Lorenzo Perera: *El folklore de la isla de El Hierro*, 1981 y *Los ranchos de pascuas en Tinajo* (en colaboración con María Dolores García Martín), 2004; así como la recopilación del investigador gomero Miguel Ángel Hemández: *Décimas de José Hernández Negrín. Décimas de La Gomera*, 1994.

<sup>31</sup> Aguilera Klink, Federico y Sánchez Padrón, Miguel: *Los mercados del agua en Tenerife*, 2002. Además de encuestar y entrevistar a pequeños y grandes propietarios e intermediarios de agua, agricultores y consumidores del recurso, al final del proceso investigador se organizaron dos seminarios en los que tuvieron la oportunidad de participar buena parte de los informantes, procediéndose de este modo a la devolución, problematización y debate democrático de las conclusiones obtenidas; incluyéndose la transcripción de uno de estos debates —documento de gran riqueza informativa— en la publicación.

<sup>32</sup> Belmonte, Juan Antonio y Sanz de Lara, Margarita: *El cielo de los magos*, 2001.

<sup>33</sup> Sabaté Bel, Fernando: *Burgados, tomates, turistas y espacios protegidos*, publicado en 1993.

Las investigaciones que pretenden la reconstrucción del paisaje vegetal del pasado, pueden encontrar una sólida base en la tradición oral y en la toponimia, a condición de que conozcan bien las pautas que gobiernan el funcionamiento de esta última.<sup>34</sup> Leoncio Afonso abordó el esfuerzo de codificación de numerosas reglas de este tipo, que rigen la interpretación popular del paisaje vernáculo de las Islas. Avanzó una primera tentativa de sistematización en un breve trabajo inicial,<sup>35</sup> que algunos años después quedó ampliamente superado con la publicación de un verdadero manual de referencia para el conocimiento de la toponimia canaria desde una perspectiva geográfica.<sup>36</sup> Merece destacarse dentro de este tipo de trabajos la *enciclopédica* aportación —7.500 páginas— de José Perera López sobre la toponimia de la isla de La Gomera, donde un trabajo abrumador de recogida de información oral, basado en ¡más de dos mil entrevistas!, sirve de base a un interesantísimo documento que trasciende con mucho la mera recopilación topónimica.<sup>37</sup>

Además de las disciplinas señaladas hasta aquí, es de desatacar que la escuela ha incorporado también la investigación basada en la oralidad como un recurso pedagógico de primer orden.<sup>38</sup> El puente que se tiende entre la población escolar y sus mayores con este tipo de trabajos consolida las relaciones intergeneracionales, permite el rescate de múltiples historias no escritas y vuelve a poner en valor el papel de la gente mayor en nuestra sociedad.

Otro ámbito donde ha tenido cabida el recurso a la tradición oral ha resultado ser el del arte dramático. Así lo demuestra el caso de la compañía independiente Medio Almodor Teatro (cuyos integrantes, no por casualidad, proceden de zonas donde se abordaron previamente investigaciones destacadas basadas en la fuente oral, como Icod el Alto y Los Realejos). Inició sus trabajos en 1982, procediendo pronto a incorporar montajes y espectáculos inspirados en vivencias populares, tradiciones, ritos y ceremoniales festivos de su entorno local y comarcal. En 1994 pusieron en marcha el taller “Fuentes Vivas” para el rescate de tradiciones y la búsqueda de relatos orales que hicieran posible su posterior dramatización o recreación escénica. En este proceso tomaron conciencia de que los mayores son los mejores y casi los únicos transmisores de la cultura popular tradicional.

---

<sup>34</sup> A modo de ejemplo: un topónimo como ‘*Degollada de las Hijas*’, no especifica un lugar donde un progenitor cortó el cuello a sus descendientes, sino el fitotopónimo de un lugar de paso entre dos elevaciones donde abunda el árbol de la laurisilva llamado Hija (*Prunus lusitanica*).

<sup>35</sup> Afonso, Leoncio: *La toponimia como percepción del espacio. Los topónimos canarios*, 1988 (en realidad este trabajo constituye la versión escrita de una conferencia ofrecida por su autor).

<sup>36</sup> Afonso Pérez, Leoncio: *Góngaro. Origen y rasgos de la toponimia canaria*, 1997.

<sup>37</sup> José Dámaso Perera López: *La toponimia de La Gomera. Un estudio sobre los nombres de lugar, las voces indígenas y los nombres de plantas, animales y hongos de La Gomera*, 2005.

<sup>38</sup> Con el destacado protagonismo del colegio “Manuel de Falla” de La Orotava, tanto por ser el iniciador de una larga lista de equipos docentes preocupados por la recuperación de la tradición oral, como por la calidad y número de premios recibidos con sus investigaciones.



Como no podía ser de otro modo, la literatura también ha acogido a la tradición oral. No nos referimos sólo a la recuperación de los romances y otras narraciones populares (que son conocidas, de hecho, como literatura *oral*); sino también como fuente de inspiración para sus textos narrativos. ¿Cuántas obras literarias y periodísticas, de la narrativa canaria contemporánea, han bebido también de forma más o menos sistemática en la oralidad cultural?

En definitiva, tras una fase inicial de maduración, que requirió un proceso de más de veinte años, parece que las fuentes orales hubieran alcanzado su mayoría de edad en Canarias, al menos en lo que a consideración social se refiere. Hasta un ámbito considerado hasta hace poco marginal, como el de los juegos y juguetes infantiles de antaño, comienza a ser objeto de cariñosa atención.<sup>39</sup> Se ha producido, y se sigue desarrollando, una verdadera eclosión de iniciativas socioculturales de muy variada naturaleza (y calidad), pero que presentan en común el recurso a la oralidad y el rescate de los bienes intangibles que guardaba la memoria de las personas más viejas, cuando ya parecía que se perdían para siempre. Investigadores y animadores vinculados a las administraciones públicas, especialmente las locales y más periféricas, han participado en esta labor de rescate de la memoria de nuestras gentes.<sup>40</sup>

Lo mismo ha empezado a suceder, también, con un campo científico relativamente nuevo como es el de la Agroecología. Pero antes de pasar a centrarnos en esta disciplina queremos volver a insistir, con pleno convencimiento, en que resulta fundamental la creación de un *Archivo de la Tradición y la Fuente Oral*; sin que hasta la fecha ninguna administración haya querido asumir esta urgente y necesaria tarea.<sup>41</sup>

---

<sup>39</sup> Y queremos mencionar, con mucho gusto, los cuidados estudios de Julio Concepción: *Romelarzo. Juguetes tradicionales de pencas*, 2002; y *Juguetes tradicionales de gamona. Una biografía comunitaria*, 2006.

<sup>40</sup> Es de destacar la labor realizada por el Cabildo de Lanzarote con el impulso del *Archivo de la Memoria de Lanzarote*, el trabajo equivalente de la Consejería de Cultura del Cabildo de Fuerteventura; algunas investigaciones promovidas por el Ayuntamiento de Arico; los trabajos sobre las *mudadas* (desplazamientos verticales periódicos de la población) desarrollados por una Escuela-Taller dentro del *Programa de Desarrollo Sostenible para la Isla de El Hierro*. Se puede incluir aquí una amplia y diversa colección de eventos que recuperan o recrean actividades tradicionales, y que están siendo promovidos desde distintos ayuntamientos y cabildos insulares: la *Fiesta de la Trilla* en El Tanque, el *Día de las Tradiciones* en Chirche, la *Gran Majada* (de almendras) en Aripe o el *Paso de la Cumbre* —las cuatro anteriores en Tenerife—; la recuperación y auge de las *apañadas* (en Fuerteventura); las rutas del *Almendro en Flor* en Tejeda (Gran Canaria) y Santiago del Teide (Tenerife); o el programa *De la Tierra a la Pella* (Lanzarote), entre tantos otros.

<sup>41</sup> Hace pocos años, desde las páginas de la revista *El Pajar. Cuademo de Etnografía Canaria*, uno de nosotros expresó la urgencia de esta demanda; véase Perdomo Molina, Antonio (2002): “Algunas reflexiones de la entrevista como herramienta de investigación en las ciencias sociales”.

## ORALIDAD Y AGROECOLOGÍA

---

Las ciencias experimentales han resultado ser especialmente reacias a la tradición oral como fuente de conocimiento. Sin embargo algunos biólogos y botánicos descubrieron con relativa rapidez la utilidad de las fuentes orales para su trabajo. El estudio de las plantas medicinales canarias realizado por estos autores,<sup>42</sup> se basó lógicamente en los conocimientos y usos populares transmitidos de manera oral.<sup>43</sup> Sólo más tarde, a partir de los últimos diez años, es cuando los agrónomos se incorporan al uso de las fuentes orales.

Podemos considerar como una manera de trabajar especialmente significativa en este campo los ensayos agronómicos desarrollados por las Agencias de Extensión Agraria del Cabildo Insular de Tenerife. En estos trabajos se reproducen ciertas prácticas tradicionales que los agricultores han desarrollado a lo largo de la historia agraria de las Islas: prácticas como el intercambio y la selección de 'semilla' de papa en campo, o las rotaciones tradicionales. Podríamos bautizar este tipos de trabajos, que últimamente se han multiplicado, con el nombre de estudios de *etnoagronomía*, con la perspectiva de aunar los ensayos habituales en la agronomía clásica, con los conocimientos de los agricultores recogidos y tratados con los métodos de la etnografía y la antropología. Esta nueva *etnoagronomía* que postulamos ha tenido que incorporar a sus métodos de estudios usuales el uso de una metodología que le permitiera recuperar los conocimientos campesinos tradicionales; y, en consecuencia, ha tenido que recurrir a las fuentes orales. Es a partir de los conocimientos recogidos en el campo por la vía oral como se obtienen las prácticas a ensayar, su propio diseño e incluso la forma de evaluar los resultados.

Sin lugar a dudas, dentro de las ciencias experimentales la Agroecología ha sido la disciplina que más claramente ha apostado por el uso de las fuentes orales. Y es que, como luego veremos, el estudio de la agricultura tradicional tuvo mucho que ver con la gestación de esta disciplina. Si en otros casos no consideramos necesario definir cuál es su campo de trabajo, sí nos parece oportuno, por su novedad, hacerlo en el caso de la Agroecología, aunque sea de forma somera.

---

<sup>42</sup> Aunque hemos de reseñar que los primeros trabajos publicados sobre plantas medicinales de los que tenemos constancia, basados en la tradición oral, son obra de dos enseñantes, el grancañario José Jaén Otero (1984) y el palmero José Luis Concepción (1984).

<sup>43</sup> Destacan entre los trabajos de los botánicos los de Pedro Luis Pérez de Paz e Isabel Medina Medina: *Catálogo de las plantas medicinales de la flora canaria. Aplicaciones populares*, 1988; el primer autor profundizó ese trabajo en colaboración con Consuelo Hernández Padrón: *Plantas medicinales o útiles en la flora canaria. Aplicaciones populares*, 1999. Dentro de este campo destacan también los trabajos de Octavio Rodríguez Delgado, quien simultanea su trabajo universitario con la función de Cronista Oficial de Güímar. Los cronistas locales constituyen un grupo de profesionales diversos, que centran su trabajo en un municipio y que en no pocos casos recurren al uso de las fuentes orales. Desde 1995 se organizan en la Junta de Cronistas Oficiales de Canarias y han publicado un volumen en 2006 titulado *Crónicas de Canarias*.

## ¿QUÉ ES LA AGROECOLOGÍA?

---

Uno de los principales teóricos de la Agroecología ha sido el investigador chileno Miguel Altieri,<sup>44</sup> actualmente radicado en la Universidad de Berkeley. Antes de fijar su residencia en EE.UU. fundó el Centro Latinoamericano de Desarrollo Sustentable (CLADES), marco en el cual se desarrollaron las bases sobre las que se ha ido fundamentado este nuevo enfoque científico. Un artículo ya clásico de este autor, “¿Por qué estudiar la agricultura tradicional?”, marcaría especialmente a quienes desde Canarias nos adentráramos en el estudio de los sistemas tradicionales de cultivo. Para Altieri, la Agroecología:

“se perfila como una disciplina única que delinea los principios ecológicos básicos para estudiar, diseñar, manejar y evaluar agroecosistemas desde un punto de vista integral, incorporando dimensiones culturales, socioeconómicas, biofísicas y técnicas”.

Conviene repasar esta definición paso a paso. Lo primero que destaca es que nos encontramos ante una ciencia que en su fundamento se plantea una multiplicidad de enfoques para su trabajo. Es decir, se trata de una ciencia que hace gala de su visión holística, que integra ideas y métodos de varias disciplinas;<sup>45</sup> muy en la línea de la Teoría General de Sistemas que el austriaco Von Bertalanffy desarrolló, en los años veinte del pasado siglo, para las ciencias biológicas.<sup>46</sup> Es decir, que los procedimientos analíticos de investigación aplicados por las ciencias, de los cuales la agronomía es un claro ejemplo, son en exceso reduccionistas, puesto que tienden a despreciar las interacciones que se producen entre las partes que constituyen el objeto de estudio. Tal reducción sólo sería posible si no existiesen interacciones, o si éstas fueran tan débiles que pudiésemos despreciarlas por su escasa influencia. Pongamos un ejemplo agronómico: cuando se produce la aparición de una plaga en un cultivo, la agronomía clásica considera como objeto de estudio al patógeno causante del problema y, a partir de ahí, define sus estrategias de control basándose en las características del mismo; sin embargo, esto supone olvidar las múltiples interacciones que existen entre la aparición de la plaga y las condiciones ambientales, la ausencia de depredadores, los desequilibrios nutricionales, etcétera. Esta óptica implica un reduccionismo al que la agroecología no quiere someterse.

---

<sup>44</sup> Miguel Altieri: *Bases y estrategias agroecológicas para una agricultura sustentable*, 1995.

<sup>45</sup> Disciplinas que usualmente no tenían mucha relación con la agronomía desarrollada hasta el momento, tales como la Etnografía, la Antropología, la Economía o la Ecología.

<sup>46</sup> L. von Bertalanffy: *Teoría General de los Sistemas*, 1968.

Junto a la visión holística veamos qué otros elementos han colaborado en la gestación de esta ciencia. Según Susanna Hecht, la Agroecología incorpora la búsqueda de un “*enfoque de la agricultura más ligado al medioambiente y más sensible socialmente; centrado no sólo en la producción sino también en la sostenibilidad ecológica del sistema de producción.*”<sup>47</sup> Como vemos, respecto a la agronomía clásica se introducen tres elementos que resultan claves para entender la Agroecología: la preocupación *medioambiental*, el enfoque *ecológico* y la preocupación *social*.

La *preocupación ambientalista* surge a raíz de la constatación de los efectos que sobre el medioambiente está produciendo la generalización de un modelo de agricultura química. Este tipo de agricultura, que paradójicamente denominamos ‘moderna’ (cuando por moderno deberíamos entender el que respondiese a las necesidades del planeta), se fundamenta en el uso intensivo del terreno de cultivo, en una alta incorporación de insumos y, por tanto, de energía. En la actualidad, prácticamente nadie cuestiona los efectos negativos de este tipo de agricultura, efectos que constatamos a escala planetaria en la degradación de los recursos naturales por la extensión de los procesos erosivos, el incremento de la desertización, la salinización, la contaminación con pesticidas y abonos de síntesis y la destrucción de la materia orgánica; procesos todos ellos que cuestionan el mantenimiento de unos elevados niveles de productividad de los que inicialmente alardeaba la agricultura moderna.

La *visión ecológica* que aporta a la agronomía convencional esta nueva ciencia se basa en considerar los terrenos de cultivo como unos ecosistemas, dentro de los cuales también tienen lugar los procesos ecológicos que suceden en las formaciones vegetales no cultivadas. Si para la ecología el objeto de estudio es el *ecosistema*, para la agroecología su objeto ha de ser el *agrosistema* —o *agroecosistema*—; el cual puede ser definido como un conjunto de componentes físicos y sociales, unidos o relacionados de manera tal que forman una unidad, un todo cuyo objetivo básico no es otro que la producción de alimentos de manera sustentable. Esta visión interesa especialmente a la creciente agricultura ecológica, convirtiéndose así la Agroecología en el referente de quienes practican ese modo de producir alimentos.

Pero además, la Agroecología suma a lo medioambiental y lo ecológico las perspectivas *social, económica, política y cultural*. Un enfoque en apariencia innovador, aunque se trata de algo tan obvio como constatar que en la agricultura los factores socioeconómicos y políticos (como por ejemplo la disponibilidad de mano de obra, las posibilidades de mercado, las políticas agrarias, las modas alimenticias, etcétera), también influyen decisivamente en las estrategias y decisiones de los agricultores, tanto o más que las plagas o la disponibilidad de nutrientes.

---

<sup>47</sup> Susanna B. Hetch: “La evolución del pensamiento agroecológico”, 1991.



Como disciplina científica el origen de la Agroecología se sitúa en los años setenta del pasado siglo XX; es decir, hace unos 35 años, lo cual no es demasiado tiempo para una ciencia. Pero aunque hablamos de una ciencia 'nueva', la agroecología podría considerarse tan vieja como la propia agricultura. A medida que conocemos más características de las agriculturas tradicionales, de la forma que tienen de adaptar variables universales a las condiciones locales o regionales, más nos convencemos de que en su diseño y puesta en práctica los agricultores han aplicado criterios agroecológicos que, entre otras cosas, han permitido la sustentabilidad en el tiempo y la disminución de los riesgos; factor este último especialmente importante cuando estamos hablando de poner en juego la propia subsistencia.

Por eso no resulta extraño que en la definición de esta nueva ciencia influyeran de manera importante los trabajos que distintas personas investigadoras estaban desarrollando desde las perspectivas de la Antropología y la Geografía, para describir y analizar las prácticas agrícolas de los pueblos indígenas y los campesinos tradicionales y, en especial, para desentrañar cuál era la lógica que se aplicaba en estos agrosistemas. Ciertamente, los sistemas tradicionales mostraban una preocupación por el uso de los recursos para la subsistencia, no centrándose en exclusiva dentro del campo de cultivo, sino manejando a la perfección las interacciones dentro del propio cultivo, y entre el cultivo y el medio circundante. El análisis de los sistemas indígenas y tradicionales proporcionó a la agroecología herramientas conceptuales y prácticas para proponer alternativas a la agricultura industrial hasta entonces en boga. El hecho de basarse en el estudio de las agriculturas indígenas y campesinas explica también por qué los principales pensadores de esta ciencia (Altieri, Yurjevic o Toledo, entre otros)<sup>48</sup> los encontramos sobre todo en los países empobrecidos, donde la conservación y diversidad de los agrosistemas indígenas y tradicionales resulta más palpable. Es aquí donde aparece la relación entre agroecología y oralidad, ya que el conocimiento campesino ha sido, y sigue siendo, conservado en la memoria no escrita y transmitido de forma oral.

---

<sup>48</sup> Yurjevic sustituyó a Altieri al frente del CLADES. El mexicano Víctor M. Toledo, que desarrolla su labor investigadora en el Centro de Investigaciones en Ecosistemas de la Universidad Autónoma de México, es otro de los 'jefes de filas' de la investigación agroecológica latinoamericana y mundial; ha propuesto, con un sentido más amplio, el concepto de *etnoecología*, para referirse al conocimiento global y al manejo que hacen las culturas campesinas e indígenas de los ecosistemas.

## LOS PIONEROS EN EL USO DE LAS FUENTES ORALES PARA LA AGROECOLOGÍA EN CANARIAS

---

Ya hemos indicado que ciertas disciplinas, como la Geografía, utilizaron las fuentes orales para interpretar el funcionamiento de algunos territorios, cuyo entendimiento sólo podía llevarse a cabo desde su pasado campesino (con lo cual las fronteras entre estos trabajos y los estudios agroecológicos resultan, en realidad, bastante difusas).<sup>49</sup> Sin embargo, se puede afirmar que los primeros trabajos sistemáticos de recogida del conocimiento campesino para interpretar los agrosistemas en que se enmarcan desde un enfoque más estrictamente agroecológico, se desarrollaron de la mano de Carlos Enrique Álvarez González, al amparo de un proyecto de investigación del Centro Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Estos primeros trabajos fueron apoyados por Eovaldo Hernández Pérez y Carlos Juan González Gil desde la Facultad de Ciencias Agrarias. Dieron fruto en un primer artículo que pretendía descifrar el funcionamiento del agrosistema de Tegueste, aunque el material oral recopilado abarcaba a toda la isla de Tenerife; sus autores fueron Manuel Hernández, Carlos Enrique Álvarez y Carlos Juan González y se publicó en 1992.<sup>50</sup> El siguiente estudio publicado que interpreta un agrosistema sería un Trabajo Fin de Carrera de Ingeniería Técnica Agrícola sobre la zona de Fasnía (Tenerife) realizado por Candelaria Marrero y dirigido por Fernando Sabaté, del que una corta versión se publicaría en 1994 en el VII Coloquio de Geografía Rural<sup>51</sup> (como vemos, una prueba más de la débil frontera existente entre trabajos geográficos y agroecológicos). Algunos años más tarde aparecerán las publicaciones de Rodríguez Rancel sobre el sistema agrario tradicional de Garafía (La Palma)<sup>52</sup> y de Antonio Perdomo Molina sobre Los Rodeos (Tenerife).<sup>53</sup>

---

<sup>49</sup> En este sentido, es justo recordar algunos trabajos pioneros de la Geografía Agraria que estudiaron en detalle ciertas islas o comarcas del Archipiélago, recopilando de manera detallada procesos y métodos de sus agriculturas vernáculas (por más que bajo el contexto científico e ideológico dominante en los años setenta y ochenta las adjetivaran a menudo como *atrasadas*, *primitivas* o *subdesarrolladas*). Algunos de estos trabajos se pueden considerar por méritos propios como precursores de la Agroecología en Canarias. Es el caso del minucioso estudio de Antonio Álvarez: *La organización del espacio cultivado en la comarca de Daute (NW de Tenerife)*, 1976; o de la investigación sobre la realidad insular de Wladimiro Rodríguez Brito: *La agricultura en la isla de La Palma*, 1982.

<sup>50</sup> Hernández, Manuel; Álvarez, Carlos Enrique y González, Carlos Juan: "Estudio de sistemas tradicionales de cultivos en Tenerife (municipio de Tegueste)", 1992.

<sup>51</sup> Sabaté, Fernando y Marrero, Candelaria: "Agrosistemas y gestión campesina: el caso de Fasnía (Tenerife, I. Canarias)", 1994.

<sup>52</sup> Rodríguez Rancel, M.: "Estudio del sistema agrario tradicional de La Palma (municipio de Garafía)", 1996.

<sup>53</sup> Perdomo Molina, Antonio C.: "El papel de los chochos (*Lupinus spp.*) en el agrosistema ganadero de Los Rodeos (Tenerife)", 1996.

Otros trabajos centraron su objeto de estudio en un cultivo tradicional más que en un espacio determinado, aunque las interrelaciones del mismo con el resto de la agricultura tradicional canaria permiten situarlos dentro del campo de la agroecología. En este ámbito debemos citar el Trabajo Fin de Carrera de Narciso Lorenzo Santos del año 1991, que abordaba el estudio del cultivo de las higueras.<sup>54</sup> También sobre un cultivo, en este caso la papa, fueron los primeros trabajos de quien podemos considerar el autor más prolífico en el uso de las fuentes orales para interpretar la economía campesina canaria: Jaime Gil González.

Jaime Gil realizó su primera publicación sobre las papas antiguas de Canarias en 1996, en colaboración con Carlos Enrique Álvarez: *Inventario de las papas presentes en la Isla de Tenerife*, editada como una hoja divulgativa por el Cabildo Insular de Tenerife. Recogía por primera vez, junto a otros aspectos, una relación de los nombres vernáculos y los lugares donde se producía este elemento básico de la alimentación y la agricultura tradicional. En 1997 apareció *El cultivo tradicional de la papa en la isla de Tenerife*, que autoeditaría por medio de la Asociación Granate. Más tarde, en el 2000, junto a Eovaldo Hernández y Carlos Rodríguez publica una versión del Trabajo Fin de Carrera de este último autor: *Los cultivos tradicionales y su diversidad. Caracterización morfológica básica de las papas antiguas de la Isla de Tenerife*. Luego, junto a Marta Peña Hernández, aborda la investigación de otro alimento básico, la batata, circunscrito en esta ocasión a la comarca tinerfeña de Anaga; ve así la luz, en 2001, el libro *Los cultivos tradicionales y su diversidad. Batatas de Anaga: inventario e identificación (I)*<sup>55</sup>. En el 2005, interpreta el funcionamiento del agrosistema de la isla de Lanzarote centrándose en los cereales y las legumbres. Se trata de *Los cultivos tradicionales de la Isla de Lanzarote. Los granos: diversidad y ecología*. El recurso a las fuentes orales es una constante tanto de sus obras publicadas, como de los trabajos de prospección de cultivares locales que ha desarrollado en diversas islas del Archipiélago Canario.

## ESTUDIAR UNA CULTURA CAMPESINA Y ÁGRAFA

---

Como venimos indicando, realizar estudios de Agroecología partiendo de los conocimientos campesinos pasa por enfrentarse a la carencia de fuentes escritas. Las personas que detentan los *saberes* que son útiles a los investigadores, además de no saber escribir, no habrían podido siquiera recoger en papel su historia porque el trabajo diario no les dejaba tiem-

---

<sup>54</sup> Una versión más reducida de este trabajo vio la luz en *Tenique. Revista de Cultura Popular Canaria*. Se trata del artículo de Lorenzo Santos, Narciso: "Proceso de secado y prensado de higos en Canarias", 1993.

<sup>55</sup> Sobre las papas de Lanzarote y las batatas de La Palma, son sus últimos trabajos de 2007 publicados en colaboración con Marta Peña y Ricardo Lorenzo.

po. Sin embargo, el no contar con la historia escrita por sus protagonistas o con documentos que testimonien aquellas maneras de vivir y relacionarse con el medio<sup>56</sup>, no quiere decir que esa parte de la sociedad no dispusiera de una manera de transmitir *sus historias* y *sus conocimientos* de generación en generación, pues para ello contaba con la palabra. Cuando existen fuentes escritas éstas suelen ignorar múltiples cuestiones que no son consideradas de interés por las clases ‘cultas’ o las élites sociales dominantes. Por esta razón, las lagunas en numerosos campos son insalvables de no mediar el estudio de las fuentes orales. Esto se puede constatar con claridad al estudiar los conocimientos campesinos a partir del siglo XIX, pues mientras que las ideas de ilustrados canarios para la agricultura están relativamente bien recogidas en los textos debatidos en el seno de las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País o en las Juntas de Agricultura del siglo XIX,<sup>57</sup> los saberes populares permanecían solo en la memoria de las gentes.

El campesinado de Canarias, como la inmensa mayoría de la población mundial del periodo premoderno, se desarrolló en un contexto cultural esencialmente *ágrafo*.<sup>58</sup> Hasta bien entrado el siglo XX, las personas campesinas eran mayoritariamente analfabetas; aún en los casos en que supieran leer y escribir, vivían inmersas en un mundo en el que sólo en muy contadas ocasiones dejaban huella escrita de su paso por la vida. El cuadro que presentamos a continuación resulta bastante elocuente al respecto.

**Cuadro 1. Tasas de analfabetismo en Canarias (1887–1950)**

Año	Varones	Mujeres	Total	dif. (M–V)
1887	76,4	82,3	79,8	5,9
1900	68,5	75,6	72,4	7,1
1910	67,9	71,9	70,1	4,0
1920	63,1	66,5	65,0	3,4
1930	46,3	52,8	49,8	6,5
1940	33,6	41,5	37,8	7,9
1950	28,6	37,2	33,2	8,6

Fuente: Díaz Rodríguez, María del Carmen (1985).

<sup>56</sup> Como plantea con perspicacia un investigador, sus nombres a menudo sólo aparecen relacionados en las sanciones y multas que les imponían los mismos que los tuvieron sometidos a explotación. Rafael Gómez León: “Cuando volví de Cuba. Recuerdos de un emigrante isleño en el Caribe (1918–1927)”, 2003, p. 6.

<sup>57</sup> De lo que dan fe autores como José A. Álvarez Rixo, el propio Viera y Clavijo o Enrique Madan, con su pretensión de introducir el cultivo de la remolacha en las “suertes” de la Laguna. Es interesante constatar, por ejemplo, como la Junta de Agricultura de Las Palmas andaba preocupada por los cultivos del tabaco, los gusanos de seda e incluso el vino de naranjas, pero prestaba escasa atención a los cereales y al abastecimiento de la población; véase al respecto Josefina Domínguez Mujica *et al.* (2005): *Agricultura y paisaje en Canarias*, p. 127.

<sup>58</sup> El *Diccionario de la Real Academia Española* (1984) define ‘Agrafía’ como la “incapacidad total o parcial para expresar las ideas por escrito a causa de lesión o desorden cerebral”. Aunque esta definición académica se refiere a una deficiencia motora, entre las personas investigadoras e interesadas en el fenómeno de la oralidad cultural, es habitual denominar como ‘ágrafos’, con independencia de su estado de salud, a aquellos seres humanos que no hacen uso habitual de la lectura y la escritura, sean o no analfabetos.

Como se puede observar, en 1887 cuatro quintas partes de la población del Archipiélago respondían a los agentes censales que no sabían leer, o no sabían escribir, o no sabían ninguna de las dos cosas. Podemos suponer que el quinto poblacional restante correspondía principalmente a los grupos urbanos y, en general, a aquellos a los que su actividad y condición social les exigía el recurso a la palabra escrita: comerciantes, religiosos, funcionarios de la administración, profesionales liberales. Es decir, muy pocos serían campesinos.

En Europa, a partir del siglo XIX y a medida que avanzaba la alfabetización de las masas bajo gobiernos liberales o democráticos, la palabra escrita se convirtió en el único contexto en el cual se consideraban los problemas de la conciencia y de la comunicación. El que no leía y escribía no era, culturalmente hablando, una persona.<sup>59</sup> Pero en Canarias, a diferencia de muchas regiones de Europa, el retroceso de las tasas de analfabetismo se verificó de forma muy lenta. En 1920, dos terceras partes del total eran todavía personas analfabetas. En las dos décadas siguientes, la evolución fue más favorable, pudiéndose atribuir una parte de este mérito al esfuerzo educativo y cultural desplegado en el efímero lapso de la II República. Durante la década de los cuarenta, si bien prosigue la reducción de las tasas, lo hace mucho más lentamente, consecuencia de la coyuntura económica de penuria que alejó a muchos niños y niñas de los puestos escolares, y de la política de represión que también ‘alejó’ a muchos maestros y maestras de sus puestos de trabajo.

De este modo llegamos al año 1950 con un tercio de personas analfabetas según las estadísticas oficiales. No es posible saber cuántas de esas gentes, que afirmaban haber aprendido a leer y escribir, hacían uso habitual de tal conocimiento o si, por el contrario, eran analfabetos funcionales.<sup>60</sup> En este sentido, algunos autores que han estudiado el fenómeno en otras zonas marginales del campo tinerfeño plantean sus reservas respecto a la veracidad de la reducción de las tasas reales de analfabetismo, en particular cuando se pone en relación con la inexistencia de centros escolares en buena parte de los núcleos y caseríos que no eran capitales municipales.

Por otra parte, no se pueden pasar por alto las diferencias en el grado de alfabetización en función del género, consecuencia de la mayor marginación de las niñas en el proceso de

---

<sup>59</sup> Havelock, Eric A. (1996): *La musa aprende a escribir*, p. 65.

<sup>60</sup> “La definición tradicional de analfabetismo, entendida como la condición de quien no sabe leer y escribir, viene siendo sustituida por otras, como la que propone la UNESCO, que considera analfabeta *funcional* a toda persona mayor de una edad determinada (por lo general, a partir de los 14–15 años) que, haya pasado o no por un cierto periodo de escolarización, no sabe leer con comprensión ni escribir correctamente un sencillo texto sobre su vida cotidiana; es decir, no posee un dominio suficiente de las técnicas instrumentales básicas (lectura, escritura, cálculo).” *Diccionario Enciclopédico Santillana*, 1992.

instrucción formalizada a través de la escuela. Los censos registran este hecho de forma recurrente: a principios del siglo XX, existían más de 7 puntos porcentuales de diferencia entre varones y mujeres; en 1950, a pesar de la reducción general, aún existen un 8,6 por ciento más de analfabetas que de analfabetos (la cifra más alta de todo el periodo reseñado). Este factor debe ser tenido muy en cuenta a la hora de valorar la distinta relación de los universos femenino y masculino con la palabra escrita; así como la mayor pervivencia, en cada caso, de la oralidad como fuente principal de acceso al conocimiento y a la socialización. Sobre este asunto volveremos más adelante.

Hasta hace pocas décadas nos encontrábamos con una sociedad que confería un alto valor a la palabra comunicada directa y oralmente en las relaciones interpersonales. Esto probablemente no fuera más que una de las primeras consecuencias de la escasez de documentos escritos y de la dificultad de entendimiento y acceso a los mismos por parte de la inmensa mayoría de la población. Bajo tales condiciones no es extraño que se construyera socialmente una superestructura cultural relacionada con el honor, en cuanto sostén de la firmeza y verosimilitud de lo que se afirmaba oralmente. Expresiones de uso corriente en nuestro tiempo como “las palabras se las lleva el viento”, “lo que queda es lo que está escrito” y otras por el estilo, parecen corresponder, por el contrario, a una mentalidad ulterior, más propia de un universo cultural mercantil que fue modificando lenta y sustancialmente la cultura campesina previa.<sup>61</sup>

Otro factor que debía promover la preponderancia de la oralidad frente a la cultura escrita tiene que ver con los respectivos estilos de vida, y la manera de percibir los acontecimientos en el tiempo propia de cada uno de ellos. Sin que pretendamos aquí idealizar ni un ápice las condiciones extraordinariamente duras de la vida campesina, en las Islas Canarias y en tantas otras partes,<sup>62</sup> lo cierto es que en su seno existían unas condiciones relativamente favorables para el encuentro y la comunicación oral, aunque fuese en medio de jornadas laborales prolongadas y agotadoras. La costumbre de narrar los acontecimientos cotidianos y de socializarlos en el interior de la comunidad, contrasta —paradójicamente— con el estilo de vida de la sociedad contemporánea; en ésta, aún a pesar de una supuesta (y en ocasiones, hasta real) disponibilidad mucho mayor de tiempo para el ocio, las condiciones

---

<sup>61</sup> No es en absoluto casual, sino todo lo contrario, que el adagio latino “*Verba volant, scripta manent*” (“la palabra vuela, lo escrito queda”) haya surgido en el seno de una cultura como la romana clásica, profundamente burocrática y centralizada, que hizo de la escritura un instrumento central de su civilización.

<sup>62</sup> Cualquiera que haya indagado en la tradición oral de nuestros campesinos habrá *sentido* la dureza de aquella vida. No hace falta más que remitir al lector a alguno de los etnotextos del segundo capítulo de este libro, especialmente el dedicado a los *rebuscadores* de papas.



en que se desenvuelve la vida cotidiana no resultan propicias para la comunicación interpersonal y sí, cada vez más, para un mayor aislamiento individual o en pequeños grupos.<sup>63</sup>

## LOS QUE SÍ DEJARON HUELLA ESCRITA

---

A la jerarquía sociocultural le corresponde una jerarquía de las disciplinas, que remite a su vez a una jerarquía de los documentos.<sup>64</sup> Imaginemos un investigador foráneo que hubiera llegado al Archipiélago en los años cincuenta del siglo XX para dedicarse a bucear en los archivos históricos del País; y que a continuación hubiese consultado las principales fuentes historiográficas accesibles en aquel momento. Este estudioso podría haber llegado fácilmente a la conclusión de que el territorio canario ha sustentado su base económica, no sólo de manera principal sino prácticamente exclusiva, en el comercio y la producción de una serie de cultivos de exportación, cuyo ascenso y crisis se suceden a lo largo de la historia (los célebres monocultivos: azúcar, vino, barrilla, cochinilla, y la triada plátanos–tomates–papas).<sup>65</sup> No pretendemos negar la importancia capital de tales procesos en la historia económica de Canarias, así como en su dinámica de organización territorial, pero es significativa la escasa atención que la historiografía prestó durante décadas hacia el otro conjunto de cultivos más relevante en la historia del Archipiélago. Como se encargó de señalar hace algún tiempo el geógrafo Leoncio Afonso,<sup>66</sup> las producciones canarias de cereal constituyen las únicas que mantienen una línea de continuidad, desde el pasado aborigen (en la mayor parte de las islas) hasta finales del siglo XX, momento en que, por primera vez en la historia, ha colapsado su producción. Piénsese en que ciertos monocultivos de exportación, como la caña de azúcar, jamás pudieron implantarse en las

---

<sup>63</sup> Baste un solo ejemplo para ilustrar esta idea: compárese la actitud de los pasajeros de una línea de transporte colectivo urbano, con la que mantienen las personas usuarias de la guagua en un trayecto rural, sobre todo si éstas son de edad avanzada.

<sup>64</sup> Philippe Joutard: *Esas voces que nos llegan del pasado*, 1986, p. 54.

<sup>65</sup> Incluso algunos de los ‘monocultivos históricos’ dejaron pobre huella escrita. Simón Benítez Padilla, al que no se puede acusar de desconocimiento de las principales fuentes historiográficas disponibles en su tiempo, dejó escrito en 1959 a propósito de un amplio repaso por la historia de la agricultura canaria: “Por mucho tiempo la barrilla fue el *maná* para las islas de Lanzarote, Fuerteventura y costas llanas de las otras. En sus viejos puertos abandonados, hemos contemplado, con melancolía, los ruinosos almacenes que en mejores días albergaban la barrilla. *En vano hemos buscado en nuestros textos históricos el relato del nacimiento, apogeo y muerte de este cultivo. Diríase que las Canarias no lo conocieron.* Y sin embargo, fue uno de los productos básicos de su riqueza, por lo menos para las desamparadas islas del borde oriental del Archipiélago” (la cursiva es nuestra). Benítez Padilla, Simón (1992): *Gran Canaria y sus obras hidráulicas*, pp. 135–136 (edición original de 1947).

<sup>66</sup> Afonso Pérez, Leoncio: “El modelo cerealista en la agricultura canaria”, pp. 185–222 en *Miscelánea de temas canarios*, 1984.

islas secas (Lanzarote, Fuerteventura, El Hierro), entre otros casos semejantes.<sup>67</sup> En cambio, la persistencia histórica de los cereales descansa sobre un hecho elemental: constituyeron la base de la alimentación diaria, en forma de gofio o, en versión más restringida, de pan.<sup>68</sup> Recuerda Leoncio Afonso al respecto una expresión insular tan cotidiana que su observación había pasado desapercibida a numerosos investigadores: los paisanos nombraron siempre sus producciones destinadas al autoconsumo (cereales, leguminosas, papas, frutales y forrajes) como cultivos *ordinarios*; denotando así la consideración de cultivos ‘extraordinarios’ que tenían, dentro de la racionalidad campesina, los que se orientaban al mercado exterior.<sup>69</sup>

Pero no fue tal racionalidad, evidentemente, la que reflejaron las fuentes escritas. Más bien al contrario, los textos recogieron los datos que generaron los grupos sociales hegemónicos y la lógica de los acontecimientos sociales y mercantiles vinculada a ellos. Sólo en la etapa contemporánea de nuestra historiografía, cuando comienzan a vaciarse de una forma sistemática algunas fuentes antes inexploradas, como los archivos de las parroquias y, en particular, el caudal de datos que suministra el registro de los diezmos, comenzó a poder elaborarse sobre una base empírica suficiente una reconstrucción histórica mucho más atenta a la totalidad de los colectivos sociales de Canarias, y al conjunto de sus espacios.<sup>70</sup> Sin embargo, a pesar de los avances registrados, siguen existiendo profundas lagunas en las fuentes convencionales.<sup>71</sup> Además, podemos tener una idea más o menos aproximada de las producciones, pero ¿cómo se organizaban los sistemas agrarios que las hacían posibles?; ¿qué sabemos de los sistemas de asociaciones y rotaciones de cultivos, de las fuentes de fertilización, de los mecanismos para la conservación de las cosechas, de la lucha contra las plagas y enfermedades en los cultivos?; ¿qué conocimiento poseemos acerca de la distribución por géneros del trabajo o de los rituales que informaban y dotaban de coherencia sociocultural a todo ese conjunto de tareas materiales? Solo en algunos casos contamos con

---

<sup>67</sup> Por el contrario, la continuidad de las producciones de cereal no sólo es temporal sino también espacial. Se trata de los únicos cultivos que pudieron extenderse desde algunos llanos y rehojas localizados en el islote de Aleganza —es decir, en el vértice nordeste del Archipiélago—, hasta las costas herreñas de Sabinosa —en su extremo suroccidental—, pasando por todas las demás islas del Archipiélago, y en todas sus vertientes (a barlovento y a sotavento).

<sup>68</sup> Pérez González, Ramón: *Avance al estudio de la alimentación en Canarias en el siglo XIX*, 1982.

<sup>69</sup> Afonso (1984), obra citada, pp. 189–190.

<sup>70</sup> Esta línea se inició con la obra seminal de Macías Hernández, Antonio Manuel: *Economía y sociedad en Canarias durante el Antiguo Régimen. 1500–1850*. UNED, Madrid, Tesis Doctoral inédita, 1985; y viene teniendo continuidad en los trabajos del equipo liderado por el profesor Macías en el Departamento de Historia Económica de la Universidad de La Laguna. Para el caso del Sur de Tenerife, merecen destacarse también los esfuerzos que realiza en los últimos años la historiadora Carmen Rosa Pérez Barrios, a partir del análisis de documentación familiar de algunos elementos emprendedores de la burguesía local.

<sup>71</sup> A modo de ejemplo, un cultivo tan importante para Canarias como la papa aparece con frecuencia en las fuentes escritas de los diezmos bajo el epígrafe de “huertas y pollos”.

algunas cartas de los ‘mayordomos’ de grandes haciendas, esos agricultores que ostentaban la representación del ‘señor’ y que de forma excepcional reunían la cualidad de saber escribir.<sup>72</sup>

Los pobladores de un espacio sometido a severas restricciones climáticas que limitan los rendimientos agrícolas<sup>73</sup>, a menudo recurren a fuentes complementarias de sustento de carácter extraagrario; es el caso de la recolección de plantas silvestres, la pesca, el marisqueo o la caza. Por no hablar de los aprovechamientos forestales, realizados en todo tiempo y condición, y aún de la extracción de ciertos recursos minerales como la sal, la nieve, las pumitas, el azufre y las distintas piedras de cantería; materias todas ellas que no estaban sometidas a tributo, o en las que su evasión estaba al alcance de los campesinos (y que no quedaron consignadas, por tanto, en parte alguna). Esto ocurrió así hasta tiempos recientes, incluso en momentos en que la civilización aparenta estar plenamente inmersa en la escritura, ya bien avanzado el siglo XX. Y si no existen datos cuantitativos de estos recursos que permitieron a miles de personas sobrevivir, mucho menos todavía se encuentran señales cualitativas acerca de los procedimientos, del trabajo efectuado para incorporarlos dentro del proceso de reproducción social. La oralidad es por ello una fuente que, según las circunstancias, adquiere distinto valor: como *refrendo marginal* de algunos datos estadísticos —en el caso de que dispongamos de ellos—; como *complemento*, más o menos potente, a las lagunas que tales datos puedan presentar; pero también, en muchas ocasiones, como *fuerza principal*, a la que resulta un verdadero despropósito renunciar, siempre y cuando se le aplique el tratamiento crítico que merece.

A la oralidad, en efecto, se le debe exigir el mismo análisis crítico, *ni más ni menos*, que a cualquier otra fuente, aunque adaptándolo a sus propias particularidades. En otras palabras, su validez —como trataremos de demostrar en el siguiente apartado— no es menor que la de las fuentes escritas. Por esta razón, la práctica y el sentido común de las personas investigadoras debería encaminarse hacia la *complementariedad* de las diversas fuentes accesibles: estadísticas, bibliográficas, hemerográficas, documentales y, desde luego,

---

<sup>72</sup> Así sucede con las cartas de la Hacienda de Las Palmas de Anaga en Tenerife, conservadas en el Archivo Histórico de La Laguna, y que han dado lugar a la publicación del libro de José Hernández: *Cartas de medianeros de Tenerife (1769–1893)*, 2003, y al cuadro que recogen Jaime Gil y Marta Peña sobre el calendario de producciones agrícolas en dicha explotación entre 1769 y 1786 en su obra: *Los Cultivos Tradicionales y su Diversidad. Batatas de Anaga*, 2001, p. 78.

<sup>73</sup> Especialmente en el caso de una agricultura mayoritariamente de secano como la desarrollada en las Medianías de Canarias

orales. Todas ellas, convenientemente combinadas, permiten avanzar en el conocimiento.<sup>74</sup> Adelantemos, en tal sentido, que una buena pista sobre la fiabilidad y el rigor de cualquier obra basada en la recogida de fuentes orales estriba en la presencia o ausencia de una bibliografía acorde con la cuestión estudiada.

Es fácil comprender además, como ya se dijo, que la oralidad permite alcanzar una mayor aproximación a la realidad de aquellos grupos sociales menos vinculados a las esferas del poder y que, por esa misma razón, no dejaron testimonio escrito de su experiencia y su participación en el devenir de la humanidad. Éste es el caso de las investigaciones agroecológicas basadas en entrevistas.

## SUPERANDO LA MALA REPUTACIÓN

---

Las ideas expresadas en los apartados anteriores pueden resultar insuficientes para zanjar una vieja controversia: la de la verosimilitud de las fuentes orales. Se puede aceptar con más o menos resignación que hay sectores de la historia que quedan en penumbra, o en plena oscuridad, bajo la luz que proyectan los documentos escritos. Pero cosa distinta es admitir con total convencimiento que la oralidad suministra una fuente de claridad alternativa. Es decir, en el caso de los estudios de los agrosistemas una cosa sería que resulte imprescindible recurrir a este tipo de fuentes, y otra distinta que éstas sean fiables.

La primera cuestión básica sobre la que queremos llamar la atención es la siguiente: no poca documentación escrita, del tipo que se suele considerar al margen de toda discusión sobre su fiabilidad, *se construyó inicialmente a partir de fuentes orales*. ¿En su origen qué otra cosa son, sino encuestas orales, los censos, padrones, catastros y amillaramientos antiguos, encuestas de la población activa y otros tantos documentos oficiales sobre los que se construyen toda clase de estadísticas y elaboraciones ‘científicas’? En cierto modo se puede alegar que se trata de encuestas sistemáticas, normalizadas para el conjunto del territorio, desarrolladas de manera simultánea en un lapso temporal limitado; y como norma general, referidas en su contenido a asuntos contemporáneos a la vida de las personas encuestadas, y por ello próximos en el tiempo al momento en que se formulan las preguntas.

---

<sup>74</sup> Pilar Folguera: *Cómo hacer historia oral*, 1994, p. 17.

Siendo eso cierto, ¿no cabría, aún así, extender sobre estos datos *estadísticos* la sombra de ciertas dudas que se aplican habitualmente a la oralidad? Por ejemplo: el subjetivismo (al menos en las preguntas que admiten matices cualitativos al responder); las lagunas o inconsistencias en la memoria; y, por encima de todo, el interés deliberado de las personas encuestadas por falsear los datos aportados.

Para ilustrar las limitaciones que pueden llegar a presentar, en muchas ocasiones, este tipo de fuentes escritas, merece la pena recordar el dato apuntado por Lorenzo Perera en una de sus investigaciones sobre El Hierro. En una isla de marcada filiación pastoril, mientras que los Padrones de Habitantes señalaban la existencia de apenas 20 pastores (10 en cada municipio: Valverde y Frontera), la tradición oral permitió reconstruir la cifra de, como mínimo, 218 profesionales de esta actividad.<sup>75</sup> Otro ejemplo clásico puede ser el del Padrón Municipal de Habitantes de Santa Cruz de Tenerife correspondiente al año 1910, *hinchado* —los estudios prefieren hablar de “inclusión indebida de habitantes”—, en un contexto de disputa por la hegemonía regional de esta urbe con la de Las Palmas de Gran Canaria.<sup>76</sup> La población santacruzera se acrecentó a base de atribuir población, inexistente en realidad, a algunos caseríos rurales del Macizo de Anaga (remotos en aquel entonces desde la perspectiva del centro capitalino). Este fenómeno pudo ser desvelado gracias a los trabajos de campo de Alberto Galván en los años setenta, mientras elaboraba su Tesis Doctoral sobre Taganana.<sup>77</sup> Pero la *invención de vecinos*, por distintas circunstancias, no concluyó a comienzos del siglo XX, y ha podido ser constatada en los padrones de habitantes de 1975 y hasta en el censo de 1991, en diferentes islas y municipios.<sup>78</sup>

---

<sup>75</sup> Manuel Lorenzo Perera: *La tradición oral en Canarias*, 1988, p. 14. El mismo autor cita otro ejemplo de un pastor que en 1956 declaró en el Censo Ganadero de La Orotava 20 cabras, por las que abonó la cantidad de mil pesetas, cuando en realidad poseía más de cien. La explicación a esta inconsistencia de las fuentes escritas puede radicar en la ineficacia administrativa, la desconfianza ante el temor del cobro de impuestos o el tradicional desprestigio de algunas actividades (como la de pastor frente a la de agricultor, sobre todo a partir del siglo XIX). Lo que nos interesa destacar es que esta inconsistencia en muchos casos sólo puede ser alumbrada a partir de la información oral.

<sup>76</sup> En 1900 la ciudad de Las Palmas había superado en población a Santa Cruz de Tenerife y esto motivó el *engrosamiento* del Padrón de Santa Cruz de 1910 para intentar enjugar la diferencia. El pequeño escándalo que en la escala administrativa provocó este hecho llevó a extremar el celo del organismo español de estadística en el control del siguiente padrón de la capital tinerfeña, el de 1920, pasando supuestamente Santa Cruz, en diez años, de 63.004 habitantes a ¡52.432! (lo cual, a pesar de la ralentización del crecimiento que debió provocar la Primera Guerra Mundial, evidencia el volumen del falseamiento anterior). García Rodríguez, José-León y Zapata Hernández, Vicente (1992): “Los cambios recientes en la población de Canarias”, en *Geografía de Canarias*, t. 7, 1985–1991, pp. 35–39.

<sup>77</sup> Galván Tudela, Alberto (1980): *Taganana. Un estudio antropológico social*.

<sup>78</sup> García Rodríguez y Zapata Hernández, obra citada, pp. 39–44.

Al margen de casos como éstos, en los que el poder local pudo estar interesado en falsear las fuentes estadísticas, a nosotros nos parece conveniente destacar también que existían poderosas razones (eludir al fisco o evitar el cumplimiento del servicio militar, entre ellas), por las que sectores más o menos amplios de la población podían estar interesados en ofrecer información falsa o incompleta a los agentes censales u otros, o bien en eludir la supuesta obligación de acudir al Registro Civil a dar cuenta de los nacimientos, los matrimonios y las defunciones.<sup>79</sup> Estos motivos, que pudieron conformar el comportamiento histórico de las clases populares en numerosos países de Europa, se acentúan todavía más en territorios como el canario donde determinados rasgos del modelo político y cultural alentaron el surgimiento de toda una *cultura de la sospecha*, una desconfianza singularmente acrecentada, en suma, respecto al poder y todo lo que de él dimanara.<sup>80</sup> En estos casos nos podemos preguntar si las personas encuestadas no pueden llegar a guardar menores reservas mentales, sobre todo al abordar cuestiones que sucedieron hace algún tiempo, cuando se enfrentan a una persona investigadora que haya sabido ganar su confianza; tarea ésta nada fácil, y que concierne tanto al orden metodológico como a la dimensión psicológica y deontológica.

## LAS CUALIDADES DE LAS FUENTES ORALES

---

El caso es que hasta aquí hemos centrado nuestra argumentación derivando hacia las fuentes escritas las mismas críticas que habitualmente reciben las orales. Pero tal vez la mejor defensa no consista en desprestigiar al “antagonista” (que por otra parte no es tal), sino en discutir y demostrar las cualidades intrínsecas y el alcance verdadero de la fuente oral. Para ello, la segunda cuestión a la que queremos referirnos tiene que ver con la veracidad presumible de una información transmitida oralmente y la relación que con ella guarda la persona informante. En este caso, el nudo del problema radica en un asunto tan elemental

---

<sup>79</sup> Es clásico al respecto el exhaustivo trabajo dirigido por Eugenio Burriel: extrayendo los datos de numerosos Archivos Parroquiales, y comparándolos con los que suministra el Registro Civil, se pudo constatar en este último un déficit global del 16 por ciento de los nacimientos entre 1871 y 1935 (que en muchas zonas y momentos llega a superar el 30 por ciento). De las conclusiones de su trabajo se deriva la invalidación de numerosos análisis oficiales y trabajos de investigación demográfica sobre Canarias que habían estudiado el periodo anterior a 1930. Eugenio Burriel de Orueta: “Las deficiencias de las fuentes demográficas: El problema del subregistro en Canarias”, en *Canarias: población y agricultura en una sociedad dependiente*,...1982, pp. 65–71.

<sup>80</sup> Un ilustrativo ejemplo es el fragmento que reproducimos a continuación sobre el uso del silbo en La Gomera, recogido en las palabras de José Ramos de El Cercado (Chipude): “*Los que eran prófugos que no iban al cuartel, se escondían por ahí, en esos montes y como muchos, no estaban ni apuntados en el Registro Civil. [...] Aquí creían que no existía nadie. Y venía la Guardia Civil por ahí y los viejitos tenían miedo que los llevaran al cuartel por prófugos y entonces silbaban, llamaban a los fulanos por el silbo, ahí viene la Guardia Civil y la Guardia Civil ni se enteraba, ja, ja, ja, ja.*” José Ángel López Viera: *Tambor gomero y oralidad. Diálogo con los herederos*, 2005, p. 94.



como es identificar correctamente el *qué*, el *cómo* y el *quién* (más adelante nos ocuparemos del *cuándo*). ¿Vivió la persona informante el acontecimiento o el proceso que nos está narrando?; ¿desempeñó un papel protagonista en los hechos o su relación con ellos es más periférica?; ¿quienes lo vivieron directamente fueron sus mayores, o hubo otros eslabones en la cadena de la transmisión oral?

Para empezar, existe un cierto consenso en atribuir categoría de verdadero a lo que narran los testigos presenciales de los hechos. No está de más recordar que sobre tal premisa se construye una parte importantísima del sistema judicial en los llamados estados de derecho. Esto no exime, sino que obliga a efectuar una labor de análisis de los prejuicios (ideológicos y culturales), los valores y los intereses que expresan los testimonios orales; es decir, a realizar el ejercicio de la crítica rigurosa a la fuente. A este respecto, se pueden advertir diferencias evidentes dependiendo de la naturaleza de los temas de investigación: no es lo mismo una investigación en el marco de la agroecología, que investigar la represión contra los enemigos políticos durante una coyuntura histórica convulsa: la desconfianza o el recelo de los potenciales informantes, mínima en el primero de los casos, puede llegar a ser muy grande en el segundo (incluso entre los que integran el bando de los represaliados y que, podríamos suponer, estarían objetivamente interesados en la reconstrucción de la verdad, como forma de alcanzar cierto grado de justicia histórica). Sin embargo, nada más lejos de nuestra intención que pretender colar de rondón una conclusión apresurada: la de que existen temas ‘buenos’ (en el sentido de válidos) y ‘malos’ (es decir, prácticamente imposibles), para la investigación que se basa en la oralidad. Ciñéndonos al ejemplo anterior —que elegimos de forma deliberada—, el tesón y la perspicacia de algunos investigadores demuestra con los hechos que es posible reconstruir episodios tales como los asesinatos políticos perpetrados durante la Guerra Civil en Canarias, los mecanismos de resistencia puestos en práctica desde el bando republicano, o los episodios de emigración clandestina que tuvieron lugar en los años más duros del régimen fascista del General Franco.<sup>81</sup> Lo que ponen de manifiesto este tipo de trabajos, y muchos otros, es que se precisa un mayor esfuerzo, singularmente aplicado, en primer lugar, a la localización de las personas

---

<sup>81</sup> Un caso evidente es el de la obra: Vallehermoso: *“El Fogueo”. Toma de conciencia popular, resistencia y represión (1930–1942)*, 1986; y en general el conjunto de trabajos de Ricardo García Luis y otros historiadores orales sobre la Guerra Civil en Canarias; para la emigración clandestina, el ejemplo más elocuente puede ser el de Néstor Rodríguez: *La emigración clandestina de la provincia de Santa Cruz de Tenerife a Venezuela en los años cuarenta y cincuenta: la aventura de los barcos fantasmas*, 1988; así como un conjunto de monografías de diversos autores, referidas al mismo fenómeno a la escala de una sola isla, como el de Venancio Acosta: *Emigración clandestina de El Hierro a Venezuela*, 1993; o bien a las circunstancias concretas de determinados embarques clandestinos, como los estudiados por José Marero Castro, Ricardo García Luis y Lorenzo Croissier: *El Telémaco. Así se hicieron a la mar*, 1982; o, en solitario Ricardo García Luis: *“Estrella Polar”. Un viaje clandestino Canarias – Venezuela, 1948, 1995*, entre otros.

informantes adecuadas; en segundo, a motivarlas para que rompan su silencio; y finalmente, a expurgar aquellos hechos —que se pueden detectar a partir de su confrontación con otras fuentes— que resultan inciertos, los cuales, junto a los casos de mitificación evidente, generalización excesiva o afirmaciones estereotipadas que responden más a juicios prefijados que a una reflexión distanciada de los sucesos, deben ser analizados con detenimiento y aislados del conjunto de la entrevista, sin descartar por ello que ésta, aún así, pueda contener datos o juicios de interés. Si se desarrolla este esfuerzo se demuestra que, al contrario de lo que se podía anticipar, no resulta imposible tratar estos temas utilizando la memoria oral. Lo imposible sería, seguramente, pretender abordar su reconstrucción completa sin contar con los datos que ésta proporciona.

Después de la subjetividad, la *falta de representatividad* constituye la siguiente acusación que se achaca a las fuentes orales. Es cierto que los métodos cuantitativos de análisis no pueden aplicarse estrictamente en este caso: la utilización de un número limitado de entrevistas no responde a los criterios convencionales de representatividad estadística. Pero cuando se quiere reconstruir modelos espaciales pretéritos la respuesta a este tipo de críticas es evidente: *ocurre casi siempre lo mismo con los documentos escritos*. Como señala Pilar Folguera, el proceso mediante el cual los materiales caligráficos y tipográficos se han hecho accesibles para la investigación una vez que ha transcurrido el tiempo, es producto de criterios aleatorios por parte de quien elaboró tales documentos (periodista, cronista, funcionario...), o por parte de quien los depositó en los archivos. En este sentido, puede afirmarse que los documentos originalmente escritos y los documentos originalmente orales han sido sometidos de igual manera a un proceso de selección por parte de sus autores; y pueden sufrir, asimismo, problemas de omisión o distorsión, producto de la falta de memoria o de la ideología. Partiendo de esta premisa, llegamos siempre a la misma conclusión: las fuentes orales deben ser tratadas de igual forma que las fuentes escritas; debe admitirse la subjetividad y la potencial falta de representatividad implícita en ellas y, por ello, deben realizarse las acotaciones necesarias para establecer su veracidad, como en cualquier otro caso, a partir de la consulta de todas las fuentes de información al alcance de las personas investigadoras: fuentes hemerográficas y bibliográficas, documentos privados y datos estadísticos.<sup>82</sup>

La capacidad de aportación de datos de la memoria humana es ingente. A través de nuevas preguntas, nuevos campos se abren a la indagación, los cuales pueden ser total o parcialmente respondidos por fuentes orales adecuadas. ¿Cuándo se debe dar por concluido, entonces, un trabajo de investigación, sin comprometer la representatividad de la información obtenida? Con frecuencia, al realizar una serie de entrevistas en las que se pregunta a

---

<sup>82</sup> Folguera, obra citada, p. 19.

sucesivas personas sobre un mismo hecho, llega un momento en el que siempre se obtiene una respuesta igual o similar. Esto nos permite, sobre todo si proviene de informantes con diferentes características, afirmar que puede considerarse como válida y veraz la respuesta única facilitada por el conjunto de informantes. Algunos manuales denominan a esta técnica ‘alcanzar el punto de saturación’.<sup>83</sup>

En fin, es probable que, como ya se ha dicho, la mejor forma de contrastar la veracidad de las fuentes orales sea la de situarlas dentro de un contexto histórico de carácter más amplio, construido a partir de la utilización de toda suerte de informaciones. Pero en el caso particular de la Agroecología, la observación directa de los procesos, de las labores y utensilios empleados, incluso la *observación participante*,<sup>84</sup> tan empleada en antropología, suministra una preciosa fuente de información. Esta tarea evita la interpretación equivocada de los conocimientos transmitidos por vía oral y permite la toma de datos cuantitativos (tiempos de laboreo, profundidades de siembra, cantidades de estiércol...), como ya señalamos al introducir el término de “etnoagronomía”. En resumen, la labor de documentación y obtención de información complementaria a partir de la consulta de fuentes escritas — junto a la observación directa—, permite *medir, matizar, contrastar, verificar o invalidar* los testimonios obtenidos en las entrevistas.

## LOS PROBLEMAS DEL CUÁNDO

---

El espacio y el tiempo constituyen categorías básicas de la existencia humana, a pesar de lo cual pocas veces nos interrogamos acerca de su significado profundo. Por el contrario, los tomamos como ‘datos de partida’, incuestionados e incuestionables.<sup>85</sup> Uno de los puntos centrales de la discusión sobre la validez de la oralidad se refiere a su dificultad para referir los hechos a coordenadas temporales precisas. La preocupación cronológica constituye, precisamente, uno de los signos distintivos de la modernidad, entendida ésta como la civilización que surge a partir del siglo XVIII en Occidente, desde donde se expande por todo el orbe. La modernidad consiste —entre otros muchos aspectos— en un cierto modo de concebir espacio y tiempo. Pero el registro historiográfico y antropológico suministra cuantiosos ejemplos de la variedad de conceptos sociales de espacio-tiempo posibles,<sup>86</sup> del

---

<sup>83</sup> *Ibidem*, p. 20.

<sup>84</sup> El procedimiento consiste en la ‘inmersión’ de la persona que investiga en el seno de la comunidad estudiada. En el caso de la Agroecología llegaría hasta el punto de realizar las labores con las propias personas agricultoras.

<sup>85</sup> Harvey, *The Condition of Postmodernity*, 1993, p. 203.

<sup>86</sup> Un buen ejemplo de la diferente concepción del tiempo en algunas culturas africanas se puede encontrar en el capítulo “Camino de Kumasi” (pp. 20–30), del ameno libro *Ébano*, del periodista y escritor polaco, recientemente fallecido, Ryszard Kapuscinski.

mismo modo que la investigación psicológica suministra muestras de cómo dentro de una misma sociedad existe un mundo espacio-temporal propio y diferenciado en la infancia, en las personas que padecen ciertas enfermedades mentales (particularmente las afectadas por la esquizofrenia), en ciertas minorías marginales, en las mujeres respecto de los varones —y viceversa—, en la población urbana respecto a la rural,<sup>87</sup> etcétera.

La preocupación cronológica característica de la modernidad capitalista se corresponde con una determinada concepción del *tiempo lineal*, muy vinculada a la idea de progreso, frente a la concepción del *tiempo cíclico o circular*, propia de etapas precedentes o de racionalidades distintas a las del capitalismo desarrollado.<sup>88</sup> En el caso de la civilización 'central' surgida del capitalismo, como dijera Mumford, "*los hombres contaron números en la medición del tiempo, en el comercio, en la lucha, y finalmente, al extenderse la costumbre, sólo los números contaron*".<sup>89</sup> En cambio, la linealidad en la consideración del tiempo (e incluso del espacio) no está presente en muchos casos, o sólo lo está parcialmente, en aquellas culturas periféricas, habitualmente ágrafas e inmersas en la oralidad, como es el caso de muchas comunidades campesinas tradicionales.

En ocasiones podemos encontrar informantes cuya memoria presenta una precisión extraordinaria.<sup>90</sup> Pero aún en éstos, como en todos los demás casos, debemos preguntarnos: ¿cómo enfrentar la dificultad práctica de ubicar los acontecimientos que nos narran a referencias cronológicas más estrictas? Introducimos a continuación algunos aspectos generales, puesto que las 'mañas' prácticas las abordaremos en un decálogo incluido al final de este capítulo.

---

<sup>87</sup> Sobre la percepción del tiempo por parte del campesinado tinerfeño véase Joaquín Carreras Navarro (2004): *La cultura campesina tinerfeña y su percepción de la naturaleza*, pp. 43–55.

<sup>88</sup> Para un pensador como Octavio Paz, el paso de una concepción del tiempo circular a otra lineal supone uno de los rasgos más trascendentales de la transformación histórica de la humanidad: "*El tiempo rectilíneo, el tiempo moderno, ocupa el centro de la constelación verbal. [...] Al cambio de orientación en las actividades y pensamientos de los hombres corresponde un cambio de ritmo: el tiempo rectilíneo es el tiempo acelerado. El tiempo antiguo estaba regido por el pasado: la tradición era el arquetipo del presente y del futuro. El tiempo moderno siente el pasado como un fardo y lo arroja por la borda: está imantado por el futuro. No ha sido la técnica la creadora de la velocidad: la instauración del tiempo moderno hizo posible la velocidad de la técnica. Ésa es la significación de la frase vulgar: ahora se vive más aprisa. La aceleración depende de que vivimos cara al futuro, en un tiempo horizontal y en línea recta.*" Octavio Paz: *Corriente alterna*, p. 153, 1998 (edición original de 1967). Para este autor, la crisis de la modernidad resulta ser, esencialmente, la del tiempo lineal y de todas las consecuencias que esta concepción trajo aparejadas.

<sup>89</sup> Mumford: *Técnica y civilización*, p. 39, 1998 (edición original de 1934).

<sup>90</sup> Ejemplo de lo expuesto es el caso de D. Salvador González Alayón. Sin ningún género de dudas, la capacidad memorística de personas como este cabrero de Arona constituye un 'prodigio', que ha puesto al servicio de la comunidad investigadora, gracias a su calidad humana y ánimo de colaboración. Así ha quedado reconocido en un merecido libro publicado en 2002 que se titula *Homenaje a Salvador González Alayón. Aportaciones y experiencias basadas en la transmisión oral de Salvador González Alayón*.

Lo primero que habría que decir respecto a los problemas de la cronología y las fuentes orales es que la principal funcionalidad de estas últimas estriba en su carácter *cuantitativo*, mucho más que en su validez *estadística*; a los investigadores que se acerquen a este tipo de fuentes les debe interesar más reconstruir las tendencias, los procesos, los ‘ambientes’ sociales e históricos, que la exactitud de las fechas. Es verdad que, con cierta perspicacia, se puede mejorar la precisión inherente a la memoria oral. Pero aún así, conviene no obsesionarse demasiado con el dato del día y la hora absolutos. Si ése fuera el objetivo principal, convendría mejor intentar conseguirlo por otra vía o renunciar a ello. Por otra parte, conviene no olvidar lo que señalaba Schumacher: es verdad que la calidad es mucho más difícil de ‘manejar’ que la cantidad; pero de la misma manera, el ejercicio de juzgar constituye una función más elevada que la habilidad de contar y calcular.<sup>91</sup>

En cualquier caso, si queremos acercarnos a las cronologías de manera más fiable, debemos recordar que el *ciclo de vida* de una persona constituye la primera y más estimable manera de relacionar los hechos con una fecha concreta. Son los “grandes acontecimientos” de nuestra existencia los que nos permiten fijar ciertas fechas (nacimiento, boda, alumbramiento de hijos, servicio militar...). Teniendo esto en cuenta podremos aproximarnos bastante a una cronología algo fiable.

## SE TRATA DE UNA CUESTIÓN DE MEMORIA

---

Como hemos visto de manera empírica hasta el momento, las principales dificultades de utilización de las fuentes orales están relacionadas con las características de la memoria. Llegados a este punto será bueno prestar atención a lo que aporta la ciencia que ha afrontado más directamente el estudio de esta capacidad humana: la Psicología.<sup>92</sup>

Para esta disciplina, la memoria puede ser considerada como un complejo sistema de procesamiento de la información, que opera a través de procesos de almacenamiento, codificación, construcción, reconstrucción y recuperación de la misma. Sin embargo, existe una concepción vulgar de la memoria que la considera algo secundario dentro de la valía intelectual de una persona,<sup>93</sup> perdiendo de vista el papel trascendental que desempeña la

---

<sup>91</sup> Schumacher, E.F. (1983): *Lo pequeño es hermoso*, pp. 49–50.

<sup>92</sup> Para la elaboración de este apartado nos ha sido muy útil el estudio de la obra de Ruiz Vargas, José María (1996): *Psicología de la memoria*. Las aportaciones de éste y otros trabajos los iremos de nuevo contrastando y complementando con nuestra experiencia personal en relación con la oralidad, y con la que señalan otros investigadores que se han ocupado de la misma, tratando de extraer las conclusiones pertinentes al asunto que nos ocupa.

<sup>93</sup> *Ibidem*, p. 32. Lamentablemente, una parte de esta concepción se ha trasladado al discurso educativo de las últimas décadas, en casi todas partes.

memoria en la realización de prácticamente todas las actividades que permiten que una persona desarrolle con normalidad las múltiples y diversas tareas que le impone la vida cotidiana. Gracias a la memorización *“somos lo que somos, sabemos quiénes somos y nuestra vida adquiere el sentido de la continuidad: sin memoria, cada día, cada hora, cada instante, significarían el fin de una cosa y el comienzo de la otra”*.<sup>94</sup>

Resulta lógico suponer que los sujetos, cuando cuentan historias que han escuchado previamente, construyen y reconstruyen esas historias a partir de la información que han almacenado en la memoria y de *algo más*. Las personas lo que hacen es construir significados e inferencias a partir de esas historias que han oído o leído, y son esas *construcciones* lo que recuerdan, en lugar de lo que realmente oyeron o leyeron. Parece existir un acuerdo dentro de la investigación acerca de que las personas recuerdan lo esencial del texto presentado y *reconstruyen* los detalles de acuerdo con su conocimiento previo. Pero para los interesados en recurrir a las fuentes que descansan sobre la memoria, existe un aspecto a tener bien en cuenta: los procesos subyacentes a los casos de distorsión de los recuerdos son siempre, esencialmente, los mismos.<sup>95</sup> El recuerdo es un proceso esquemático: la gente interpreta los estímulos por medio de un conjunto de modelos o esquemas que están basados en la experiencia vivida. Cuando el material que se presenta a un sujeto no es consistente con sus esquemas, se interpreta en función de éstos. En el momento del recuerdo, se utiliza dicho esquema para reconstruir el material original.<sup>96</sup>

Por tanto, la primera conclusión que se puede extraer es que todos aquellos recuerdos asociados a la vida cotidiana de los sujetos serán consistentes con los esquemas de su vida personal; los procesos de reconstrucción que emplea el mecanismo de la memoria para recuperarlos no deberían provocar alteraciones sustanciales de tales recuerdos. Esto supone una primera baza a favor de la oralidad cuando se utiliza como fuente para la reconstrucción de la vida cotidiana de las gentes y, a través de ello, de su sistema de creencias, de percepción e interpretación del mundo. Todo ello podría constituir un argumento a favor de la transmisión oral (entendida como la comunicación de una generación a otra de acontecimientos pasados), siempre y cuando no se hayan producido cambios socioculturales de notable trascendencia en el transcurso de una generación a la siguiente. Si tales cambios hubieran tenido lugar, es muy posible que los datos recibidos del pasado se reinterpretaran según los esquemas consistentes con el modelo cultural y civilizatorio vigente. Ahora bien, la afirmación anterior debe ser matizada en el sentido que aporta la Psicología Cognitiva: “la información nueva puede alterar la organización de lo aprendido anteriormente, de tal

---

<sup>94</sup> *Ibidem*, “Introducción”.

<sup>95</sup> *Ibidem*, p. 34.

<sup>96</sup> *Ibidem*, p. 40.



manera que la organización cambiará para producir la organización nueva más simple y más estable que pueda acomodar e integrar la nueva información”.<sup>97</sup>

Otra aportación del estudio psicológico de la memoria, de gran interés para el asunto que nos ocupa, es la distinción efectuada por muchos investigadores entre la *Memoria a Largo Plazo* (MLP) y la *Memoria Operativa*. Ésta última corresponde al ‘espacio de trabajo mental’ que se usa para recuperar y utilizar la información que contiene la primera. La MLP presenta, en teoría, una *capacidad ilimitada* y sus contenidos *no se pierden jamás*. Se trata de una memoria inmensamente compleja en la que se encuentra almacenado todo lo que conocemos acerca de nosotros y del mundo en que vivimos.<sup>98</sup> La idea de que lo almacenado en la MLP no desaparece nunca está ampliamente admitida entre los investigadores; lo que ocurre en ocasiones es que *tal información no se encuentra accesible*. A veces, los fallos en la recuperación de información no significan olvido o pérdida de la misma, sino problemas en el acceso a ella. Cuando se es incapaz de recordar algo que se conoce, parece más adecuado hablar de *fallos en los procesos de recuperación* que de *olvido* en sentido estricto.<sup>99</sup>

Algunos autores ponen énfasis en que los niveles altos de rendimiento de la memoria se corresponden con una codificación previa (entendida ésta como las condiciones en que se produjo el ‘almacenamiento’ del recuerdo) *profunda* o *semántica*, mientras que en los niveles bajos tal procesamiento no habría tenido lugar. Definen la memoria semántica como “*un vasto almacén de conocimientos acerca de los significados de las palabras y las relaciones entre esos significados*”.<sup>100</sup> Nuestra memoria semántica contiene una especie de réplica o representación del mundo, que incluye no sólo conceptos que representan clases de cosas, sino toda una maraña de relaciones jerárquicas, de inclusión, de pertenencia, de causalidad, etc., entre ellos. Es decir, todos aquellos aspectos de la realidad que conocemos y podemos expresar con palabras.

Se puede diferenciar al respecto de la memoria *episódica*: aquélla cuyos contenidos son eventos, sucesos o episodios (entendidos en sentido amplio). La organización de la memoria episódica es espacio-temporal (“tal día, en tal sitio, ocurrió tal cosa” o “tal asunto lo leí en tal libro en la biblioteca X una tarde que llovía”); mientras que los contenidos de la memoria semántica incluyen, como hemos visto, significados conceptuales y su relación: ‘café’ se relaciona con ‘bebida’, con ‘caliente’, con ‘negro’, con ‘sueño’, etcétera. Más

---

<sup>97</sup> Ruiz Vargas, obra citada, p. 43.

<sup>98</sup> *Ibidem*, p. 151.

<sup>99</sup> *Ibidem*, p. 152.

<sup>100</sup> *Ibidem*, pp. 206–207.

importante, a nuestros efectos, es la consideración de que la memoria episódica se forma sólo con eventos que hayan sido codificados de manera explícita; por el contrario, la memoria semántica puede generar y manejar información que nunca se haya aprendido explícitamente pero que esté implícita en sus contenidos. Es decir, posee *capacidad inferencial*. Tanto la incorporación de nuevos contenidos, como su pérdida, son mucho más frecuentes en la memoria episódica que en la semántica. “Una vez alcanzada la edad adulta, es (relativamente) infrecuente que adquiramos nuevos conceptos o relaciones entre ellos”.<sup>101</sup> Ninguna teoría psicológica postula que, en condiciones normales, se produzca la desaparición de la información no recordada, sino que los *fenómenos de interferencia* con otros datos nuevos que llegan a la memoria pueden provocar problemas de recuperación y de accesibilidad a la información anterior. Ello es debido a modificaciones del contexto que pueden ser de distinta naturaleza. Los contextos de recuperación pueden hacer más o menos accesible la información almacenada y, por ello, resultan decisivos.<sup>102</sup> De este modo, la Psicología viene a ratificar otra conclusión intuitiva o empírica de muchas personas dedicadas al estudio de la fuente oral: la importancia de crear las condiciones más favorables que se pueda para suscitar el recuerdo de los informantes. Es lo que Pilar Folguera denomina crear un contexto *confortable*:

“La vida de las personas ancianas, que son frecuentemente las informantes, transcurre habitualmente en espacios muy limitados: la casa, la plaza, el paseo y el hogar de ancianos. La entrevista debe desarrollarse siempre en uno de estos espacios, especialmente si se trata de una entrevista sobre su infancia y su familia, para que el anciano lo sienta como propio, donde se encuentre en un contexto confortable y relajado” [Dependiendo del tema a investigar, esa confortabilidad se puede encontrar en espacios diferentes:] “El espacio doméstico es sin duda el más adecuado para realizar entrevistas sobre temas de vida privada y vida cotidiana, a diferencia de los espacios públicos (bares, tabernas, sedes de partidos, fábricas), que pueden servir de soporte para recuperar la memoria colectiva sobre organizaciones políticas o sindicales, grupos cívicos o cualquier otro tema que se refiera a la historia política o la historia social”.<sup>103</sup>

---

<sup>101</sup> *Ibidem*, pp. 207–209.

<sup>102</sup> *Ibidem*, p. 200. Un sistema que nosotros hemos empleado con frecuencia en las entrevistas es, después de los preámbulos, comenzar preguntando por el recuerdo más antiguo de la infancia de nuestro interlocutor. Intentamos conseguir de este modo que la persona informante se sitúe mentalmente en su pasado lejano, para desde ‘allí’ iniciar el recorrido por sus vivencias antiguas. No lo consideramos ninguna panacea, pero en ocasiones nos ha dado buenos resultados.

<sup>103</sup> Folguera, obra citada, p. 51 y ss.

Para la Psicología Cognitiva Experimental, el estudio de la memoria autobiográfica presenta problemas metodológicos severos: es difícil comprobar experimentalmente que las personas sujeto de las investigaciones recuerdan los acontecimientos tal como sucedieron en la realidad. Para superar este *handicap*, un investigador ideó un sistema de alarma que alertaba a los sujetos, durante su tiempo de vigilia, para que anotaran en unas tarjetas estandarizadas lo que estaban haciendo y pensando en ese momento; tiempo después se contrastaba su recuerdo con lo anotado en las tarjetas, pudiéndose comprobar que *el recuerdo mejora en función de la rareza del hecho y de su contenido visual*. Los hechos más normales en la vida de una persona (en su sentido de acontecimientos concretos: “tal día precisamente hice tal cosa de tal manera”) son los peor recordados. Por el contrario, los mejor recordados resultan ser los de mayor contenido visual.<sup>105</sup>

Hagamos un paréntesis relacionado con nuestra experiencia práctica: en efecto, tanto en personas informantes que denotan mayor capacidad mnésica como en aquéllas en que ésta es actualmente menor, se puede comprobar la viveza de detalles y el ‘colorido’ con que se recuerdan determinados acontecimientos novedosos y excepcionales por su riqueza visual. Quizá vale la pena traer a colación el siguiente ejemplo:

Curación de un *pasmo* (Doña Ernestina Díaz Díaz, nacida en 1908):

- [Nieta de la entrevistada:] “Abuela, cuéntale aquella historia de aquella amiga tuya, que le dio un pasmo, porque se bañó, la primera vez que fue señorita, cómo la curaron, que eso es curioso, ¿no?, cuéntaselo.
- Madalena, que se pasmó. Porque se bañó con... con la cosa. ¡Ah! La curaron con vino y mierda perro [riéndose]. Pues eso fue verdad. Se le hinchó la barriga por bañarse en la mar.
- [Nieta de la entrevistada:] ¿Sí? ¿Y con qué, y quién fue que le dio el remedio pa curarla?
- Cho Juan Ratón. [Y el remedio consistía] En vino caliente y mierda perro. Pero mierda de perro, de verdad. Después, mi tía, nos mandó a mí y a Rosario, que éramos de una edad, allá a la caseta, que cho Enrique era caminero y tenía unos perros muy grandes, en la carretera. Y nos dio una penca cambáa, pa que el cagajón medio regular, se lo lleváramos.

---

<sup>104</sup> Basamos este epígrafe en la consulta principal de José Juan Cañas, y María Teresa Bajo: “La memoria autobiográfica”, en Ruiz Vargas, obra citada.

<sup>105</sup> Brewer, W.F. (1988): “Qualitative analysis of the recall of randomly sampled autobiographical events”.

- [Entrevistador, riéndose:] Pal transporte.
- Nosotros priváas, porque... hasta alguno tenía como pelos. Y va y... ¿sabe lo que hizo ella?, mira si era ella también sanona, que cogió, lo puso en un trapo, como el que hace una pastillita de añil, lo amarró muy bien amarradito, el cagajón dentro y por allí amarradito y lo metió dentro de un poco de vino hirviendo. Y cuando lo dejó hervir un rato, lo sacó, le quitó el... la mierda aquélla y se lo dio en una taza, con una hojita de hierba huerto. Pa quitar el sabor [risas generales], pa que viera que no era, pero ella no se supo nunca, lo único que hizo que no volvió a beber vino, más nunca.
- [Nieto de la entrevistada:] ¿Y después con qué la curaron? Porque eso no se puso mejor, ¿no?
- ¿Qué? Lo mismo más mala. Después la curó uno con miel. Con la miel la curó. Y una toalla, toalla no, de felpa, refajos que se usaban antes, gordos. Y con aquello la forró y le metió, la untó con miel de abajo arriba, pero bien untáa, y la forró con aquello y con un hilo de hilaza, de una aguja de hilaza, la cosió, pero cosía como el que cose un saco, pa dejarle aquello apretao allí. ¿Y tú puedes creer que se curó? Que le dio mucho, y aquello allí, estaba noche y día y noche y día. Era en tóo el cuerpo, tóo de... desde el pescuezo a las rodillas, tóo la embarraban, y después con aquello, la cosió y la dejó cosida, como el que hace un saco. Unos días, hasta que se fue aflojando la barriga. Y se curó. Y se casó, lo que no tuvo fueron hijos.”<sup>106</sup>

El ejemplo se refiere a un suceso que había acaecido hace más de ochenta años. Nos llamó mucho la atención por cuanto contrastaba por su potencia descriptiva con el resto del testimonio de la informante (mucho más ‘plano’, aunque interesante, en cualquier caso).

Otro aspecto que pone en evidencia el estudio sistemático de la memoria personal es que las fechas concretas (el ‘cuándo’) se recuerdan o no se recuerdan independientemente de la cantidad de información disponible como ayuda (es decir, el ‘quién’, el ‘qué’ y el ‘dónde’). Ha quedado constatado, además, que el olvido de fechas es igualmente probable para hechos recientes y lejanos. Esto parece indicar que no existe una organización cronológica de los hechos en la memoria. Las investigaciones psicológicas encontraron, además, que el recuerdo está correlacionado positivamente con la agradabilidad de los eventos y el nivel de implicación emocional. Esto contribuye a explicar el que, pasado un cierto tiempo, se recuerden con mayor facilidad los hechos más benignos y se pasen por alto más fácil-

---

<sup>106</sup> Agradecemos este relato a doña Ernestina, natural de Lomo Mena (Güímar). Entrevista realizada en Candelaria, 26.05.2001. Debemos mencionar que el método descrito para la curación del *pasmo* coincide casi exactamente con el recogido en el cambio del siglo XIX al XX por Juan Bethencourt Alfonso en su obra *Costumbres populares canarias de nacimiento, matrimonio y muerte*, p. 109.

mente los negativos. Los primeros tienden a ser reprimidos, mientras que los segundos no. El olvido, más que a una deficiencia del sistema de memoria, respondería a razones adaptativas.<sup>107</sup> Se trata, pues, de un factor que conviene tener bien en cuenta.

Una característica interesante de la memoria autobiográfica, es lo que se conoce como fenómeno de la *reminiscencia*<sup>108</sup>: en Psicología se la define como el aumento en el recuerdo de hechos de la propia vida que se produce en personas de más de cuarenta años, aproximadamente;<sup>109</sup> a partir de esa edad, es frecuente que se recuerden más acontecimientos autobiográficos. No existe una explicación clara de este fenómeno, aunque se ha sugerido que al llegar a la madurez comienza un periodo de revisión de la propia vida en el cual es necesario disponer de los hechos de la experiencia pasada.<sup>110</sup> De forma empírica, han llegado a esta misma conclusión numerosos practicantes de la historiografía oral —se trata, por otra parte, de un fenómeno constatado a nivel general por mucha gente—. Así, la historiadora Pilar Folguera señala que la selección y en algunos casos la supresión de los recuerdos ocurre inmediatamente después de haberse producido un hecho o una experiencia, recuperándose con mayor precisión, sobre todo los recuerdos de la infancia o la juventud, cuando se llega a la última etapa de la vida.<sup>111</sup> Otro aspecto a tener en cuenta es el hecho de que las personas de edad aceptan con mayor sinceridad que las más jóvenes hablar de su pasado, por la serenidad que confieren los años. Así lo reflejan numerosas autobiografías.<sup>112</sup>

Con respecto a los esquemas que organizan los recuerdos autobiográficos, se ha puesto de manifiesto que en la vida de toda persona existen algunos sucesos que ocupan un papel especial por servir como delimitadores de la información sobre la historia personal. Tales sucesos suelen tener un carácter afectivo intenso y son recordados con gran claridad, incluso en sus detalles. Algunos investigadores los han llamado ‘memorias de destellos’ y otros prefieren denominarlos ‘memorias vívidas’. Se han establecido tres características de este tipo de memoria: 1) contienen una componente visual grande, llegando a percibirse como auténticas fotografías; 2) pueden ser tanto privadas como compartidas por todos los miembros de una comunidad; y 3) sirven como señales para clasificar y recordar los sucesos de nuestra vida.

---

<sup>107</sup> Cañas, J.J. y Bajo, M.T., obra citada, p. 380.

<sup>108</sup> Según el *Diccionario de uso del español* de María Moliner, ‘reminiscencia’ es la “facultad de traer voluntariamente a la memoria cosas olvidadas”.

<sup>109</sup> Cañas, J.J. y Bajo, M.T., obra citada, pp. 374–375.

<sup>110</sup> Romanink, M. (1981): “Reminiscence and the second half of life”.

<sup>111</sup> Folguera, Pilar (1994), obra citada, p. 18.

<sup>112</sup> El caso reciente (agosto de 2006) de Günter Grass reconociendo al escribir su autobiografía a los 78 años su pasado como integrante de las Waffen-SS, constituye un claro ejemplo de ello.

Para terminar, puede ser útil reseñar los recursos estratégicos que la investigación psicológica ha aportado para la recuperación de recuerdos autobiográficos. Se han encontrado 4 estrategias generales al respecto:

- a) determinar la actividad que se estaba desarrollando;
- b) recordar el objetivo que se quería conseguir cuando ocurrió tal hecho;
- c) identificar a las personas que participaron;
- d) utilizar referencias temporales (que han sido, por cierto, las mejor estudiadas).<sup>113</sup>

El resultado de las investigaciones ratifica el hecho de que todas las personas parecen tener algún tipo de esquema temporal (aunque no necesariamente cronológico) que les sirve de referencia para localizar los hechos de su vida. El tipo de esquema temporal que una persona utiliza depende, en gran medida, de su estilo de vida, de modo que los estudiantes suelen tener como referencia el curso escolar y el periodo de su proceso educativo (Bachillerato, Universidad...), los campesinos tradicionales, el ciclo de las cosechas (el cual remite a un esquema de tiempo cíclico o circular), etcétera. De un modo u otro, se trata prácticamente de las mismas estrategias que se vienen utilizando durante las entrevistas con las personas informantes, cuando realizamos nuestros estudios basados en la fuente oral.

Ahora bien: si cualquier persona dispone de algún tipo de esquema útil para organizar los recuerdos de su vida, ¿los contenidos de tales recuerdos, y aún los de la percepción que les dio origen, son iguales para mujeres y hombres?

---

<sup>113</sup> Reiser, B.J.; Black, J.B. y Kalamarides, P. (1986): "Strategic memory search proceses". Y también Reiser, B.J.; Black, J.B. y Abelson, R.P. (1985): "Knowledge structures in the organization and retrieval of autobiographical memories".



El diccionario de la Real Academia Española suministra una triple acepción de ‘género’:

1. “Conjunto de seres que tienen uno o varios caracteres comunes”;
2. “Modo o manera de hacer una cosa”;
3. “Clase a que pertenecen personas o cosas”.

En su sentido vernáculo, la definición de género referida a la distinción varón–mujer parece cuadrar bien con una *síntesis* de estas tres acepciones del D.R.A.E. Hasta el momento en que se generalizó el nexo monetario como vínculo social fundamental, las diferencias entre un hombre y una mujer —aparte de las anatómicas, claro está— no eran sólo cuestión de indumentaria: el ámbito del género incluía los útiles y las herramientas, la conducta y el habla, los espacios y el tiempo mismo. Esta verdad, que a cualquier campesina o campesino del mundo premoderno hubiera resultado ‘normal como la vida misma’, fue progresivamente oscurecida por el sistema científico dominante, tal como se fue construyendo socialmente a partir del siglo XVIII. Tuvieron que llegar los años ochenta del siglo XX — en el caso del Estado Español habrá que esperar prácticamente a finales de esa década— para que en todas las Ciencias Sociales se multiplicaran los trabajos de investigación desarrollados con un enfoque de género. Este nuevo enfoque recoge los frutos de una tendencia histórica de largo alcance: los cambios en la situación de la mujer, en estrecha vinculación con los que el capitalismo industrial había operado en el mundo de la producción, pero también con la labor desempeñada por el movimiento de emancipación femenina desde sus lejanos inicios en el siglo XIX. Consecuencia de este proceso es la toma de conciencia de la histórica discriminación de la mitad del género humano, pero también de la existencia de una forma de percibir y actuar en el mundo propia de las mujeres, que había permanecido oculta o ‘invisible’ y, en general, minusvalorada por el paradigma masculino dominante.

En las sociedades industriales desarrolladas de hoy, hombre y mujer parecen diferenciarse únicamente por un atributo secundario: el sexo. El paso del reino del género al dominio del sexo o, en palabras de Iván Illich, del género *vernáculo* a la sociedad *unisex*, es concomitante a la subordinación de la vida a la producción de mercancías industriales.<sup>114</sup> Quizás fueron las disciplinas más próximas a la raíz constitutiva del ser humano, como la Antropología, las primeras en advertir la existencia de este antiguo universo diferencial femenino, complementario al de los varones. Desde hace tiempo la Etnografía viene des-

---

<sup>114</sup> Iván Illich: *El género vernáculo*, 1990 (edición original de 1982). Esta interesantísima obra del antropólogo norteamericano nos ha ayudado a entender la radicalidad de esta distinción genérica, cuya profunda importancia alcanzábamos a intuir desde nuestra experiencia de campo, pero sin discernir su sentido adecuado.

entrañando también cuáles eran las tareas tradicionalmente desempeñadas por las mujeres en el seno de las formaciones sociales campesinas y primitivas, y cuáles correspondían a los varones. Distribución de tareas que varían de una sociedad a otra y que son variables también en el tiempo dentro de una misma sociedad, permaneciendo invariable tan sólo el propio hecho de que exista una división por géneros.<sup>115</sup>

En el caso de las investigaciones en agroecología (como en muchos otros casos), parece claro que las tareas tradicionalmente atribuidas a las mujeres y las niñas, y también los espacios donde se desarrollan esas tareas, se relacionan preferentemente con el ámbito doméstico: la casa donde se reside y su entorno próximo (el *sitio*); por lo tanto se incluye la gestión de los huertos y la ganadería doméstica, así como las actividades de transformación. Por el contrario, las tareas masculinas se desarrollan en un espacio que suele ser más amplio, como el que corresponde a la gestión trashumante del ganado (desplazamientos Costa-Cumbre) o, más generalmente, el de la atención a los terrenos de cultivo no estrictamente domésticos. En este último caso, el límite lo suele fijar la distancia que se puede recorrer a pie durante unas dos horas como máximo a la ida, y otras tantas a la vuelta: algo más de diez kilómetros desde el punto de partida;<sup>116</sup> a no ser que se practicaran estrategias de desplazamiento estacional de la residencia, como en el caso de las *mudadas* del Sur de Tenerife o El Hierro.

No obstante, cuando la naturaleza de los trabajos asignados socialmente a las féminas exigía desplazamientos, éstos podían abarcar, en ocasiones, distancias mucho mayores: acudir a las fuentes y puntos de abastecimiento de agua lejanos cuando se acrecentaba su escasez (verano o sequía) o la comercialización de determinados productos; en tales casos, hasta la forma de transportar la carga (a la cabeza o al hombro) marcaba la diferencia vernácula entre los géneros. Del mismo modo, las fases del proceso agrícola intensivas en mano de obra y que reunían al conjunto de la familia campesina, con independencia del lugar donde se desarrollaran, establecían una diferenciación y al tiempo una coordinación muy marcada de las tareas correspondientes a cada género; por citar algunos ejemplos socorridos: los varones abrir los surcos, las mujeres echar las papas; los varones cavar las papas, las mujeres apañarlas;<sup>117</sup> los varones aventar la paja, las mujeres balear<sup>118</sup> el grano en la era.

---

<sup>115</sup> Para el caso de Canarias, esta labor ha sido sintetizada, entre otros, por Lorenzo Perera en su obra ya citada *La Tradición Oral en Canarias*. En síntesis, se puede señalar que solían ser todas aquéllas más relacionadas con el campo de la reproducción, en sentido amplio, lo que abarca tanto la atención a las personas como a los animales *domésticos*.

<sup>116</sup> Leoncio Afonso, comunicación personal.

<sup>117</sup> Por apañar se entiende recogerlas de la tierra una vez que el varón las ha dejado sobre la superficie.

<sup>118</sup> Por balear se entiende separar los restos de paja más gruesos (granzón...) de los granos en la era para facilitar su recolección.

Además de las tareas básicas o más cotidianas, correspondientes a la atención de los principales cultivos y de la ganadería mayor, resulta fundamental prestar atención a todo un conjunto de trabajos esenciales para obtener ahorro o, simplemente, hacer posible la reproducción social de la vida familiar (aunque deberíamos partir de que la división clásica entre producción y reproducción es más propia de las economías industriales que de las economías campesinas orientadas preferentemente hacia el autoconsumo). Una parte muy importante de ellas eran desarrolladas por las mujeres: elaboración y venta de queso, crianza de gallinas y obtención de huevos (reservados con frecuencia a la venta, antes que para su consumo en el seno de la familia), confección de calados, bordados y *rosas*, elaboración y venta de repostería, recolección de cochinilla (como fuente económica marginal tras el colapso de las exportaciones masivas de este producto) o plantas silvestres medicinales, y tantos casos más. Un ejemplo muy notable resulta ser el de las comunidades pesqueras, en cuyo interior las mujeres se ocupaban, de forma prácticamente exclusiva, de la distribución y comercialización del pescado.<sup>119</sup>

Es de destacar que ciertas tareas se han reservado tradicionalmente a las mujeres por ser consideradas como “delicadas”: seleccionar la ‘semilla’ de papa, deshijar tomates... Lo cual no quiere en absoluto decir que para las mujeres se reservaran los trabajos menos pesados, puesto que algunos como el acarreo de las piñas de plátanos, el sacado de los bloques de las canteras de tosca, etc. eran efectuados también por mujeres e implicaban un desgaste físico considerable. Esta reserva de tareas obedece más al criterio de tratarse de labores que necesitan cierta minuciosidad.<sup>120</sup>

También existen numerosos trabajos que confirman la existencia de un lenguaje vernáculo diferente entre varones y mujeres. Así, entre otros, un estudio sobre un pequeño pueblo rural español muestra con claridad que los primeros hablan del trabajo en el campo, del ganado, del taller, del comercio; mientras que la conversación de las segundas converge hacia observaciones sobre la gente, sus motivos, sus vidas y las necesidades de la familia.<sup>121</sup> Pero los temas de conversación o las herramientas que se utilizan no cubren el

---

<sup>119</sup> En efecto, como han señalado José Pascual, Marcos Brito y, en general, todas las personas que se han ocupado del estudio de la pesca en Canarias, a partir del momento en que los *pescadores* (varones en exclusiva) desembarcaban las capturas, son las *pescadoras* (mujeres vendedoras de pescado) las que se ocupan del conjunto de las relaciones con el mercado. José Pascual Fernández: *Entre el mar y la tierra. Los pescadores artesanales canarios*, 1991; Marcos Brito: *Marchantas o Pescadoras en Arona*, 2004.

<sup>120</sup> Con el desarrollo progresivo del mercado capitalista, no se puede descartar, por otro lado, que en muchos procesos productivos sometidos a sistemas salariales (pago en función del tiempo de trabajo) se prefiriera contratar a mujeres justamente para aquellas tareas que exigían mucho tiempo de trabajo —o, en otras palabras, muchos *jomales*—, aprovechando el importe sustancialmente menor de sus jornales frente al de los varones. Puede ser el caso, entre otros, de las tareas de empaquetado del tomate y otros frutos. En estos casos, la destreza manual femenina, no por cierta dejaba de ser una coartada ideológica para enrolar solo a mujeres y economizar capital dedicado a salarios.

<sup>121</sup> Harding, S. (1975): “Women and Words in a Spanish Village”.

espectro total de las diferencias vernáculas entre hombres y mujeres: éstas abarcan también distinciones en la entonación, sintaxis, vocabulario, referencias pronominales y nominales.

Otra dimensión lingüística que evidencia cómo la condición de género está muy presente en la cultura tradicional que hemos estudiado corresponde al modo de designar a los animales. El discurso campesino diferenciará siempre muy bien entre un burro y una burra, un mulo y una mula; y, en caso de no estar seguro, explicitará la duda: “*venía montado en burro, o burra —no sé si era burro o burra, ahí no le digo—*”, poniendo de manifiesto que éste es un dato importante y significativo dentro de su contexto simbólico y material. Lo cual no tiene nada de extraño, si lo ponemos en relación, entre otros aspectos, con la capacidad de reproducción del animal, que resultaba estratégica, y el sacrificio temprano de los ejemplares masculinos (baifitos, corderos, gallos jóvenes...), inútiles a medio plazo. En uno de sus trabajos clásicos, ya Lévi–Strauss había puesto de manifiesto la tendencia de las culturas tradicionales a organizar la interpretación del mundo a través de oposiciones binarias, como la que separa lo femenino de lo masculino.<sup>122</sup>

De todo esto se deriva una conclusión elemental: si se quiere reconstruir completamente el funcionamiento de las comunidades rurales tradicionales, es preciso recurrir a la fuente oral; pero además, hay que hacerlo acudiendo a mujeres y a hombres, pues procediendo de otro modo se obtiene una visión parcial, sesgada e incompleta de la realidad.

---

<sup>122</sup> Claude Lévi–Strauss: *Antropología estructural*, 1970, (edición original de 1958).

## DECÁLOGO DE RECOMENDACIONES PRÁCTICAS PARA EL USO DE LA ENTREVISTA EN EL ESTUDIO DE LOS AGROSISTEMAS

---

*“Sabemos que comprendéis el inglés y fingiréis ignorarlo, de suerte que los enemigos hablen libremente en nuestra presencia. Si alguien a bordo entiende el italiano o el francés, haced preguntas, y recordad lo que os dicen. (...) No preguntaréis jamás de manera directa, y después de haber preguntado hoy, con palabras diferentes volveréis a hacer la misma pregunta mañana, de suerte que si ese tal antes mintió, sea movido a contradecirse: los hombres de poco se olvidan de los embustes que han dicho, e inventan opuestos el día siguiente. (...). Mostraos interesado, pero simulando entender poco o nada, para que él os lo cuente mejor una segunda vez. Repetid lo que ha dicho como si hubierais entendido, y cometed errores, así que, por vanidad, tienda a corregiros, explicando con toda suerte de detalles aquello sobre lo que debería callar. No afirméis jamás, aludid siempre: las alusiones se lanzan para sondar los ánimos, e investigar los corazones. Deberéis inspirar confianza: si se ríe a menudo, reíd con él, si es bilioso, comportaos como bilioso, pero admirad siempre su saber. Si es colérico y os ofende, soportad la ofensa, que bien sabéis que habéis empezado a castigarlo aún antes de que os ofendiera. (...) En definitiva, no estamos aquí para proponeros un breviario del buen informador secreto: no son cosas en las que esté versado un hombre de iglesia. Fiad en vuestro astro, sed astutamente cauto y cautelosamente astuto, haced que la agudeza de vuestra mirada sea inversa a su fama y proporcional a vuestra prontitud <sup>123</sup>.”*

El personaje de Umberto Eco, el joven piemontés Roberto de la Grive, recibe las instrucciones del maquiavélico Cardenal Mazarino para espiar en el barco que pretende desentrañar el misterio de las longitudes. Labor compleja, e inmersa en las rivalidades de las grandes potencias. Trabajo delicado, bastante más peligroso que el asunto que nos trae, pero que bien nos sirve de introducción a este apartado, aunque nuestro objetivo esté lejos de querer escribir el “*breviario del buen entrevistador secreto*”.

Nuestro objetivo es disertar sobre algunas cuestiones prácticas que pensamos debe conocer cualquier investigador que se lance al increíble mundo de sondear las memorias de la gente. Nos motiva aventurarnos en estos extremos nuestra propia experiencia personal, puesto que no contamos con un manual práctico cuando en su momento comenzamos a recorrer esos caminos<sup>124</sup> y, ciertamente, lo echamos mucho en falta. Por otro lado, el afron-

---

<sup>123</sup> Eco, Umberto (2001). “*La isla del día de antes*”, pp. 227-229.

<sup>124</sup> En el sentido literal y figurado.

tar los problemas del día a día en nuestro trabajo de campo y el reflexionar sobre esto, además de discutirlo con otros investigadores, nos hace confiar en que hemos reseñado los principales problemas a que se enfrenta un investigador.

Hemos decidido darle la forma de decálogo, por dotar a este capítulo de un cuerpo sencillo y práctico, aunque podríamos haber subdividido la información y obtenido una lista superior a diez apartados. Igualmente se ha querido incorporar ejemplos que ilustren los aspectos abordados. Como veremos, en muchos casos aportamos fragmentos de entrevistas donde se observa que la actuación del entrevistador no es del todo afortunada. Cuando estos ejemplos de entrevistas llevan autor están sacados de nuestras propias experiencias de campo. Al incluirlas queremos indicar que por mucho que la reflexión sea necesaria, sólo la continua práctica y la perseverancia por mejorar poco a poco en nuestra labor, garantiza que nos acerquemos a nuestros objetivos. Es decir, en el sentido del castizo dicho de que “*el mejor escribano hace un borrón*”. Cuando en el texto no figura el autor es por tratarse de la transcripción de otro entrevistador, que no reseñamos para no herir susceptibilidades. El motivo de incluirlas radica en el interés de las respuestas de la persona entrevistada, ya que son muy ilustrativas de las circunstancias reseñadas.

Cuando hablamos de entrevista, nos referiremos principalmente a lo que se ha venido a denominar como entrevista semiestructurada, o semiestructurada de final abierto; es decir, aquella en la que los asuntos a tratar han sido preparados con antelación, pero no se presentan como una batería de preguntas cerradas, sino que se abordan a lo largo de una conversación, dejando por tanto que el entrevistado sea quien exprese de forma más libre sus ideas y pudiendo terminar en cualquier momento y en cualquier punto del guión. Es este tipo de entrevista, frente a la completamente estructurada o la no-estructurada, el que se muestra más eficaz en el campo de la agroecología. Cada tipo de entrevista tiene su utilidad en un marco concreto. Podemos decir de una manera muy general que las estructuradas son más útiles para medir un fenómeno, mientras que las otras dos son más adecuadas para obtener una información más cualitativa que cuantitativa.

Una precisión que nos gustaría aportar en estos párrafos previos al decálogo, es lo poco apropiado que nos parece considerar un trabajo de investigación basado en la recuperación de la tradición oral mediante la entrevista, como un trabajo basado en *metodologías participativas*. Es relativamente frecuente encontrar múltiples investigaciones que consideran que por el hecho de realizar entrevistas se está desarrollando una metodología participativa. Nos parece que la Investigación Participativa, desarrollada con éxito a partir de las ideas enunciadas por Paulo Freire, implica el uso de variadas herramientas, entre las cuales podría estar la entrevista. Sin embargo, en este tipo de diagnósticos participativos a diferencia de lo que sucede en la entrevista, y como su propio nombre indica, se busca la par-

ticipación de los sujetos en el diagnóstico de los problemas, en el análisis de los mismos y en las acciones para la resolución de los conflictos, algo bastante alejado de la mera realización de un conjunto de entrevistas. Sería como considerar participativa una investigación sobre la salud de una población por habernos basado en la extracción de muestras de sangre; al fin y al cabo, ¿dónde hay más participación?, ¿entregando nuestra memoria o nuestra sangre? Además nos parece que el poder de la entrevista como técnica, y su validez como herramienta para la investigación, no necesita de mayores aditamentos que, en muchos casos, no obedecen a otro objetivo que la conveniencia de introducir conceptos ‘de moda’, como desgraciadamente sucede con el de participación en la actualidad.

La profesora de la Sorbona, Madeleine Grawitz<sup>125</sup>, nos indica que:

*“(…), la entrevista, aún la más superficial, es infinitamente compleja, sin duda existe una técnica de la entrevista, pero mucho más que una técnica, es un arte”.*

Compartimos su opinión: pensar que la entrevista es una herramienta sencilla de manejar constituye una afirmación pueril. Imaginar que cualquier persona “armada” de un magnetofón la puede emplear sin más reflexión metodológica previa es despreciarla como herramienta de investigación. Además, ocasiona un verdadero daño al trabajo colectivo, no sólo porque sus conclusiones pueden ser dudosas, sino porque deja detrás un reguero de informantes “quemados” de difícil “recuperación”. Cuántas veces no hemos encontrado informantes que nos dicen que por allí pasaron ya preguntando por esto, que sacaron unas fotos y dijeron que volverían a traérselas y... *“si te he visto no me acuerdo”*. Este tipo de promesas incumplidas es un aspecto especialmente gravoso, recordemos lo que ya comentamos en apartados anteriores: en una sociedad ágrafa, el valor de la palabra es especialmente alto.

En resumen, además de lo complejo y la necesidad de estar preparados, es indudable también que la entrevista tiene mucho de arte, y por lo tanto es imprescindible una predisposición personal para ser un buen entrevistador o entrevistadora. Insistimos, una vez más, en que al menos es exigible a cualquier persona que investiga que posea unos conocimientos mínimos para no tergiversar los datos obtenidos y para no dejar un rastro negativo en los informantes.

---

<sup>125</sup> Grawitz, Madeleine (1975): *“Métodos y técnicas de las ciencias sociales”*, p. 207.



Vayamos, entonces, al decálogo:

### 1.- La entrevista no es para quien no sabe nada

La mejor entrevista es aquella que más se parece a una conversación. La diferencia fundamental está en que una de las partes tiene una intencionalidad determinada: la de obtener información para su investigación. Por lo tanto, nos parece claro que, al igual que en una conversación, no es prudente hablar de aquello de lo que no sabemos. Pensamos que la entrevista no es la mejor manera de acercarse por primera vez a un tema. Debemos prepararnos antes con cuanta documentación podamos obtener, o bien recurriendo a expertos o a los propios candidatos a ser entrevistados, pero no realizándoles una entrevista, sino solicitándoles una información básica que desconocemos. Nosotros pensamos que para realizar una entrevista debemos tener algunas nociones sobre lo que vamos a hablar con nuestro informante, no es necesario ser un especialista en la materia, pero sí conocer los aspectos generales del mismo, de otro modo no profundizaremos de igual forma.

Hemos tenido la oportunidad de discutir con otros investigadores este aspecto. Algunos consideran que la única manera de no correr el riesgo de sesgar los resultados es acercarse al tema sin haber leído o consultado nada sobre el mismo. A nosotros nos parece que no haber consultado lo escrito sobre determinado objeto de estudio no garantiza la ausencia de ese “desvío”, puesto que es imposible acercarse a un tema sin tener ideas preconcebidas, se hayan obtenido o no en las fuentes escritas. Por otro lado, si dominamos la herramienta se puede evitar, en cierta medida, el sesgo de incorporar nuestras ideas preconcebidas a la entrevista. También pensamos que podemos crear en el entrevistado una sensación de rechazo por ver en nosotros a alguien que viene a preguntar sobre algo de lo que no tiene ni idea. Este rechazo se manifiesta en que sólo nos indicará conceptos generales, puesto que considerará una pérdida de tiempo profundizar con alguien que no entiende sobre lo que se está hablando.

Hemos avanzado en la introducción de este apartado que la entrevista más apropiada para el tipo de investigación en agroecología es la semiestructurada, de ello se deriva la necesidad de elaborar un esquema previo que permita dirigir la entrevista. Este guión tiene una importancia capital. Su correcta elaboración, dedicándole el tiempo necesario a la reflexión de los aspectos que deseamos abordar, marca una diferencia entre una entrevista bien aprovechada y una pérdida de tiempo de entrevistador y entrevistado. Y es obvio que difícilmente podremos elaborar un guión completo de la entrevista si no hemos estudiado, en la medida de nuestras posibilidades, el tema en cuestión.

En los estudios de agroecología contamos con una ventaja a la hora de abordar el guión: los ciclos agrícolas son ciclos con temporalidades claras; hay un momento para preparar la tierra, un momento para sembrar, otro para recoger... Esta temporalidad de los ciclos agrícolas nos permite organizar el guión con esa cadencia. Sin embargo, es importante entender que el guión<sup>126</sup> no debe obsesionarnos, el discurso del entrevistado irá continuamente de un lugar a otro y los saltos en el tiempo serán constantes. Lejos de desesperarnos, debemos tener la suficiente mano izquierda para reconducir la conversación, nunca de forma brusca, siempre dejando a la persona a entrevistar disertar sobre lo que le parezca interesante. Se debe ser sutil, no cortar ninguna línea de discurso aún cuando se salga del estudio. Aprovecha cualquier pausa para volver a proponer la cuestión que deseas tratar. Es posible que más adelante o para otra investigación agradezcas haber reflejado lo que ahora te parece fuera de lugar.

En muchos casos es útil emplear el método que Joutard denomina como semi-directivo.<sup>127</sup> Consiste en realizar una primera entrevista, con un amplio margen de libertad para la persona interlocutora, aceptando en esta ocasión un máximo de digresiones. Esto permite conocer qué hechos resultan más importantes en su nivel consciente. En una segunda entrevista posterior se pueden precisar mejor los hechos, profundizando en aquellos aspectos que resultan de nuestro interés.

No seas rígido con tu guión, en este tipo de entrevistas no es lo correcto, pero intenta llevar el orden que has diseñado en la medida de lo posible. Esto no quiere decir que mantengas una secuencia estricta, sino que intentes cerrar un tema para pasar al siguiente, lo cual resulta muy útil para la labor posterior de extracción de información. Recuerda que siempre debes ser tú quien controle la entrevista, pero por abordar momentáneamente otras materias no debes pensar que has perdido el control.

## 2.- Ganarnos la confianza, la primera victoria

Una buena entrevista se debe desarrollar en un ambiente apropiado, nos referimos a la atmósfera, a crear unas condiciones para que surja cierta confianza, ya que, con anterioridad de una manera general y más adelante de manera aplicada, nos referiremos al lugar donde realizar la entrevista. Por esta razón, la primera toma de contacto difícilmente permite obtener una buena entrevista. Lo mejor es aprovechar el contacto para ganarnos la confianza de la persona entrevistada, mostrar nuestro respeto e interés, poner en valor sus

---

<sup>126</sup> Que por otra parte cuidaremos mucho de no tener delante continuamente, sino que debemos llevar guardado en nuestra memoria y consultarlo sólo en caso necesario.

<sup>127</sup> Joutard, Pierre (1986): *Esas voces que nos vienen del pasado*.

conocimientos y quedar para una posterior ocasión<sup>128</sup>. Cuando encontramos por primera vez a una persona, ésta no tiene por qué estar en su mejor momento para comunicarse con nosotros, otras preocupaciones pueden estar ocupando su cabeza, y por lo tanto no debemos forzar nada. En resumidas cuentas, una entrevista implica un trabajo sin prisas. Esto sería lo deseable, pero muchas veces los tiempos de trabajo o investigación nos hacen olvidarlo. Qué difícil es explicar a quien no tiene la experiencia, que para obtener una buena entrevista, y por lo tanto una información fiable, pueden ser necesarias varias jornadas con la misma persona.

Es difícil recomendar cuestiones prácticas para ganarse la confianza de alguien. Con frecuencia se establece entre los seres humanos una relación de empatía que no tiene mucho que ver con recetas. Lo cierto es que no es buena práctica ir directamente al grano y mostrarse con prisas. Es necesario “romper el hielo”, comentar aspectos marginales y generales como la bondad o maldad del año agrícola en cuanto a lluvias o cosechas, el generalizado abandono de la agricultura, o recordar cómo debía ser el paisaje agrícola de la zona en otros tiempos... Nuestro “arte” al abordar estos temas de conversación predispone al entrevistado a aceptar el entablar una conversación con nosotros. ¿Qué pensarías si a la puerta de tu casa aparece un individuo que no conoces, armado con una libreta de campo, una grabadora y una cámara de fotos? Obviamente, la mejor manera de ganarse la confianza de otra persona es tener todo esos artilugios bien guardados en la mochila.

Todas estas recomendaciones son útiles para el caso de encontrarnos en una comarca o ante un potencial informante del que nadie nos ha suministrado referencias. Sin lugar a dudas, la mejor manera de empezar un contacto con alguien es mediante la referencia de un tercero conocido de ambos. De esta manera las reticencias iniciales hacia un desconocido se ven mitigadas en gran medida. Usualmente una vez introducidos en una determinada comarca una buena persona informante nos dará señas de otro y así sucesivamente. Algunos manuales denominan a este método como el de la bola de nieve.<sup>129</sup> Es bastante sencillo obtener información del tipo “*quien te puede decir eso es...*”, aunque desgraciadamente cada vez es más común obtener la de “*quien sabía mucho de eso era...*”

La manera de dirigimos a nuestro interlocutor también es importante. A menudo estamos tratando con personas mayores, acostumbradas a unos códigos distintos a quienes somos más jóvenes. Hemos tenido ocasión de ver y leer transcripciones de entrevistas, donde el

---

<sup>128</sup> Sobre las distintas estrategias de los investigadores para ganar la confianza, recordamos la anécdota que nos contó el investigador mexicano José Luis Pimentel Equihua, en su trabajo de campo con los agricultores del Valle del Júcar, quien gracias a sus aptitudes cantando mariachis pudo introducirse en el cerrado mundo de los regantes y sus conflictos.

<sup>129</sup> Folguera, Pilar (1994): *Cómo hacer Historia Oral*, p. 32.

investigador, usualmente joven, tutea al entrevistado<sup>130</sup> sin que medie una relación de proximidad o parentesco. Este tipo de confianza puede ocasionar reticencias en los informantes.

Lo mismo sucede respecto al léxico a emplear. Debemos utilizar los términos correctos, pero nunca unos que sean excesivamente académicos. Adapta tu discurso al interlocutor, pero no peques de intentar hablar como él si no dominas los términos. No hay nada más fuera de lugar que intentar usar el “argot” del entrevistado sin dominarlo. Esto puede ser tomado como burla y con ello se cierran todas las puertas de la comunicación. *Sensu contrario*, utiliza los vocablos populares para referirte a un cultivo, un apero, una labor... ésta es la mejor forma de hacernos entender y de ganarnos la confianza del interlocutor.

Entrevistador: *¿A qué altura están?* [se refiere a la zona de castañeros]

Agricultor: *...//...la altura eso es arreglado a la temperatura* [no entendió la pregunta].

Entrevistador: *Pero... ¿están de la ermita pa'rriba?*

Agricultor: *¡Ah!... no, es en otra zona.*”

D. Evelio Cabrera Coello, del Barranco del Ingenio (La Gomera). 31-V-2002

Como sucede en el ejemplo, términos que a nosotros nos parecen sencillos, no son muchas veces comprendidos por nuestros interlocutores. Un error común en los estudios de agroecología o en prospección de recursos fitogenéticos es preguntar por las *variedades* que conoce el agricultor, más de una vez se nos ha “escapado” este término y no se nos ha entendido, él prefiere hablar de “clases” o “tipos”. El concepto de variedad no es conocido por los agricultores tradicionales. Pregunta mejor si eran todos iguales o si había diferencias.

### 3.- Las cuestiones temporales

Ya avanzamos en los apartados previos al decálogo cuáles eran los problemas de fijar cronologías en base a las entrevistas. Veamos un ejemplo:

*“Cho Belarmino, que nació en el siglo pasado, en éste no, en el otro anterior, ese cho Belarmino me decía a mí, que yo iba a trabajar pa Las Rosas, y veníamos caminando, entonces no habían guaguas, ni coches ni náa deso. Y me decía que él se acordaba del... él nació en el año ochenta del siglo pasao [se refiere al siglo XIX], nació él. Y él dice que se acordaba de que en el siglo, entre el año ochenta y el año uno del siglo*

---

<sup>130</sup> Aunque aquí hemos optado por tutear al lector para dotar al texto de mayor proximidad y claridad.

*veinte, hubo una seca muy grande, y no llovía. Y aquí la gente se tuvo que ir toa pa América o buscar rumbo pa otro lao, porque se iban a morir de hambre. Porque aquí no había más que la cochinilla, que es lo que había en el siglo, del año ochenta palante. Y después había la cochinilla, y la caña dulce que vino cuando fue, el barco ése, Colón pa las Américas, trajo la semilla de la caña dulce. Y aquí lo que se sembraba era la caña dulce y la cochinilla.”*

D. Eusebio Ferrera Flores, natural de Arafo, que contaba 79 años cuando lo entrevistamos (01-V-2002).

Aunque el contexto general pueda ser cierto (crisis de la cochinilla, emigración, ciertas situaciones de sequía a finales del siglo XIX), el informante confunde los cañaverales de azúcar plantados en el siglo XVI y conservados en la memoria por tradición oral, con el episodio de la reactivación coyuntural de su cultivo en aquellas localidades que contaban con agua de riego —caso de Güímar— tras la pérdida por España de la colonia de Cuba.

Conocedores del problema de fijar una cronología, o bien tomamos los datos temporales como datos aproximados o bien emplearemos algunas ‘mañas de oficio’. Trataremos de resumirlas a continuación.

Lo mejor es relacionar el momento en que sucedió algún hecho, como la introducción de un cultivo, la aparición de los abonos, la llegada de una nueva simiente... con fechas importantes de la vida de la persona que lo explica. En efecto, el año en que sucedieron los acontecimientos centrales que marcan una nueva fase de la existencia (o por lo menos, la edad que se tenía en ese momento), suelen quedar bien registrados en la memoria: la etapa escolar (si existió la oportunidad de vivirla), el servicio militar (para los varones, especialmente importante dentro del mundo campesino), el matrimonio, la maternidad (para las mujeres), un eventual cambio de residencia, el fallecimiento de los padres... éstos y algunos más, constituyen hitos particulares de la vida de cualquier persona. Por medio de ellos podemos ir reconstruyendo un eje cronológico, basándonos en el dato del año en que ocurrió, o bien de la edad que tenía el protagonista en ese momento, que son las dos maneras de aproximarnos a la fecha. Todo lo que nos cuenta habrá sucedido en el entorno de alguno de esos hitos. En ciertos casos, el encadenamiento de varios ciclos vitales de una misma persona permite reconstruir aproximadamente fechas difíciles de obtener de otro modo, como lo sugiere el propio discurso de la persona informante: *“mi madre murió de ochenta y tres años y mi hija la más chica tenía ya los siete, que ahora tiene cincuenta y dos; y entonces mi madre decía que cuando ella era nueva...”*.

Pero además de los hitos de carácter más personal y, por tanto, individual, existen también otros que marcan temporalidad para comunidades comarcales o nacionales enteras. En el caso del Estado Español, la *Guerra Civil* ha sido para todas las personas ancianas, y seguirá siéndolo unos pocos años más, una frontera marcada a fuego en la memoria colectiva y que separa lo que pasó antes, durante y después. A lo largo de nuestras investigaciones, en todos los casos en que se plantearon dudas acerca de la fecha de un acontecimiento antiguo pero contemporáneo a su vida, nuestros informantes mayores nunca tuvieron dificultad para situarlo en relación con la *Guerra de España* (que es la denominación con que fue interiorizada esta crisis bélica por casi todo el pueblo canario). En algún caso, la mera insinuación de tal referencia sirvió para corregir y encauzar después adecuadamente un relato que derivaba hacia errores cronológicos.<sup>131</sup>

Otras referencias de éstas que quedaron hondamente registradas en la percepción colectiva fue la epidemia de gripe que siguió a la I Guerra Mundial; en Canarias, el *Año de la Gripe* (1920), las inundaciones del 4 de mayo de 1944 en Tenerife (quien sabe si las del 31 de marzo de 2002 en Santa Cruz de Tenerife marcarán también la memoria de sus habitantes), o el *Año de la Seca* en El Hierro<sup>132</sup>, que, por sus efectos devastadores, dejaron una huella profunda en la memoria de las gentes. Si retrocedemos al ámbito de la *transmisión* oral (es decir, cuando los informantes explican acontecimientos que no vivieron directamente, pero cuyo recuerdo recibieron de sus mayores), encontramos ejemplos equivalentes y que la experiencia ha mostrado igualmente válidos: puede ser el caso de la epidemia de cólera-morbo que en 1893 asoló Tenerife;<sup>133</sup> o el de la Tercera —y última— Guerra de Cuba (1895–1898).

*“Que entonces cuando eso abundaban aquí los camellos... no, no habían desembarcado todavía, así que... sino en burros y bestias, cuando eso de la cantera. Ya, ya por último, eso ya cuando hicieron el faro, pero el faro verán de... ya cuando el faro sí. Ya sí había camellos. Que cuando allí el faro, pues según mi padre, pues cuando la*

---

<sup>131</sup> Joutard, obra citada, pp. 266 – 267, señala un efecto equivalente para la II Guerra Mundial en todos los países europeos que padecieron el conflicto, observando además que en los relatos orales ocupa un lugar a menudo desproporcionado en relación con su duración real (en contrapartida con otros momentos esenciales de la vida colectiva a los ojos de un historiador profesional, que dejaron una huella tenue y que “no aparecen espontáneamente en la superficie de la memoria”). Es decir, exactamente lo mismo que sucede en Canarias con la *Guerra de España* y la República, respectivamente.

<sup>132</sup> Este nombre se guarda en la memoria colectiva para el año de 1948, aunque la ausencia de agua es una constante en la vida herreña hasta hace pocos decenios y por lo tanto ha dejado una impronta en la memoria del pueblo. Es en ese año cuando Víctor Álamo de la Rosa sitúa la magnífica narración de igual nombre (“*El año de la seca*”)

<sup>133</sup> Para contrastar las fechas y la naturaleza de las epidemias que afectaron a la isla de Tenerife, resulta de utilidad la consulta de Díaz Pérez, Ana María y Fuente Perdomo, Juan Gabriel de la (1990): *Estudio de las grandes epidemias en Tenerife. Siglos XV – XX*.

*Guerra de Cuba tenía dieciocho años, y estaba haciendo las paredes ahí en ese Corral de Cho cuando lo movilizaron. Iban a hacer la instrucción un día a la semana, los jueves. Todos los días trabajando menos los días jueves para ir a hacer la instrucción, y dice que le entregaban unos escopetos viejos y tiraban unos tiros, y el instructor era don Eugenio Domínguez, de Arona.”<sup>134</sup>*

En ciertos casos particulares, como el Sur de Tenerife, otra buena referencia para la primera mitad del siglo XX puede ser la construcción de los accesos rodados, para la comarca sureña la Carretera General C-822. Nos sirve de referencia puesto que su lento proceso de construcción se alargó durante casi cien años, de modo que fue arribando en años diferentes y sucesivos a cada uno de los pueblos de la Medianía, desde Santa Cruz hacia el poniente; lo mismo sucedió con la comarca Suroeste (Valle de Santiago, Guía de Isora), que se conectó de forma independiente con la vía que comenzaba en Icod. El proceso cronológico de avance de la C – 822, pueblo a pueblo, se puede reconstruir aproximadamente con algunas fuentes bibliográficas y documentales<sup>135</sup>, y de este modo obtener una secuencia de fechas que orientan la ubicación de los acontecimientos.<sup>136</sup>

Tenemos la impresión de que en un futuro no muy lejano, otros acontecimientos, como la muerte del General Franco, constituirán de igual modo un hito muy efectivo para la ubicación cronológica cuando se recurra a la memoria oral de la ciudadanía del Estado Español (*¿tal cosa pasó antes o después de Franco?*).

---

<sup>134</sup> Sabaté Bel (1993), obra citada, pp. 542–543. El entrevistado estaba intentado aproximar la fecha de la llegada de los camellos a la plataforma costera de Rasca. Suministra dos referencias, ambas coincidentes en el tiempo: la Guerra de Cuba y la construcción del Faro de Punta Rasca, cuyas obras concluyen en 1899; la segunda la hemos podido verificar con la consulta de la obra: Sánchez Terry, Miguel Ángel (1987): *Faros españoles del océano*, p. 350. Agradecemos una vez más a D. Salvador González Alayón su memoria y su rigor.

<sup>135</sup> Entre ellas los trabajos de Pulido, Teresa (1984): “El transporte terrestre y marítimo”, pp. 285–313 en: *Geografía de Canarias, t. 3*; Martín, Víctor (1991): *Agua y agricultura en Canarias*, obra citada; también el folleto de la exposición preparada por el Área de Análisis Regional del Departamento de Geografía de la ULL: *El Sur. Estrategias y Paisaje*, 1991; así como la consulta de algunos expedientes de construcción de la carretera en el Archivo de la Consejería de Obras Públicas del Gobierno de Canarias, y numerosos trabajos de historia local que han proliferado en la última década y cuya enumeración aquí resultaría demasiado prolija.

<sup>136</sup> Para la isla de La Palma el volcanismo histórico reciente representa otro de esos fenómenos que centraron la atención y la percepción colectiva, que quedan, por tanto, bien marcados a fuego (nunca mejor dicho). El contar con dos manifestaciones de esta naturaleza (*San Juan*, 1949; *Teneguía*, 1971) suministra dos referencias estupear para la segunda mitad del siglo XX. Agradecemos esta sugerencia a Ibán [sic] Iglesias Pérez, estudiante de la asignatura “Geografía de Canarias”, natural de La Palma, que la discernió cuando realizaba una práctica sobre fuente oral que le habíamos encomendado.



#### 4.- La clave de escoger a un buen informante

Sin lugar a dudas, si queremos utilizar correctamente la entrevista como herramienta de investigación hemos de identificar cuál es el perfil de las personas idóneas para profundizar en los temas que nos interesan. De nuevo, las disciplinas que han acumulado mayor experiencia en su relación directa con los seres humanos como fuente de información, nos suministran algunas ideas muy útiles. Así, dentro de la Antropología y la Etnografía se ha construido el concepto de informante-clave<sup>137</sup>. Este término se utiliza para designar a aquellas personas cuya idoneidad como informantes resulta de la suma de tres condiciones:

- conocen muy bien un tema,
- tienen la voluntad de hablar del mismo
- están en condiciones personales (salud física y mental) de hacerlo.

No siempre se reúnen estas tres circunstancias de saber, querer y poder; y aunque puede estar ausente cualquiera de ellas, lo más frecuente, en según qué campos de investigación, es que el estado de salud del entrevistado, debido a la su edad avanzada, impida conseguir algunas veces la tercera. Lo usual en los estudios de agroecología es que quienes conocieron los diferentes agrosistemas en funcionamiento, y sin interferencias, cuenten hoy con una avanzada edad. A las características anteriores se deben añadir otras que a buen seguro definen a las personas que poseen las mejores cualidades para ser entrevistadas: su capacidad para reflexionar sobre su propia experiencia y la de la comunidad en la que están insertos; en relación con ello, una cierta habilidad para entender la dimensión social de los propios recuerdos y situarlos en un determinado contexto histórico, político y social; una importante habilidad para captar la dimensión ecológica de los cultivos poniéndolos en relación con el medio circundante; también la percepción de matices y detalles que, reproducidos con claridad y orden, enriquecen el discurso; y, en suma, el placer por recuperar los recuerdos y transmitirlos a otras personas.

La experiencia nos enseña que la entrevista a uno solo de estos informantes excepcionales puede ahorrar mucho trabajo y resultar más válida que las realizadas a media docena de informantes “convencionales” (dicho sea con todo el cariño y el respeto hacia las personas). Igualmente, la inclusión de datos erróneos por no haber seleccionado convenientemente a los informantes, lleva a errores graves, el más corriente en la disciplina que nos

---

<sup>137</sup> López Viera, José Ángel (2003). Prefiere emplear justamente para denominar a este tipo de informantes el nombre más sonoro de *herederos*. “*Los herederos representan, en mi opinión, la herencia cultural en vivo transmitida a lo largo de generaciones*”. Opus cit, p. 20.

ocupa es el considerar como tradicionales labores o cultivos que han sido introducidos en los últimos años. La optimización de este recurso potencial depende también aquí, como en tantos otros aspectos, de la perspicacia de la persona que investiga. Este trabajo de selección del informante y la prisa por recolectar en los trabajos de prospección y recolección de material fitogenético no son compatibles, so pena de arrastrar errores que luego son muchos más gravosos de solucionar en términos de dinero y tiempo. Ahora bien, ser exquisitos en la selección de los informantes, no implica ser obsesivos buscando el “informante perfecto”.

Además, al elegir a los informantes en una investigación agroecológica, al igual que para cualquier otra disciplina, deberemos seleccionar una muestra que sea representativa del universo que pensamos estudiar. Para ello se deben incluir variables como: el género de los informantes<sup>138</sup>; su localización geográfica (Costa, Medianías...); el nivel de instrucción; la opción ideológica; y, desde luego, la clase social. Si es preciso y posible, siempre debemos contar con la amplia diversidad de relaciones que pueden tener los agricultores con la actividad: pequeño o gran propietario, medianero, aparcerero, propietario absentista, exportador, intermediario...

Por la dificultad e importancia que tiene, conviene sistematizar algunos procedimientos y reflexiones sobre la manera de localizar a los informantes.

Cuando no accedemos a un informante por medio de la referencia de otra persona, y debemos seleccionarlo sobre el terreno, es bueno prestar atención a los “mentideros” existentes en todos los pueblos y barrios urbanos (a menudo también en las ciudades mayores); es decir, a todos esos sitios como plazas, bancos y rincones soleados en invierno o sombreados en verano, donde se congregan los abuelos a conversar; teniendo en cuenta además que en estos lugares, lo mismo que en ciertos bares a los que acude mucha gente mayor, es menos probable que encontremos a las abuelas, lo cual compromete la representatividad de la muestra. Para equilibrarla, convendrá identificar los lugares —si es que existen— que congregan a las mujeres de edad. Otra opción, que nosotros hemos utilizado menos, pero que nos consta que ha dado algún resultado a otros investigadores amigos, es el de los centros socioculturales y residencias para la tercera edad. Tales instituciones constituyen una fuente potencial para la localización de informantes.

La visita a todos estos sitios puede valer para realizar una primera recogida de datos en

---

<sup>138</sup> Cuya importancia se pone de manifiesto en capítulos anteriores y que jugó un papel importante en el caso de La Guancha que se presenta en la segunda parte de este libro.

forma de entrevista grupal. Ésta sería, por sus características, algo más parecido a la técnica que los sociólogos denominan *grupo de discusión*, con todo lo positivo y negativo que lleva aparejada. La conversación a menudo se desenvuelve como un verdadero disparadero de recuerdos, donde las intervenciones de las diferentes personas se retroalimentan entre sí, y multitud de temas y aspectos de potencial interés se hacen públicos; se pueden conseguir versiones elaboradas y sancionadas por el grupo. En el otro lado de la balanza está la dificultad (que se convierte algunas veces en imposibilidad), de seguir hasta el final y profundizar en todos los asuntos que se suscitan; además, se corre el riesgo de que los informantes puedan condicionarse demasiado unos sobre otros, haciendo prevalecer criterios que no necesariamente son los más precisos, y asimismo, el debate puede inhibir a algunos participantes de expresar sus verdaderas opiniones y vivencias. Por todo ello pensamos que las entrevistas grupales, aunque pueden llegar a ser muy útiles, no deberían reemplazar nunca por completo a las de carácter personal. En cualquier caso, una primera entrevista colectiva enriquece y amplía la agenda inicial de quien investiga, y puede servir muy bien para identificar a la persona o personas concretas a las que resultaría interesante entrevistar a fondo en un encuentro individual ulterior.

En ciertos casos excepcionales, cuando carecíamos de cualquier tipo de contacto previo, hemos recurrido también a buscar asesoramiento en las instituciones locales: agentes de extensión agraria, agentes de desarrollo territorial, animadores socioculturales y las propias concejalías de Agricultura de los ayuntamientos rurales<sup>139</sup> constituyen ámbitos donde a menudo se acumula un conocimiento detallado de la vida de la comunidad, lo que incluye a aquellas personas que son reconocidas socialmente como auténticos ‘tesoros vivos’ por su sabiduría, inteligencia natural y vocación de servicio a la comunidad.

No hay que cerrar el paso, en investigaciones de esta naturaleza, a las sorpresas que pueda depararnos la “casualidad” o la suerte. En nuestro caso, mientras realizábamos tareas de campo o, simplemente, mientras paseábamos, tuvimos la oportunidad de conocer algunos excelentes informantes, a los que volvimos a visitar más tarde, ya equipados con la grabadora<sup>140</sup>.

---

<sup>139</sup> En el caso de los cargos institucionales, se corre el riesgo de que las recomendaciones efectuadas lleven implícito cierto sesgo partidista en la selección de los informantes, particularmente en municipios donde la lucha política local resulta ser más virulenta.

<sup>140</sup> Como anécdota de estos casos recordamos haber conocido por pura casualidad, cuando preguntábamos por otro informante para localizar una higuera en Taúcho, a D. Casimiro Díaz Hernández, un magnífico informante a quien Leticia García y Marcos Brito (2003) habían dedicado un libro que en su momento leímos con atención.

Si elegir a la persona interlocutora es importante, elegir el lugar para entrevistar también merece que le dediquemos unas líneas. Si es posible seleccionar un lugar, lo cual no sucede en gran parte de las ocasiones, lo mejor es aquel sitio donde el informante se encuentre cómodo. Este lugar suele coincidir con su propia casa, aunque para las investigaciones de agroecología este lugar de comodidad puede ser perfectamente sustituido por el cuarto de aperos, el almacén de semillas o la propia huerta (a este aspecto nos referiremos de modo particular más adelante). Comprueba dos cuestiones fundamentales y modifícalas en la medida de tus posibilidades: que la televisión o radio no estén encendidas (la nula selección auditiva de la grabadora impedirá que luego puedas transcribir la entrevista con acierto), y que no haya testigos indeseables (el dueño de la finca cuando hablas con el mediano, el marido cuando entrevistas a la mujer...).

### 5.- ¿Cómo preguntar?

Hasta ahora hemos visto los pasos previos y las características del buen informante, pero ¿cómo debemos hacer las preguntas? Quizás primero habría que cuestionarse si es preciso preguntar. Hemos dicho que la manera más correcta de conducir una entrevista es asemejándola lo más posible a una conversación, y en una conversación no andamos continuamente preguntando. Sin embargo, ya matizábamos que existe una diferencia fundamental: en este caso una de las partes tiene un interés investigador, cuestión que no está presente en una conversación informal. Por lo tanto, no es baladí reflexionar sobre el tipo de preguntas a realizar.

En primer lugar recomendaríamos alejarnos de las preguntas de ¿por qué? Este tipo de preguntas implica un mundo perfectamente ordenado, donde todas las cosas mantienen una relación causa-efecto, donde los fenómenos son absolutamente racionales; es decir, ajenos a la casualidad, a la subjetividad, al inconsciente o al mundo del deseo. Esto nunca es así en la realidad. En una conversación no se dan las circunstancias ideales para obtener razones explícitas de las cosas, lo más probable es que obtengas una respuesta apresurada para salir del paso o un silencio embarazoso.

Veamos dos ejemplos de preguntas de “por qué” en las que al final se sigue sin saber el porqué:

Entrevistador: [Sobre podar en días impares] *¿Pero por qué es mejor?*

Agricultor: *Yo no sé por lo que es pero yo... la parra llora menos. Al cortarla, si la corta así en menguante, usted la corta en creciente y se vacía.*

Entrevistador: [Sobre que en menguante las cabras paren más hembras que machos] ¿Y por qué *cree que es esto*?

Agricultor: *Es que no sé, no se entiende la razón. Porque... yo... a menguantes, paren más becerras hembras que... (...) Porque, creciente... no limpian tan pronto, esto se lo oía yo a las personas mayores; no limpian tan pronto como las que cogen macho en menguante. No se sabe por qué.*

Acércate a las razones con preguntas a partir de las cuales puedas inferir la razón de los hechos. Pregunta por su experiencia, su opinión o su parecer (“¿usted qué opina?”, “¿usted qué piensa?”, “¿qué le parece a usted?”...). Recuerda, si tienes hijos o hijas, lo difícil que es salir del círculo vicioso que tejen cuando pasan por la fase del ¿por qué?<sup>141</sup>

Fruto de nuestra propia ansiedad, los entrevistadores cometemos con bastante frecuencia otro fallo importante: el de incluir las respuestas en la pregunta. Si no tenemos cuidado es fácil que condicionemos las respuestas incluyendo en la misma pregunta algo que queremos que el interlocutor confirme. Usualmente el entrevistado nos lo confirmará por cortesía, por pensar que nuestra opinión es de autoridad o para salir del paso. En los estudios de agroecología y en las prospecciones de recursos fitogenéticos este sesgo tiene especial relevancia: nos puede llevar a situar cultivares o especies en lugares donde o bien son desconocidos o bien son conocidos con otro nombre. Evita formular la respuesta en la pregunta. Intenta que tus preguntas actúen como “disparadores” de su memoria (este aspecto se abordará más adelante desde otra óptica).

Entrevistador: *¿Y los trigos eran todos iguales o habían...?*

Agricultor: *Noo, habían trigos distintos, había el trigo... arisnegro, y que la espiga es negra, había otro que, pelón, pero que aquí no se podía dar, el principal aquí, no me acuerdo el nombre dél ahora carajo, trigo principal que se sembraba aquí.*

Entrevistador: *¿Colorado sería?*

Agricultor: *Sí, trigo colorado, pero tiene otro nombre.*

Entrevistador: *¿Moreno?*

Agricultor: *Noo, ahora no me acuerdo del nombre dél, era el principal que se cogía aquí.*

En el ejemplo los nombres de “trigo colorado o moreno” los introduce el entrevistador en sus preguntas y, como vemos, al final quedamos sin saber con seguridad si éstos son los nombres correctos u otros distintos. A partir de la entrevista anterior resultaría totalmente incierto considerar que en esa zona cultivaban uno u otro trigo.

---

<sup>141</sup> Vid. Quin Patton, Michael (1980): “*Qualitative evaluation and research methods*”, pp. 313 y passim.

Es fundamental que tengamos claro que en una entrevista no existen respuestas buenas y malas, bien al contrario, todas son válidas. No venimos a polemizar, a aplaudir o a aclarar cuestiones. No corrijas nunca nada de lo que te digan, por muy equivocado que te pueda parecer. No quieras expresar tus opiniones, puesto que éste no es el marco apropiado. Si lo haces condicionarás a tu interlocutor o entrarás en una polémica que carece de sentido. Sin caer en la “adulación” es conveniente incluir preguntas en las cuales pongamos en valor la experiencia de nuestro interlocutor. Introducir las preguntas con expresiones del tipo: “Usted que conoce tan bien este cultivo...” o “Con la experiencia que usted tiene...”. En realidad se trata de colocar a las personas informantes en el papel que en verdad tienen, y por el cual los hemos elegido en nuestras investigaciones: el de especialistas en la materia.

## 6.- Me lo dice o mejor me lo enseña

En la entrevista siempre estamos hablando sobre cuestiones que para nuestro interlocutor han sido vividas. Las recuerda y en ese instante, en cierta medida, las vuelve a vivir, es por eso que le resultan tan claras. La dificultad estriba en si nosotros las llegamos a comprender del mismo modo.

Ya comentamos la oportunidad de utilizar la técnica antropológica de la “observación participante”. Como veremos, en el estudio de caso de la segunda parte de este libro, la utilización de esta técnica nos resultó de especial utilidad para aclarar conceptos. En general, en los estudios de agroecología el valor de realizar las labores con el agricultor es una técnica deseable aunque, por cuestiones de edad, no siempre posible. Ahora bien, es importante que nuestra participación en las labores no la perciban como una carga añadida, sino como una muestra de confianza y ayuda mutua. Para ello es necesario no molestar y por lo tanto no querer hacer cosas que no sabemos (podar, surcar...), sino dejar que nos indiquen en que podemos ayudar, de manera que nuestra “observación participante” se adecúe a sus rutinas.

Para el caso de las “medidas” no hay mejor forma que repetir el acto en la práctica y tomar datos cuantitativos en ese momento. Hay variables, como el tiempo que se tarda en realizar algunas labores, sobre las que difícilmente el agricultor nos dará un dato preciso. Nuestra experiencia de realizar este tipo de preguntas a varios informantes siempre ha dado por resultado disparidades muy grandes. Es inútil querer precisar más ciertos datos y, de empeñarnos, es probable que obtengamos informaciones erróneas o engañosas. Del mismo modo que ya se expuso al tratar el problema de la temporalidad, la entrevista no es la mejor herramienta para obtener datos cuantitativos: la aproximación o la tendencia debe ser suficiente. No pretendas que quien nos transmite sus conocimientos agrarios tenga un contador o un reloj en la cabeza para medir todas sus acciones.

Entrevistador 1: *¿Y qué tiempo lo dejan así?* [referido a una horna de carbón encendida en el Monte]

Agricultor: *Depende del tamaño del horno.*

Entrevistador 1: *Sí... pero ¿cuánto tiempo están haciéndolo?*

Agricultor: *Depende, porque cuanto más... Hay que dejarlo calentar primero, tiene que ser de menos a más. Usted lo enciende [...] tiene que darle tiempo a que se vaya calentando, y cuando la leña está caliente, entonces le abre los suspiritos y entonces se quema.*

Entrevistador 1: *Pero usted, en un horno, desde que lo prepara hasta que saca el carbón ¿cuánto tiempo más o menos?*

Agricultor: *Eso depende del tamaño, cuanto más leña más tarda.*

Entrevistador 1: *¿Éste sería grande?*

Agricultor: *Esto depende del alto que le diera, si la boca está abajo, este... aquí se pueden cargar diez sacos de carbón. Porque no hay donde extenderlo pabajo. Después hay que sacarlo, ¿entiende?... y ponerlo tendido.*

Entrevistador 2: *¿Esta horna que es medianita cuánto tardaría en quemarse?*

Agricultor: *Pues seis o siete días."*

D. Domingo Rojas Rodríguez, recientemente fallecido, quien fue un gran informante de Las Montañas (Anaga, Tenerife, 18-VII-2002).

Como vemos en el ejemplo, muchas vueltas para acabar dando con la pregunta correcta. Pregunta los datos cuantitativos relacionándolos con algún aspecto que el agricultor controla perfectamente (en este caso el tamaño de la horna que tenemos delante). Posteriormente ya podrás sacar el dato general.

Cuando las "medidas" nos han sido indicadas con las manos y, por lo tanto, no quedan reflejadas en la grabación ("era más o menos así"), conviene usar el siguiente truco de oficio: repetir de viva voz la medida señalada, con lo cual quedará perfectamente reflejada en la grabación. Otra opción es tomar notas en nuestra libreta de campo, de manera que al transcribir la entrevista añadamos: [indica equis medida].

"Entrevistador: *No sé cómo lo hacían.* [Sembrar la caña de azúcar en Valle de Guerra (La Laguna)].

Agricultor: *En trozos, trozos así.* [señala con las manos]

Entrevistador: *¿Trozos como de veinticinco centímetros?*

Agricultor: *Más o menos, trozos de treinta centímetros, algunos lo sembraban más grandes, pero la caña revienta primero por la punta, por lo más tierno, por eso después resultaba dispareja, y por eso se sembraba en trocitos pequeños, se sembraba un tronco pegado a la punta."*

D. Nicasio Gómez de Valle de Guerra (La Laguna). 8-VII-2001.



En los estudios de agroecología es fundamental saber exactamente de qué especie o cultivar estamos hablando. Esto no siempre resulta fácil ya que en etnobotánica las homonimias y sinonimias<sup>142</sup> son comunes y pueden llevarnos a errores de bulto. Obviamente la mejor manera de asegurarse de que estamos hablando de la misma planta es llevar una muestra de la misma (o una foto en su defecto) y enseñarla. En el caso de las semillas el trabajo es más sencillo<sup>143</sup>, pero cuando queremos situar una planta o un fruto, la tarea se complica. Siempre es más útil ver las plantas en el campo que en la casa, con lo cual volvemos a la “observación participante”. Unos grandes conocedores del territorio y sus recursos son los pastores. Si todavía se mantienen en activo, la tarea de acompañarlos en sus salidas, proporciona una información rica y sobre todo reduce bastante el margen de error.

Mostrar las semillas o las plantas sirve además como verdaderos “disparadores” de la memoria, de manera que cultivares olvidados surgen ahora en el discurso del informante con total claridad.

Hay una cuestión en la que debemos actuar con especial prudencia: no ser nosotros quienes introduzcamos el nombre de una planta o cultivar. Ya comentamos algo al respecto cuando hablamos de no introducir la respuesta en la pregunta, pero no está de más insistir puesto que es una cuestión capital en los estudios de la disciplina que nos ocupa. El nombre de la variedad o especie siempre debe surgir del informante. Sólo nos limitaremos a poner las condiciones en la entrevista para que éste surja de modo espontáneo. No preguntes por tal o cual cultivar, pregunta por cuáles recuerda. Actuar de otra manera es siempre peligroso, y puede que la información no sea cierta o se vuelva confusa.

Entrevistador: *¿Y el arisnegro, o arisnero?* [Preguntando por los cultivares de trigo]

Agricultor 1: *El arisnegro es el plaganudo.*

Entrevistador: *¿Y después, el trigo cochinerero?*

Agricultor 2: *No, como no sea por la parte Norte.*

Agricultor 1: *Pero es el trigo colorado.*

---

<sup>142</sup> Las homonimias se producen cuando un mismo nombre puede estar indicando dos o más cultivares distintos. Suele suceder especialmente con nombres que se refieren a un color (higuera Mulata, por su color morado pálido) o una característica del fruto (durazno Mollar, porque la semilla se separa de la pulpa fácilmente). Las sinonimias se producen cuando un mismo cultivar recibe distintos nombres según el lugar (higuera Herreña en Anaga e higuera Gomera en otros lugares).

<sup>143</sup> Algunos investigadores, como Jaime Gil, dedican un esfuerzo importante a esta tarea, elaboran y muestran al agricultor lo que han denominado como una “colección de referencia”. Esta consiste en una pequeña muestra de las principales especies y cultivares de granos y semillas, de manera que su uso les permite asegurar inexistencia de errores.

Entrevistador: *¿Es el mismo que el colorado?*

Agricultor 1: *Tiene que ser, por que el trigo ese cochinerito yo no lo he oído nunca.*

Agricultor 2: *Eso es que lo sembraron donde había cochinos y lo pusieron cochinerito.*

Entrevistador: *¿Ha oído usted alguna vez un trigo que llamaban guanche?*

Agricultor 1: *Tampoco, el trigo colorado es el que yo he oído de toda la vida.*

Entrevistador: *¿Y el marsello?*

Agricultor 1: *Ése es el mismo.*

Entrevistador: *¿El mismo que el colorado?*

Agricultor 1: *Noo, quel plaganudo.*

Agricultor 2: *Plaganudo y marsello es el mismo trigo.*

Entrevistador: *¿Y arisnero también?*

Agricultor 1: *Y arisnero.*

Entrevistador: *¿Y después había otro que le decían morisco?*

Agricultor 1: *Morisco, el trigo morisco es igual quel plaganudo, todos son la misma variedad [...]*

Entrevistador: *¿Y es el morisco?*

Agricultor 1: *Sí, ese trigo, es la misma clase [...]*

D. Telesforo Rodríguez y D. Lorenzo Rodríguez de El Rincón (La Laguna). 2-X-1995

Como podemos ver, un verdadero galimatías que nos deja igual que al principio de la entrevista.

Un truco a emplear, pero siempre después de haber intentado que surja espontáneamente y cuando acabamos la entrevista, o en una segunda o tercera visita, es preguntar por algún cultivar o especie modificando ligeramente el nombre, como si no conociésemos bien como se llama. Cuando el agricultor nos corrige podemos considerar que no ha sido sesgada la información.

Entrevistador: *¿Se aprovechaba por aquí una planta que crece dentro del monte que creo que se llama algo así como turruntía?*

Agricultor: *¿La tagorontía? Si eso lo aprovechaban mis abuelos para los cochinos.*

Dña. Candelaria Santos García de la Vega en Icod (Tenerife). 20-IV-2005.

Cuando de lo que se trata es de reconocer un frutal en el campo, lo recomendable obviamente es acudir con el agricultor hasta el pie del árbol. Fiarnos de su descripción del lugar puede llevarnos a error, dos higueras que crecen próximas pero de cultivares diferentes,

cosa harlo usual, puede producir una identificación errónea<sup>144</sup>. Cuando esto no es posible (por la alta edad del entrevistado normalmente), lo conveniente es reconfirmar el acierto transportando los frutos, hojas... hasta el informante para cerciorarnos.

Contar con los agricultores en campo para las tareas de prospección y recolección de material genético es algo que desde los bancos de Conservación de Recursos Fitogenéticos se ha asumido como parte de sus protocolos de actuación, aunque hasta no hace demasiado tiempo muchas prospecciones se realizaban tan sólo visitando los mercados locales. Sin embargo, no está tan asumido por estas instituciones otra dimensión en la cual lo que pueden aportar los agricultores es también muy enriquecedor, nos referimos a la “caracterización y mejora participativa”. La caracterización<sup>145</sup> de los diferentes cultivares y la mejora o selección de los mismos puede ser desarrollada con los agricultores, en lo que se han venido a denominar “sistemas participativos”<sup>146</sup>. Se trata de hacer surgir en las parcelas de ensayo los criterios que los campesinos y campesinas usan para caracterizar y seleccionar las plantas de las que obtendrán semillas<sup>147</sup>: en qué se fijan para categorizar un fruto como bueno, la tipología de los frutos que buscan, las características de los progenitores de los cuales dejar semilla... Estos criterios generalmente no suelen coincidir con los criterios de los investigadores y su incorporación resulta muy conveniente.

## 7.- Grabar o no grabar, esa es la cuestión

No hay duda, graba la entrevista... siempre que puedas. Es decir, para nosotros las ventajas de grabar son suficientemente importantes como para recomendar de manera genérica está práctica, aunque no desconocemos que en ciertas ocasiones (temas muy delicados, encuentros casuales, problemas técnicos...) no siempre resulta posible.

---

<sup>144</sup> Salvo en aquellos informantes excepcionales, capaces de describir con una precisión milimétrica un lugar, sin apenas margen de error. Alguna experiencia de esto hemos podido vivir con D. Casimiro Díaz Hernández, que nos ayudó a localizar la higuera Murusiña sentado en su casa. A pesar de situarse a más de cuatro kilómetros, describió con precisión el recorrido que debíamos hacer para llegar hasta ella.

<sup>145</sup> Por caracterización de recursos fitogenéticos entendemos las labores destinadas a: fijar la taxonomía de una especie o variedad, analizar su diversidad genética, definir si es una nueva variedad, evitar duplicados en los Bancos de Conservación y fijar sus caracteres agronómicos o bromatológicos. Vid. González, Fernando y Pita, José (eds.) (2001): “*Conservación y caracterización de recursos fitogenéticos*”, p. 187 y passim.

<sup>146</sup> En este sentido las más completas experiencias se han desarrollado de la mano de la Red Andaluza de Semillas, destacando las experiencias desarrolladas por la Sociedad Cooperativa “La Verde” (Cádiz). Díaz del Cañizo et al. (1998): “*Recuperación de variedades tradicionales...*”; y Soriano, Juan José (2003): “*Conocimiento campesino y mejora ecológica*”.

<sup>147</sup> Estos criterios se basan en la comparación con lo que técnicamente se ha denominado “ideotipo”, es decir los ideales varietales que los agricultores tienen en mente para una determinada especie, para un uso concreto, en una localidad determinada. Soriano, Juan José coord. (2004): “*Hortelanos de la Sierra de Cádiz...*”.

¿Cuáles son las razones que nos llevan a recomendar la grabación? Vamos a analizarlas de manera esquemática:

- Es el único método que nos permite conservar de manera fidedigna la totalidad del discurso de las personas informantes.
- En el curso de una entrevista resulta imposible anotar todos los contenidos que recibimos. - El entrevistador tiene otros cometidos que controlar durante la entrevista que impiden escuchar con atención todo lo que se habla<sup>148</sup>.
- La grabación permite transformar ese discurso en un documento de trabajo por medio de la transcripción literal; documento que a partir de entonces adquiere un carácter (al menos en potencia) permanente y susceptible de análisis y discusión.
- El documento grabado permite la consulta por cualquier miembro de la comunidad<sup>149</sup>. Es decir, la grabación se convierte en una fuente de conocimiento que trasciende el interés de la propia disciplina (la Agroecología en nuestro caso), pudiendo resultar de utilidad para otras ciencias. Los datos que a nosotros no nos interesaron sí pueden resultar de utilidad para alguien que acceda a ellos con otra finalidad. O incluso para nosotros mismos en otro momento posterior.

La grabación y posterior transcripción supone explicitar, con toda honestidad, el modo en que se obtuvo la información; trasladando también a la escritura la forma en que se formularon las preguntas, el grado en que las respuestas pudieron ser buscadas a propósito o fluyeron con plena autonomía, así como el contexto general de la relación entre las personas que participan en la entrevista.

Al mismo tiempo, somos plenamente conscientes de las dificultades que la grabación introduce en ocasiones. Objetivamente, la grabadora representa un artefacto inusual introducido en el marco de una conversación; lo que es tanto como decir que aleja a ésta de sus condiciones 'naturales' (aunque tampoco es que resulte muy natural el que una persona sea sometida a una batería sistemática de preguntas sobre aspectos que conoce). Algunos manuales, tanto europeos como norteamericanos, previenen a los investigadores de las dudas que suelen expresar ante la grabadora las personas informantes en relación con su idoneidad para aportar alguna información relevante<sup>150</sup>. Hemos podido constatar que, tras

---

<sup>148</sup> No resulta nada extraño que al repasar una entrevista, durante su transcripción o después de ella, se descubran contenidos informativos, a menudo relevantes, que habían pasado completamente desapercibidos en el curso de la conversación.

<sup>149</sup> A condición, por supuesto, de que se publique o deposite en lugar público. En este sentido, ya hemos indicado la imperiosa necesidad de contar con un **Archivo de la Tradición Oral de Canarias**, como ya ocurre en algunos lugares del Estado Español (Asturias, Cataluña).

<sup>150</sup> Cuantas veces hemos oído decir "...yo de eso no sé nada", al explicar nuestro objeto de estudio, para después darnos una lección de conocimiento y control de los agrosistemas.

obtener el oportuno consentimiento y poner en marcha el magnetófono, se producen momentos de zozobra en la persona entrevistada, que vuelve a poner en duda su capacidad de tener algo interesante que contar (ahora ya no sólo delante de quien le entrevista, sino ante los ‘micrófonos de la historia’, vaya usted a saber); y se esfuerza a partir de ese momento por emplear un lenguaje más parecido al de la norma estándar; o sea, procura ‘hablar bien’.<sup>151</sup> Por suerte, ese ‘bien hablar’ dura sólo unos minutos, al cabo de los cuales se recobra la confianza y con ella toda la espontaneidad y frescura propia de la lengua vernácula. Si se evita situar el aparato en algún lugar demasiado evidente, la conversación llega a fluir tal y como si éste no estuviera allí. Por eso recomendamos utilizar cintas de tipo microcasete o grabadoras digitales de pequeño tamaño.

## 8.- El transcriptor: otro invitado a la mesa

¿Qué hacemos con la entrevista una vez grabada? Ante nosotros aparece un nuevo mundo lleno de matices. Nos enfrentamos al complejo mundo de la transcripción, que además de complejo también es caro y/o laborioso: una hora de grabación puede suponer entre 5 y 10 horas de trabajo de transcripción.

Para un investigador de la Universidad de Maine, Edward Ives, “la transcripción es simplemente la mejor representación que podemos hacer de lo que está en una cinta grabada, pero es una transcripción, o sea, inevitablemente una *interpretación*” [la cursiva es nuestra].<sup>152</sup> También podía haberse dicho una traducción, porque lenguaje escrito y lenguaje oral son verdaderamente dos lenguas diferentes (aunque desde un punto de vista sociolingüístico habría que hablar con más propiedad de dos niveles distintos de habla). La transcripción es, en buena medida, una traducción, pero toda traducción constituye en cierto modo una traición. Se trata de un asunto que no tiene solución perfecta, y que como tal, se debe de asumir.<sup>153</sup>

---

<sup>151</sup> Hemos vivido algunas situaciones singulares en que la persona entrevistada comienza a esforzarse por pronunciar la ‘ce’ al modo del castellano estándar peninsular; o renuncia al empleo del ‘ustedes’ para referirse a la segunda persona del plural, sustituyéndolo por el ‘vosotros’ y adaptando la conjugación correspondiente de los verbos. Aunque esta situación nunca se prolonga mucho tiempo, sólo el hecho de que suceda ya desvela algunos aspectos sutiles y profundos de la psicología del pueblo canario, relacionada para algunos autores —cuya opinión compartimos— como Manuel Alemán (1985), Pedro Hernández (1997) o Marcial Morera (1990), con cierto complejo de inferioridad cultural, que remite a su vez a un trauma y unas relaciones histórico-culturales de naturaleza colonial o semicolonial.

<sup>152</sup> “A manual for field workers”, *North-East Folklore*, vol. XV, 1974, p. 38. Citado por Joutard, p. 125.

<sup>153</sup> Page, Shannon (2004), en su interesante artículo sobre el papel del transcriptor, se refiere a estos como “*participantes invisibles*”.

Para algunos investigadores, existen tres maneras de transcribir:<sup>154</sup>

1. **Simplificada:** Se transcribe eludiendo el 'otro discurso' (silencios, risas, reiteraciones, repeticiones). Se limita a recoger los datos que interesan a la investigación y poco más. Se pierde con ello toda la especificidad del nivel del habla de la persona interlocutora, y con ella una parte de la información que le es propia.
2. **Casi literal:** Se utiliza cuando interesa recrear el clima producido durante la conversación, analizar estados de ánimo, creencias, percepciones.
3. **Totalmente literal:** Empleado para investigaciones lingüísticas, interesa en estos casos reproducir con la mayor fidelidad los códigos lingüísticos utilizados por la persona informante, así como adaptar los signos de puntuación de la escritura a los ritmos, pausas y cadencias de su discurso oral. Se corre el riesgo, no obstante, de pegarse tanto a la expresión de la persona informante, que se haga muy difícil la lectura y se desvalorice su discurso escrito.

Éstas son las opciones principales entre las que deben discernir, en todo tiempo y lugar, quienes trabajan con la oralidad.<sup>155</sup> Nosotros preferimos para el tipo de investigaciones que comentamos, movemos siempre en un estilo a caballo entre los niveles 2 y 3. En todo caso, muchas veces es necesario introducir leves retoques en la distribución de los signos de puntuación, puesto que si se respetase de forma estricta las pausas del lenguaje oral se podría confundir a la persona lectora o tergiversar el sentido original del hablante. No hay que olvidar, al respecto, que el lenguaje oral marcha siempre acompañado de una riqueza de signos no verbales: gesticulaciones, tonos y modulaciones de la voz, el propio contexto espacial, etcétera, que terminan de precisar y aclarar los mensajes, pero que resultan muy difíciles cuando no imposibles de transcribir.

---

<sup>154</sup> Joutard (1986) y Folguera (1994), opus cit.

<sup>155</sup> Por ejemplo, cuando Cuscoy se dedicó en los años treinta y cuarenta del siglo XX a la hermosa tarea de recopilar cuentos infantiles (y otros materiales) conservados por la tradición oral canaria, optó por reconstruir versiones siguiendo el nivel 1. Justificaba así el método seguido: "*En ninguna forma se pueden dar tal como la viva voz los va contando, con sus repeticiones y trasiegos, con los personales comentarios y las apostillas acostumbradas [...]. Entiende el colector que el valor folklórico está más allá —en este caso particular— del vocablo o del modis -mo, concentrándose en otros elementos: temas, personajes, episodios, etc. Por lo mismo, la recopilación ha sido hecha [...] sujetándose a la estructura del cuento tal como lo va produciendo el narrador. Si algo hay de personal es una modesta labor de ordenación [...] sacrificando en muchos casos las poéticas sendas del cuento para seguir veredas simples y despojadas de frondas.*" Diego Cuscoy, Luis (1991): *El folklore infantil y otros estudios etnográficos*, pp. 132 – 133.

En cualquier caso, procura siempre conservar la lógica del discurso y el ritmo del habla. Señala con el símbolo "...//..." los silencios prolongados. No olvides que los silencios también hablan, indican duda, que se aborda un tema delicado o una personalidad taciturna. Recuerda que se puede hablar mucho tiempo sin decir nada, mientras que un silencio puede indicar muchas más cosas. En cuanto a la sintaxis, manténla exactamente igual que fue enunciada, tanto en el caso de la persona entrevistada como de la entrevistadora. En los casos en que no tengas seguridad en la interpretación de una palabra o breve fragmento, debes siempre sustituirlos por la expresión: '[no se entiende]', antes que arriesgarte a introducir una transcripción errónea. Para ayudar a convertir el texto oral en un documento susceptible de procedimientos de análisis comparables a los que se aplican sobre las fuentes escritas, conviene que indiques al comienzo de las entrevistas las circunstancias precisas de cada encuentro y los objetivos particulares que se intentaban cubrir en cada caso, además de la fecha, lugar, datos de la persona entrevistada y de las entrevistadoras.

No dejes transcurrir mucho tiempo entre la entrevista y su transcripción. Si dejas que pase tiempo es probable que no recuerdes muchos matices que no te permitirán ser fiel a lo expuesto, incluso aunque mantengas la buena costumbre de apuntar en tu libreta de campo cuantas observaciones hayas constatado nada más salir de la entrevista. Parece algo sin importancia, pero la práctica te demostrará que es básico. No te fíes de tu memoria, no tienes necesidad de hacerlo.

Una última recomendación: cuando hayas transcrito el texto, vuelve a escuchar la entrevista en su conjunto, contrastando lo que oyes con lo que has escrito. Te sorprenderás de los múltiples errores que has cometido y de la cantidad de información que habías dejado detrás. Además podrás comprobar con frecuencia que muchas de las expresiones que no habías comprendido antes te parecerán repentinamente más claras.

## 9.- La segunda oportunidad

Una ventaja que presentan las entrevistas, frente a otro tipo de fuentes, es que permiten aprovechar al máximo las actitudes de la persona informante y las oportunidades de ampliar la información. Es decir, en la entrevista podemos realizar con flexibilidad preguntas complementarias o formular nuevas cuestiones que sugiere el discurso de la persona entrevistada, y que no se habían previsto ni imaginado de antemano. La entrevista también hace posible reformular las preguntas cuando no se ha comunicado bien su significado; y repetir las de forma algo diferente, para reconfirmar alguna respuesta obtenida con anterioridad. El entrevistador no sólo tiene la posibilidad de observar lo que dice su informante, y cómo lo dice, sino que —como vimos— está en condiciones de crear la atmósfera más propicia alrededor suyo para que sea capaz de formular sus respuestas sin reservas.



Esta segunda oportunidad de profundizar más en aspectos colaterales o no claros de la entrevista inicial es especialmente palpable cuando tomamos el tiempo de cumplir una premisa básica: devolver la información obtenida a sus verdaderos propietarios, es decir, volver a visitarlo para entregarle una copia de la conversación transcrita<sup>156</sup>. No sólo es una cuestión de “principios”, por lo tanto en la esfera de lo personal y sin cabida en un decálogo metodológico como éste, sino que los efectos de actuar de esta manera llegan más allá de lo que cabría esperarse.

En primer lugar, se produce una verdadera revalorización del propio conocimiento por parte de quien hasta entonces lo conservaba exclusivamente en su memoria personal. Esto tiene mucho que ver con la forma en que se percibe la palabra escrita en medios habitualmente ágrafos; es lo que algunos investigadores denominan fetichismo de la escritura. “*Lo que yo le conté pa mí que eran boberías, pero fíjese usted...*”; “*oiga, esto sí es una cosa seria*”, etcétera.<sup>157</sup> En muchas ocasiones al volver en otra ocasión obtenemos noticias de que ese material se reprodujo y circula con orgullo e íntima satisfacción entre la familia y los miembros más próximos de la comunidad. En realidad, la devolución del material transcrito lo que hace es reforzar un proceso que ya se había iniciado con la propia celebración de la entrevista: de repente, la persona informante toma conciencia de que tiene una vida, es actor de una historia, poseedor de cultura, de unos conocimientos valiosos.

El fenómeno que acabamos de describir puede llegar a producirse aún cuando las personas entrevistadas fueran completamente analfabetas. Pero si los informantes tienen la capacidad de leer, un segundo efecto bastante frecuente es que el texto sea revisado con sumo interés (a menudo varias veces) por su autor o autora original, ya que la barrera que a menudo se interpone entre el habla vernácula y la norma escrita más o menos culta aquí no existe: se trata de una transcripción literal, que respeta todos los giros, expresiones y denominaciones locales. Entonces suele ocurrir que esta lectura estimula la memoria de la persona informante, que recuerda nuevos hechos, corrige algunas inexactitudes, lo comenta en su entorno y esto a su vez alimenta sus recuerdos. En casos así, resulta mucho más fructífera y conveniente una segunda entrevista y, eventualmente, una tercera. También se puede dar el caso de que la persona informante enmiende alguna palabra (el nombre de un cultivar, por ejemplo) mal transcrito. Es más, sin necesidad de la lectura de la transcripción hemos podido comprobar que, por ejemplo, la lista de variedades que en su momento ya nos pareció bastante completa se incrementa con aquellos nombres que el plazo sereno, entre la primera y la segunda entrevista, ha permitido aflorar. Por si todo esto fuese poco

---

<sup>156</sup> Es también el momento ideal de llevarle la foto que habías quedado en enviarle.

<sup>157</sup> Otra frase que hemos escuchado más de una vez al entregar el material transcrito es: “*¿Y cuánto le tengo que pagar por esto?*”.

la segunda oportunidad nos permite corregir las palabras o expresiones de las que teníamos dudas al transcribir.

Cuando surge la empatía deseable en una entrevista se abre un mundo de relaciones que trasciende de la conversación grabada. Se crea usualmente una complicidad, y por qué no, un “cariño”, que trasciende de la búsqueda de la información. Cuántos amigos y amigas de más de setenta años tenemos por esos campos gracias a la entrevista.

## 10.- Y después...

El trabajo de la entrevista después de realizada no se circunscribe al apunte inmediatamente posterior en el cuaderno de campo de las circunstancias que la rodearon y su transcripción, sino que es fundamental organizar la información recogida para poderla trabajar. Cuando comienzas a recoger información oral, y te entusiasmas con el método, te parece que puedes controlar el material que vas acumulando. Sin embargo, poco a poco, y a veces casi inmediatamente, el volumen de material es tan amplio que te desborda. La sensación de agobio sólo es superable con la organización.

Para nosotros no hay mejor método de organización que la realización de fichas (en el formato que deseemos: la tradicional ficha de papel o el recurso digital). Solamente así podremos tener un acceso sistematizado a la información que genera esta técnica, sin las cuales el provecho de la misma es muy reducido.

De las múltiples fichas que pueden realizarse, nos parecen del todo imprescindibles las siguientes:

**Ficha de contacto con la persona informante:** en ella recogeremos todos los datos personales del entrevistado/a, así como de los encuentros que hemos tenido (hora, lugar, fecha, referencia de la ficha de entrevista...). Incluiremos también observaciones sobre cómo contactamos y sobre nuestras impresiones en cuanto a fiabilidad, sinceridad, condicionamientos, etc.

**Ficha de extracto de entrevista:** además de los datos de la entrevista (fecha, hora, cinta en que la conservamos, referencia de contador, fotos u otros registros y referencia de los mismos...) y referencia de la persona entrevistada (que nos remita a la ficha anterior, funcionando a modo de “campo clave” o referencia para relacionar las fichas). Incluiremos también una serie de descriptores o palabras claves que nos indiquen cuáles fueron los temas principales tratados. Junto a esto indicaremos las observaciones necesarias para contextua-

lizar la entrevista tales como la existencia de interrupciones, ruidos en el amplio sentido de la palabra, otras personas presentes... es decir, los datos que apuntaremos en nuestro cuaderno de campo al terminar. Esta ficha es extremadamente útil para poder extraer la información de una entrevista cuando ya hemos abandonado el tema principal que motivó la misma y deseamos abordar algún otro aspecto que colateralmente haya aparecido.

A estas dos fichas genéricas añadiremos, según el objeto de estudio de nuestra investigación, las **fichas temáticas** que nos parezcan oportunas. Por ejemplo, si estudiamos un cultivo, realizaremos fichas sobre las tareas: siembra, labores, recolección... En ella extractaremos la información referida a este aspecto, incluyendo la entrevista de la que se extrae la información. Incluso en esta ficha temática podemos recoger citas textuales de aquellos aspectos que nos parezca que es necesario que figuren en palabras del propio agricultor.

## DECÁLOGO - RESUMEN

### LOS DIEZ MANDAMIENTOS DEL ENTREVISTADOR

- 1.- Nunca realizarás una entrevista sin haber buscado toda la información que haya sobre el tema.
- 2.- Te ganarás en primer lugar la confianza del informante.
- 3.- No buscarás fechas exactas sino el aproximarte a ellas.
- 4.- Buscarás al informante-clave como pieza fundamental de tu investigación, pero sin obsesiones.
- 5.- No preguntarás el por qué de las cosas.
- 6.- No te quedarás sólo con las palabras sino que buscarás los actos. Más vale ver las cosas que describirlas.
- 7.- Grabarás fielmente la palabra.
- 8.- Transcribirás literalmente lo grabado con el sudor de tu frente.
- 9.- Realizarás una segunda visita en busca de una segunda oportunidad.
- 10.- Deberás organizarte para extraer la información de manera práctica.